

LOS GUARDIANES

LIBRO QUINTO

JACK ESCARCHA

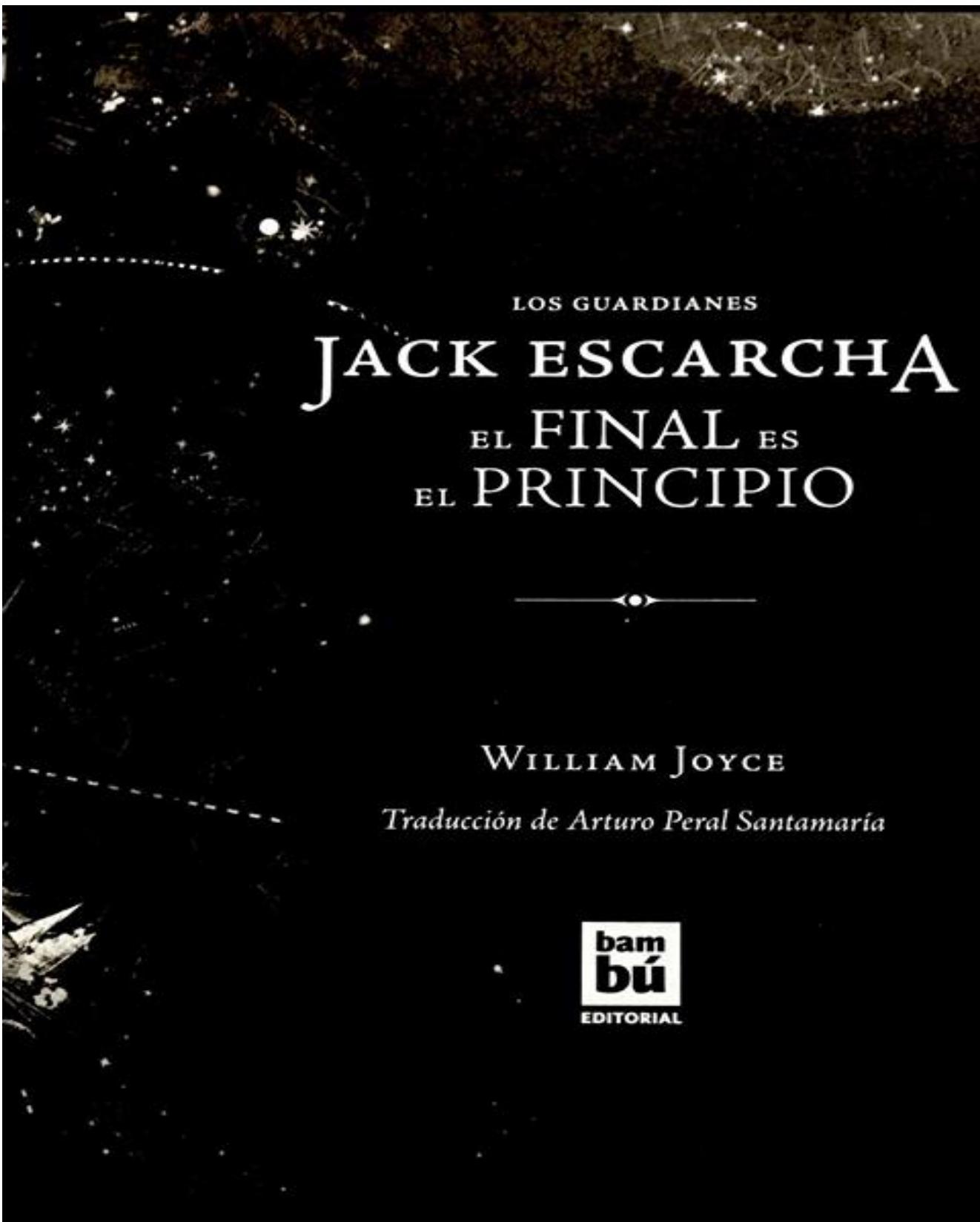
EL FINAL ES
EL PRINCIPIO



ORIGEN
GUARDIANES

LOS LIBROS ORIGINALES
DE LA PELÍCULA

WILLIAM JOYCE



LOS GUARDIANES

JACK ESCARCHA
EL FINAL ES
EL PRINCIPIO

WILLIAM JOYCE

Traducción de Arturo Peral Santamaría





CAPÍTULO UNO

Una Pariz Casí Es Cortada

EL DÍA DE NOCHEBUENA era el preferido de Jack. Y, durante aproximadamente la última década, había disfrutado de este día en su lugar predilecto: su árbol.

El árbol de Jack era el más antiguo de Central Park. Mil personas, quizá más, pasaban a su lado a diario y llevaban haciéndolo desde hacía muchos años, pero nadie sabía que Jackson Terrenal Escarcha pasaba temporadas en su interior.

Era más antiguo que el parque en el que se encontraba, incluso más viejo que la propia ciudad

de Nueva York. Era solo un retoño cuando la ciudad todavía se llamaba Nuevo Ámsterdam y había más nativos americanos que colonos habitando en el pantanoso bosque de la isla de Manhattan.

En la Nochebuena de 1933, millones de personas vivían a tiro de piedra del nobilísimo roble, pero los secretos de este árbol eran todavía más desconocidos que en la época en la que los fusiles de chispa, los arcos y flechas estaban a la orden del día.

La nieve caía con fuerza por todo el este y amortiguaba el sonido de la ciudad, aunque Nueva York cada vez estaba más tranquila. La gente había dejado de hacer compras y se dirigía a sus apartamentos, sus áticos y sus hogares. Jack, en cambio, sentía el tambo rilego de la emoción de los niños. Dormir sería difícil para ellos. A fin de cuentas, era Nochebuena.

Una noche ajetreada para Sandy, pensó.

El interior del árbol de Jack contenía más de una docena de estancias en sus majestuosos huecos, y la decoración era una miscelánea de objetos de distintos siglos: lanzas, escudos, taburetes y cerámicas de varias tribus iroquesas, además de mesas coloniales, sillas ornadas y sillones traídos de toda Europa. Había un hacha de guerra de un jefe algonquino. De un perchero que había sido de Teddy Roosevelt colgaba la chaqueta que George Washington había llevado la noche que cruzó el Delaware. Este árbol, igual que los demás árboles que Jack consideraba su hogar, era un hermoso y agradable maremágnum de objetos históricos regionales.

Jack se disponía a reunirse con los demás Guardianes cuando sintió un ligero dolor en la mano izquierda que le preocupó. No quería hacerle caso. Sabía que Nicolás San Norte ya estaría quejándose de su retraso.

¡Jack Escarcha! ¡El Guardián del buen tiempo!,
diría con gracia: ¡Va y viene cuando le *pace*!

Mi querido Norte, se dice «place», le corregiría
Bunny.

Ve a poner un huevo, general conejo Bunny, respondería Norte, y discutirían amistosamente.

Jack lo imaginaba con claridad. Agarró su bastón, llamado Twiner, y se dispuso a salir, pero un dolor más agudo en la mano lo detuvo. Se miró la curiosa cicatriz que le surcaba la palma izquierda. La mancha de la sangre de Sombra, negra como la tinta, se había desteñido, y era, como ya sabía Jack, la fuente de su dolor, pues le molestaba cada vez que las sus fuerzas suponían una amenaza.

Se volvió hacia un armario oculto donde guardaba las dagas. En aquel armario secreto almacenaba varias armas muy parecidas. Todas estaban

hechas de un solo diamante largo y afilado, y cada piedra preciosa se había formado a partir de las lágrimas de alguien a quien Jack había querido. En el pasado, cuando se le conocía como Luz Nocturna, Jack había poseído la habilidad de convertir la tristeza en un arma. Esas dagas solo servían contra las fuerzas oscuras o para proteger a los amables y a los débiles. Pero una de ellas aún no estaba acabada y no se parecía a las demás. Provenía de las lágrimas del propio Sombra. Aquella daga solo tenía un propósito.

Jack no habría podido terminarla; sin embargo en lo más profundo de su ser sabía que había llegado el momento de utilizarla. Esta preocupación le atormentaba mientras enfundaba el arma. Se puso la capucha azul que llevaba a modo de uniforme y salió rumbo al Polo. Al Polo Norte.

El millar de ardillas que se refugiaban en su roble comían nueces y cantaban villancicos de ardilla alrededor de su versión de un árbol de Navidad –un amontonamiento en forma de cono de bellotas cubiertas de velas–. Le desearon feliz Navidad con sus agudas vocecitas. Jack les devolvió la felicitación con la misma voz: hablaba con fluidez la lengua de estos animales.

Al saltar del hueco del árbol, sintió otro pinchazo en la mano. Ahora no. Esta noche, no. Sacudió el brazo con fuerza.

Una brisa se levantó de repente. Los árboles se mecieron y agitaron, dejando claro su mensaje. El peligro estaba cerca. Twiner se convirtió de inmediato en un arco y un carcaj lleno de flechas nudosas.

Jack sacó una con rapidez.

–¿Dónde? –le susurró al arco.



Dejó que le dirigieran hacia su objetivo. Jack podía presentir el peligro, pero Twiner siempre veía su origen. El viento se calmó y la nieve dejó de caer.

Hmmm. No solo los árboles saben que hay peligro, también Madre Naturaleza. Jack fijó la mirada en el espacio entre los árboles y vio algo que volaba hacia él.

¡Hombres de las pesadillas! Y venían a toda velocidad.

Pero antes de que pudiera disparar, oyó un revelador sonido que le obligó a ponerse tenso: el rápido y agudo zumbido de las flechas en el aire. Las ramas que estaban más cerca de él se agitaron y doblaron más deprisa de lo que parecía posible y formaron un escudo. La corteza y la madera recibieron al vuelo los impactos de más de dos docenas de flechas negras. Una de ellas las golpeó a escasos centímetros de la cabeza de Jack.

Las flechas eran de lo más inusual: negras como el carbón y con un brillo oleoso. La primera vez que había visto flechas así fue cuando todavía le llamaban Luz Nocturna. Eran del mismo tipo que las que se utilizaron en la última gran batalla contra Sombra: la Batalla de la Noche Brillante. Venían de la cara oculta de la Luna. Tensó su arco, susurró «Busca» y dejó que su propia flecha volara. El proyectil se fragmentó en multitud de astas. A lo lejos oyó un repiqueteo producido por cada flecha al alcanzar su objetivo. Después se hizo el silencio. Luego la nieve volvió a caer; con esta señal, Madre Naturaleza le avisaba de que ya no había peligro.

A lo lejos le pareció oír villancicos. Alguien cantaba «Que Dios os dé descanso, hombres dichosos». Era uno de sus favoritos. Miró más de cerca las flechas que casi le habían matado.

—A Jack Escarcha casi le cortan las narices —le dijo a Twiner. Después saltó por los aires y voló por el cielo nocturno rumbo al Polo Norte con una nueva preocupación.

Sabía que aquellas flechas significaban que Sombra llevaba mucho tiempo preparando un infecto plan de venganza.

Aquellas Navidades verían el regreso del Rey de las Pesadillas.

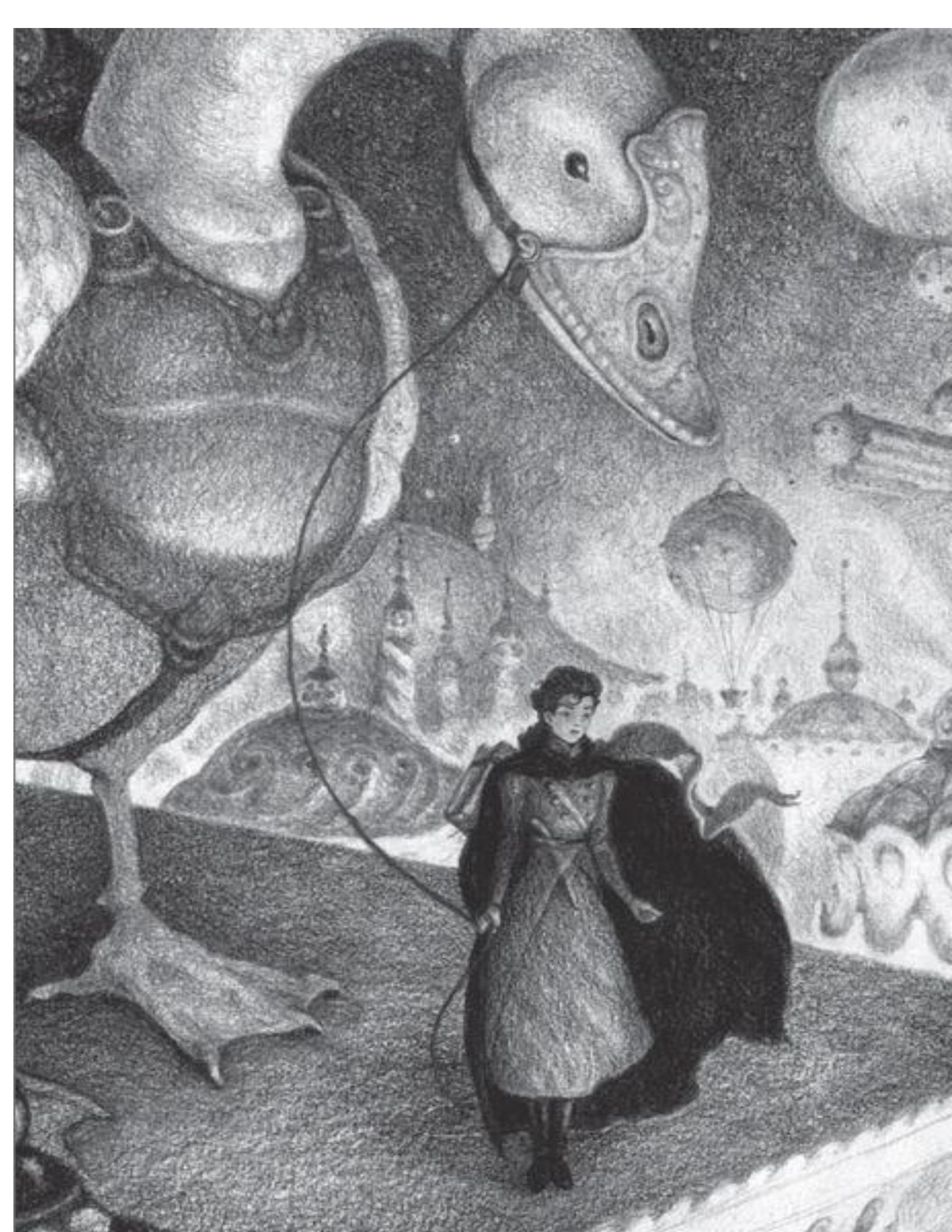
CAPÍTULO DOS

Una Ausencia Buscada

KATHERINE ESPERABA JUNTO A KAILASH, su ganso gigante del Himalaya. Estaban en lo alto del Polo Norte propiamente dicho. Buscaban con preocupación alguna señal de Jack en el ajetreado cielo. Abajo, en la gran ciudad de Santa, todos estaban en el punto álgido de actividad.

Norte bramaba órdenes desde su balcón con un amplificador que Bunny había ideado para él. Todos los ciudadanos provistos de orejas oían la voz de aquel gran hombre.

—Un sueño hecho realidad para nuestro querido Norte —les había dicho Bunny a los Guardianes



cuando les presentó aquel amplificador-, pero un dolor de tímpano para todos los demás.

Pero, aunque Norte diera órdenes apresuradas, también parecía contento.

—¡Si no colocáis como es debido ese cargamento de ositos, os coseré como a peluches! —amenazó con una carcajada profunda. Una tropa de elfos frenéticos había llegado con una hornada reciente de la Fábrica de Ositos. Norte se rio de sus prisas.

Su carcajada estaba tan llena de júbilo que se rumoreaba que las lombrices de lugares tan lejanos como Sudamérica se agitaban bajo tierra por las cosquillas que les causaba. Y así, cuando se ultimaban los preparativos antes del gran envío, los ciudadanos del Polo Norte eran presa de un alegre pánico.

Pronto, los diez mil dirigibles aerostáticos partirían hacia sus



destinos por todo el mundo con cargamentos de juguetes para el trineo de Norte. Un número similar de trenes subterráneos de Bunny, también cargados con artículos lúdicos, partirían al mismo tiempo rumbo a muchas tierras.

Por supuesto, enviar juguetes a niños de todo el planeta durante una sola noche era una tarea descomunal, y cabía esperar cierto caos. Los yetis gritaban a los elfos. Los elfos chillaban a los lamas lunares. Los animales de peluche estaban al borde de una guerra con los soldaditos de juguete. Pero, por alguna razón, gracias al buen humor y al ánimo de Norte, todo acababa saliendo bien. Cada año, Katherine se maravillaba de que aquel plan funcionara. *Hacer algo tan bueno por los niños saca lo mejor de cada criatura*, pensó. *Pero ¿dónde se ha metido Jack esta noche?* Siempre sabía si estaba en apuros. Y, esa noche, la sensación de peligro era muy profunda.

CAPÍTULO TRES

Sombra No Es un Peligro... por Ahora

SOMBRA ODIABA SU CAUTIVERIO. Hacía más de cien años que habían encarcelado al Rey de las Pesadillas tras la Batalla de la Noche Brillante, pero su influencia no había cesado. Sus ejércitos habían sufrido una enorme derrota, pero seguían existiendo. Aunque Sombra no supiera cuántos de sus soldados habían escapado, estaba seguro de una cosa: la Tierra estaba llena de lugares en los que la oscuridad y la tristeza podían albergar maldad.

Su hija, Emily Jane, le había traicionado, y durante los largos años que siguieron a la Noche Brillante, había evolucionado hasta convertirse en la mejor versión de



sí misma: Madre Naturaleza. Aunque se había mostrado neutral durante los primeros años de las Guerras de las Pesadillas, había decidido utilizar sus increíbles poderes para mantener preso a su padre.

Ningún carcelero de la historia entendía tan bien las fuerzas, las flaquezas o las habilidades de su prisionero como Emily Jane Sombriner. Era la única hija del señor Sombriner, el héroe de la Edad de Oro transformado en el azote de miles de galaxias y conocido como Sombra, el Rey de las Pesadillas. Ella sabía lo valiente y cariñoso que había sido su padre. Conocía la ternura que había en él. Y también sabía que él seguía conservando en una mano, dentro de un camafeo minúsculo, los restos del retrato de su hija. Emily Jane se aferraba a la esperanza pequeña y apremiante de que algún día pudiera restaurar la bondad de su antiguo ser.

Durante años, los soldados oscuros de su padre se habían organizado en grupos dispares sin líder, y con el tiempo, se habían realizado misiones de pesadilla cada vez más efectivas y organizadas. El mundo parecía destruirse y había miedo en el aire. Los soldados de las pesadillas se alimentaban de él; los hacía más temerarios y poderosos. El miedo siempre sirve de tónico para los malvados. Es oscuro y sigiloso, y viaja mejor que cualquier otro sentimiento. Incluso en su reclusión, Sombra lo notaba.

La prisión de Sombra no se parecía a ninguna otra, y estaba en un lugar más impensable: debajo del pueblo de Santoff Claussen. Gran parte de la historia de los Guardianes se había originado en aquel lugar encantado, y, a pesar de que era un refugio para el pensamiento y la innovación de las artes mágicas, por designio accidental también constituía el sitio perfecto para contener el mal.

Fue Ombric Shalazar, cuando todavía era un mago joven, quien descubrió un cráter extraño y parcheado en el límite de los bosques de Europa. La superficie del cráter estaba recubierta por el mineral metálico más denso que había visto nunca, y eso que Ombric era el último ciudadano vivo de Atlántida y había sido testigo de muchas cosas que nadie más ha vuelto a presenciar.

En el centro del cráter crecía un minúsculo retoño. Atemperado por los fuegos del cosmos, este árbol pronto se desarrollaría hasta convertirse en el inmenso corazón del pueblo fundado por Ombric: Santoff Claussen. Sus ramas, su tronco y sus raíces podían mudar su densidad y forma siguiendo las órdenes del hechicero. Dentro de su descomunal tronco se podían formar sillas, puertas y habitaciones enteras. Ombric llamaba a aquel árbol la Gran Raíz, y desde el interior de aquella casa-árbol viviente, el mago estudió hasta

convertirse en el último de los hechiceros todopoderosos. Con el tiempo, fue atrayendo a hombres, mujeres y criaturas que pensaban como él al pueblo de Santoff Claussen. Al final llevó allí a los propios Guardianes. Norte y Katherine, los primeros, fueron sus discípulos. Después llegó Bunny, que tenía conocimientos que iban más allá de los de Ombric. Luego la Reina Toothiana, y, por último, Sanderson Mansnoozie.

La criatura llamada Luz Nocturna llevaba acompañándolos desde el principio. Ningún otro ser entendía la única debilidad de Sombra: que en su vil corazón todavía quedaba un destello de humanidad. Saber esto ponía la vida del chico en constante peligro. Sombra odiaba su debilidad, pero lo que más aborrecía era que Luz Nocturna la utilizara una y otra vez para derrotarle.

Verse encerrado en una mazmorra debajo de la ciudad de nacimiento de sus enemigos era una humilla-

ción insopportable para él. La Gran Raíz hacía honor a su nombre: cuando enterraron a Sombra, sus inquietas raíces se trenzaron para formar una serie de contrafuertes intrincados e ineludibles, así como paredes que se fundieron con la roca metálica que el meteorito había dejado. La piedra le había dado al árbol su poder sobrenatural. Con el paso de los siglos, Ombric había descubierto que el meteorito estaba compuesto por lo que se conoce como «materia oscura», el único elemento del universo que Sombra no podía atravesar ni romper.

Por tanto, Sombra permanecía allí, totalmente aislado. Débil, silencioso, apagado, pero expectante.

Luz Nocturna. Jack Escarcha. Daba igual el nombre que tuviera aquel chico. Sombra pronto se vengaría de él. Su plan estaba en marcha. Llevaba décadas ideándolo. Y ahora estaba preparado para liberarlo.

CAPÍTULO CUATRO

Un Par de Golos Inusuales

A PESAR DE LOS ENORMES ESFUERZOS de los Guardianes por aislar a Sombra, había criaturas, seres, entidades a su servicio que rondaban la Tierra. Dos en concreto estaban deseando llevar adelante el plan de su señor. Ninguno de los Guardianes conocía sus identidades, ni siquiera su existencia. Antiguamente, sí que habían luchado contra ellos y los habían vencido. Pero aquello había ocurrido hacía siglos, y los dos seres habían cambiado su apariencia tanto que resultaban del todo irreconocibles. Así podían moverse sin que los Guardianes los detectaran.

Ninguno de los dos era un espectro o un fantasma, ni un miembro del ejército de Sombra. Eran de carne y hueso. Eran hombres, por decirlo de algún modo... Pero, vistos de cerca, se les notaba que tenían algo raro. Uno tenía demasiadas piernas, y trataba de ocultarlas bajo un abrigo largo. También se le notaba algo que parecía una colita fina y peluda. El otro tipo era algo grueso, con ojos saltones que daban a su rostro una expresión de máscara en perpetua preocupación. También poseía una cola, un apéndice grotesco bastante panzón que recordaba a un gusano.

Pabilo Iddock de las Muchas Piernas era el más apuesto de los dos. Vestía con elegancia y sus modales resultaban agradables. De hecho, era educado hasta decir basta. Pero, al igual que muchas criaturas de presa, su agraciada fachada no era más que un disfraz, lo que Ombric habría llamado «fasma».



Los fasmas Pabilo y Sosin

Esta palabra de origen griego tiene muchas definiciones expresivas: «engaño visual», «aparición» o «el monstruo con la capa de terciopelo», la más colorista de todas. Al igual que la venus atrapamoscas, cuyo agradable olor atrae a los insectos a su perdición, Pabilo Iddock usaba sus encantos y su comportamiento para ocultar sus intenciones brutales y asesinas.

Su compañero –su compinche, su socio– se llamaba sencillamente Sosín. El nombre se ajustaba a la perfección a aquel ser torpón como un niño. En la superficie era agradable, por no decir que estaba como en las nubes. Parecía casi estúpido. Sonreía todo el tiempo, asentía sin cesar y se reía entre dientes de todo lo que decía Pabilo. Parecía tan soso y tan inofensivo como un pony de las Shetland, pero por dentro era más confabulador y cruel incluso que Pabilo.

La historia de estas criaturas con Sombra era larga, pero resultaba todavía más extensa con los Guardianes. Antaño, Iddock había sido un hombre de verdad, un marajá que se había enfrentado a la Reina Toothiana. Pero, tras ponerse a las órdenes de Sombra, tanto él como Sosín habían decepcionado a su señor, y este los fue convirtiendo en diversas criaturas, a cual más miserable. Sombra les había prometido devolverlos a su forma humana si tenían éxito en su nueva misión. El Rey de las Pesadillas había logrado enviar instrucciones a estos antiguos asociados suyos. Sombra había equipado a la perfección a los dos fantasmas para la tarea que les había encomendado. Sabían exactamente cómo encontrar, atrapar y —con la consiguiente ayuda de su señor— acabar con la amenaza que suponía el poder de Jack Escarcha.

CAPÍTULO CINCO

Los Guardianes Se Ponen En Guardia

AQUEL AÑO HABÍA SIDO especialmente inquietante para los Guardianes.

Jack se había mantenido aislado, lo cual era su tendencia habitual, incluso en circunstancias normales. Pero aquel año se había alejado aún más. Desde el establecimiento de las fiestas en la Tierra, los Guardianes habían prestado particular atención a sus tareas individuales y sus identidades públicas habían evolucionado. Su fama e influencia habían sido un éxito rotundo. Se los conocía y reverenciaba por todo el mundo, y su compromiso con conservar el espíritu de los niños de la Tierra

no tenía igual, tanto en ambición como en efecto. Traían una esperanza genuina al mundo. No solo para los jóvenes, sino también para todos aquellos que se adherían con fuerza a la idea de ser «jóvenes de corazón».

A Sanderson Mansnoozie se le conocía por el nombre de Sandy. No solo utilizaba su arena de los sueños para ayudar a los niños a dormir cuando estaban nerviosos, asustados o sobrestimulados, sino que además se enfrentaba a los pendencieros restos de las tropas de pesadillas, aunque compartía esta tarea con todos los Guardianes.

A la Reina Toothiana la llamaban Hada de los Dientes o sencillamente Hada. Desde su cuartel general en Punjam Hy Loo supervisaba el inmenso tráfico de dientes que se les caían a los niños de la Tierra y que se intercambiaban por chucherías depositadas debajo de las almohadas. Desde su fortaleza, ella y sus ejérci-

tos de hadas catalogaban y guardaban esos innumerables dientes y los recuerdos infantiles que contenían.

Bunny, el último superviviente de la tribu de conejos gigantes llamados Pookas, era conocido en el mundo entero como Conejo de Pascua. El propio Jack se había encargado de difundir el nombre de este Guardián, en recuerdo de la isla donde le conocieron, y también había sugerido la idea de que repartiera huevos en la festividad de primavera que llevaba el mismo nombre. Al principio esta idea causó muchas carcajadas, pero al final cuajó. Bunny era especialista en hacer huevos de chocolate, y pronto empezó a teñirlos de todo tipo de colores para incorporarlos a su fiesta. Lo de esconder los huevos (de nuevo por propuesta de Jack) y lo de colocarlos en cestas llenas de paja evolucionó a toda prisa. La sofisticada red de túneles y autopistas subterráneas de Bunny se hizo



todavía más compleja para hacer posible la entrega de todos los huevos en una sola tarde.

Norte también había ideado su despliegue navi-deño con el mismo ingenio y premura, y lo había concentrado todo en una noche, pero se había propuesto siempre superar a Bunny en escala y estilo. Su riva-lidad era amistosa y bienhumorada, a pesar de que Bunny nunca llegaba a entender ninguna broma. Su mente de Pooka todavía no había asimilado la idea del humor, por más que lo hubiera intentado.

Podría parecer que la transformación de Norte en el ser conocido como Santa Claus (el nombre viene del pueblo mágico de Ombric, Santoff Claussen) había sido la más sorprendente de las que habían experimen-tado los Guardianes, y en muchos sentidos era una idea justificada. La Navidad se había convertido en algo más que un día festivo: se había transformado en un estado

mental que se extendía durante toda la temporada. Se había convertido en un sentimiento diferenciado. A pesar de que la cubriera un manto de invierno, la Navidad tenía un calor inconfundible. La tradición de decorar árboles, las luces de colores, las canciones, los regalos y la delirante abundancia de boato se habían mezclado para crear este sentimiento. Era esperanzador y reconfortante, y también algo irreal, quizá mejor que real. Al final acabó conociéndose como el espíritu navideño, expresión que a Norte y a Ombric, su mentor, les agradaba mucho.

Pero de todos los Guardianes, Ombric Shalazar había sido quien había cambiado de forma más radical. Su enorme sacrificio durante la Batalla de la Noche Brillante había sido una apuesta peligrosa, y sin duda le dejó en un estado que habría aterrado a un alma menos experimentada. Ya apenas existía, al

menos no de un modo que pudiera explicarse a través de la ciencia. Pero el conocimiento que Ombric había acumulado en materia de magia, ciencia y tiempo le había dejado con unas expectativas diferentes a las que tendría que haber dejado de existir con forma material. Existía ahora como un ser del propio tiempo, o, quizás, por decirlo con mayor precisión, en mitad del tiempo. Podía avanzar por el pasado o el presente, pero en realidad nunca llegaba a estar ni en el uno ni en el otro.

Su barba se arremolinaba en grandes mechones a su alrededor, y se había vuelto tan blanca que casi era transparente. No había forma de saber cuándo aparecería, pero hablaba con ellos si le convocaban. Y los Guardianes lo hacían a menudo. Los niños le habían apodado Padre Tiempo, y su capacidad de reducir la velocidad del tiempo era lo que hacía posible las tareas de Navidad, de Pascua y la recogida de dientes. Solo

con el tiempo casi detenido podían Norte, Bunny y Toothiana cumplir con sus tareas en tan reducido lapso.

Para todos resultaba un auténtico misterio saber hasta qué punto Ombric controlaba el tiempo, pero sí podían dar algo por hecho: el Padre Tiempo no podía aventurarse hacia el futuro.

El Hombre de la Luna se había convertido en el amable Zeus de la mitología viviente de los Guardianes, y su palabra era una ley incuestionable. Bunny, Mansnoozie y Jack habían nacido como criaturas de la Edad de Oro. Norte, Ombric, Katherine y Toothiana habían empezado su vida como humanos, o en gran parte. Pero el Hombre de la Luna, o también HoLu, como los demás Guardianes habían dado en llamarle, había pertenecido a la realeza de la Edad de Oro, y en su corazón vivían todas las cosas valiosas de aquella época única y majestuosa.

A pesar de que Sombra había asesinado a sus padres, a pesar de la trágica vida de aquel huérfano lunar, a pesar de todo lo que había perdido y de toda la soledad que había tenido que soportar, HoLu había conservado la bondad en pensamiento y en acto como los niños más inocentes. Pero también había crecido su sabiduría. Casi nunca daba órdenes a los Guardianes. En su lugar, los guiaba como un abuelo guía a sus nietos. Y, como todos los abuelos, era más fuerte y más resiliente de lo que parecía. A fin de cuentas, había soportado cosas que habrían hecho caer al más fuerte.

La pequeña y valiente Katherine había crecido. Por ir siempre con Kailash, a Katherine se la conocía en todo el mundo como Mamá Ganso. Sus famosas historias y canciones se basaban en incidentes, en seres y en criaturas que formaron parte de su crecimiento

con los Guardianes. Pero sus deberes iban más allá de las letras para el entretenimiento infantil, pues también era la cronista de la historia y las andanzas de los Guardianes, de sus muchos conflictos y triunfos. Aquellas historias no eran para el disfrute del mundo exterior, sino más bien para los propios Guardianes. Sus vidas se habían hecho tan largas y variadas que los Guardianes a menudo necesitaban o querían que les leyera o les recordara cómo habían sido las cosas en el pasado. La historia, sobre todo la de uno mismo, puede ayudar incluso a un poderoso Guardián a entender la confusión del presente.

Y aquellos eran sin duda tiempos confusos para el mundo y para los Guardianes: 1933 había sido uno de los años más oscuros que habían experimentado en su dominio terrenal. Una enfermedad que los adultos llamaban la Gran Depresión había envuelto el planeta

y había afectado a todos y cada uno de los hombres, las mujeres y los niños. Las fuerzas de la amargura estaban desafiando las habilidades y la experiencia de los Guardianes. A pesar de su conocimiento de magia, de poción, de sueños y de historias, a pesar de su valentía y bondad, aquella Gran Depresión había dejado desconcertados a los Guardianes.

Todo había empezado con algo llamado el Crac. Pero a qué hacía alusión aquella palabra era algo imposible de entender para ellos. Habían discutido al respecto cuando aparecieron los primeros síntomas.

—Es algún tipo de mercado —había explicado Bunny— lleno de mayores, creo.

—La palabra correcta es «valores». Es un mercado de valores —le corrigió Norte.

—No, estoy seguro de que eran mayores, mi querido amigo barbudo y gordo —replicó Bunny—. Vamos

a ver, ¿qué es eso de «valores»? No tiene sentido. Tiene que ser «mayores». ¡Ha sido un crac de mayores!

—¡Bunny, tendrás las orejas largas, pero tu cerebro es una molécula! —respondió Norte—. Los mayores no hacen «crac» al caer, aunque sean muchos. Cuando caen, sencillamente se quejan. ¡No podrían hacer tanto ruido como para generar el caos que hay ahora mismo!

Ha sido una calamidad socioeconómica que ha afectado a toda la economía mundial, reflexionó Sandy con su elegante escritura de arena dorada que flotaba en el aire sobre ellos. Un gran desplome del valor de las participaciones empresariales de todos los mercados que ha causado pánico y el consiguiente «crac» del precio de las acciones. El somnoliento personaje se detuvo. La explicación era tan complicada que se había quedado dormido.

-A ver, que yo entiendo cómo ha ocurrido todo este embrollo -dijo Norte-. Lo que pasa es que no entiendo lo que significa.

-Por supuesto -subrayó Bunny muy tajante-. Estas empresas de adultos no son nuestro fuerte.

Así pues, los Guardianes observaron cada vez más alarmados y preocupados cómo millones de adultos perdían sus empleos, sus hogares, sus granjas y todo lo demás. Innumerables familias vagaban por las calles buscando desesperadamente un techo bajo el que cobijarse, un lugar donde dormir e incluso comida caliente. Los Guardianes vieron la crudeza de la situación durante sus esfuerzos por repartir regalos aquella Nochebuena. No había forma de encontrar a miles de niños. Muchos envíos no se pudieron completar. El mundo entero parecía ir a la deriva. Esto les dolió. Y ¿dónde estaba Jack Escarcha?

CAPÍTULO SEIS

Recelos Con Regalos

GASÍ TODOS LOS AÑOS, las tareas de Nochebuena de Jack las elegía él mismo. Podía volar con el viento a cualquier lugar de la Tierra en cuestión de minutos, por lo que tenía a vigilar la misión entera. Si de repente se atascaban de forma desastrosa los dirigibles aerostáticos de reparto de juguetes en Europa, aparecía Jack y ordenaba el tráfico, enviando cada nave a su respectiva dirección de entrega. Así, Norte podía ir de ciudad en ciudad en su trineo, cargar con los juguetes solicitados en cada dirigible y luego cubrir las ciudades y pueblos con los juguetes que los niños más deseaban. Si el



tiempo lo permitía, Jack acompañaba a Norte a hacer algunas entregas. La naturaleza secreta y silenciosa de dejar juguetes debajo del árbol y en calcetines navideños sin que nadie se diera cuenta les proporcionaba alegría pura y era casi una competición entre los dos. El objetivo era ser el más rápido y el más silencioso, y Jack no podía evitar engañar y chinchar a su viejo amigo.

Ese regalo no es el correcto, le diría a Norte.

No intentes engañarme, canijo. Estamos en el número 1211 de Pearly Pine. En casa del pequeño Tommy Gladstone. De siete años. Una batería, soldados de juguete, un arco con flechas y un barco velero. ¡Está todo en la lista de envíos certificados!

No, no, no, eso es dos casas más abajo. Esta es la casa de los jóvenes Bertram y Louisa Ternwhistle. ¡Han pedido seis ponis de carne y hueso, dos automóviles voladores y una auténtica cría de elefante!

¡¿Qué?!

No me digas que te has olvidado de la cría de elefante...

¡Qué ridiculez!

¿Significa eso que también se te han olvidado los automóviles voladores?

Norte se daría entonces cuenta de que Jack estaba de broma y acabaría la entrega. Después se tomaría la leche y las galletas que le habrían dejado y los dos se asomarían a ver dormir a los niños. Jack sabía cómo les había ido el año a casi todos. Y Santa sabía cuáles eran los favoritos de Jack: los más solitarios, los que a veces tenían problemas. A esos, Jack los borraba adrede de la lista definitiva de traviesos.

Todos los niños necesitan que les den un respiro o dos, le diría a Norte, sobre todo respiros de un alegre gordiflón que se supone que es el bueno.



Eso dice el chaval más travieso, le respondería Norte con una risita, aunque siempre hacía caso a Jack respecto a cómo tratar con niños buenos o traviesos.

No obstante, aquel año era distinto. Norte estaba solo. Jack se mantenía a distancia. La mano herida no dejaba de dolerle; estaba seguro de que alguien le estaba siguiendo. Había más hombres de las pesadillas ahí fuera, o seres similares a ellos. Y Jack estaba seguro de que, si se acercaba a algún envío navideño, le traería problemas.

Incluso a distancia, Jack sabía que aquella Navidad no iba bien.

Una Navidad Muy Desordenada

POR PRECAUCIÓN, JACK esperó a reunirse con el grupo en el Polo cuando los envíos navideños hubieran terminado. Katherine se sintió aliviada al verle, pero los otros Guardianes adivinaron por la expresión de su rostro que Jack estaba más preocupado aún que ellos. Norte decidió no preguntarle por su ausencia. Sabía que, a su manera, el chico había actuado de la mejor manera posible.

—Temo lo que está por venir —dijo Toothiana, expresando el sentir general—. Los adultos están desesperados. Los niños están siendo fuertes y están

tranquilos, pero toda esta incertidumbre, así como el miedo que genera, está haciéndoles mella.

—Así es —coincidió Norte—. Pero me parece que vendrán cosas peores.

—¿Otra guerra? —preguntó Bunny. Solo pronunciar esa palabra bastó para sacar de su siesta a Sandy. En torno a su cabeza empezó a ondular arena negra. Todos recordaban la espantosa guerra. La que llamaban la Guerra Mundial.

—Los adultos parecen estar volviéndose locos otra vez —dijo Toothiana—. ¡Imaginad que se vuelven tan estúpidos como para destruir hogares, tierras y vidas!

—Sí —dijo Bunny—. Hubiera preferido que los adultos humanos se comportaran mejor.

Pero Norte tenía otra opinión.

—He de decir que a mí no me sorprende, solo me decepciona. Pensé que estábamos ayudando a los

niños a crecer de tal forma que, cuando llegaran a adultos, sabrían lo que está mal.

Toothiana sacudió un ala.

—Me preocupa otra cosa. Me preocupa que los niños dejen de tener fe.

La idea los dejó a todos en silencio. Tener fe daba sentido a todo lo que hacían. Querían que los niños tuvieran fe en el poder de la magia. Que tuvieran fe en la magia de lo imposible.

Katherine todavía tenía que dar su opinión. El alivio de ver a Jack se había visto atenuado por las nuevas preocupaciones. Había estado observando el modo en que andaba en silencio por el borde del estudio de Norte. Era el que más se parecía a los niños, tanto en su naturaleza como en su aspecto, por lo que sabía que aquellos acontecimientos le afectaban más que a nadie. A Katherine se le rompía el corazón al verlo sufrir.

De este modo, cada uno a su manera, le daban vueltas a eso de la Gran Depresión que amenazaba al mundo que tanto querían. Entonces, todos se dieron cuenta de que estaban pensando lo mismo. Desde el principio de su tiempo juntos habían desarrollado la habilidad de compartir pensamientos y sentimientos en épocas de crisis o en momentos de enorme alegría. Y esta les transmitió a todos el mismo pensamiento desesperado: ojalá Ombric pudiera usar su poder para mostrarles el futuro, para contarles cómo combatir la tristeza que parecía amenazar al mundo.

La sala se iluminó de golpe y la imagen del mago parpadeó en su centro. Ombric los había oído. Apareció como un fantasma de aspecto estroboscópico, ansioso por contarles algo. Pero no eran capaces de descifrar lo que era: su voz resultaba poco clara, entrecortada. El enorme esfuerzo de frenar el tiempo en

toda la Tierra por Navidad sin duda había agotado al hechicero.

—Cálmate —dijo Norte con suavidad a su viejo maestro—. Has hecho todo lo que has podido por ahora.

En respuesta, Ombric lanzó puñetazos al aire, como si intentara atravesar su existencia crepuscular. Su desesperación le hacía parecer un loco.

—¡Va a consumir toda su energía! —exclamó Tookiana.

—Norte —dijo Bunny con una voz sorprendentemente preocupada para un Pooka—, tienes que tranquilizarle.

Pero antes de que Norte pudiera decir nada, Ombric se desplomó, meneando la cabeza de agotamiento, y su barba barrió el suelo. Empezó a desvanecerse. Pero, al hacerlo, miró con intensidad a Jack Escarcha. Jack le devolvió la mirada. El intercambio

fue intenso, pero la expresión de Ombric se fue relajando poco a poco. Las arrugas de su ceño se alisaron. El Padre Tiempo y Jack hablaban solo con la mente, pero, de algún modo extraño, habían conseguido bloquear sus pensamientos a los demás Guardianes. Estos sentían un muro mental que les ocultaba la conversación, pero no les dio la impresión de que fuera un acto de secretismo antipático. Confiaban en la decisión de Ombric de hablar solo con Jack. El anciano hechicero siempre tenía una razón, y nunca les había fallado.

Norte reflexionó:

—Nos está ayudando del único modo que puede.

Ombric se hizo aún más tenue. Su silueta se volvió tan borrosa como la niebla, pero sus ojos seguían siendo brillantes y miraban fijos a los de Jack. Al final, Jack pareció asentir. Entonces Ombric parpadeó, y con ese gesto desapareció.

Jack miraba traspuesto el lugar en el que Ombric acababa de desaparecer. No parecía ser consciente de que los demás le habían rodeado en silencio. Katherine fue la primera en hablar.

-¿Jack? -dijo.

-¿Qué podemos hacer, chaval? -preguntó Norte. Pero Jack no contestó.

-Deberíamos llamar al Hombre de la Luna -propuso Bunny.

-¡No! -gritó Jack, reaccionando por fin. Tomó a Katherine de la mano y, mirando a lo lejos, dijo:- Necesito una de tus historias, señorita Ganso. Hace mucho que no me cuentas una.

Y, al instante, se alejaron volando del Polo Norte a lomos de Kailash. El cielo era un mar de estrellas, y Jack no quitaba los ojos de la luna, que brillaba llena sobre ellos. Katherine sabía que no debía hacerle nin-

guna pregunta; él hablaría cuando estuviera preparado. Pasar tiempo a solas con Jack se había convertido en un regalo poco habitual. Seguían de la mano. La de ella estaba caliente. La de él, fría, muy fría.

Aunque se conocían desde hacía siglos, en sus corazones tenían la misma edad, la misma que cuando salvaron el mundo por primera vez y se salvaron entre sí.

La luna brillaba sobre ellos mientras surcaban el cielo nocturno. Habían vivido muchas cosas juntos, y les esperaban situaciones dramáticas. Esa noche, el calor de sus recuerdos les daría fuerzas para enfrentarse a los problemas que sin duda estaban por venir.

Pero durante aquellas breves horas, volverían a ser solo Katherine y Luz Nocturna.

Un Beso Eterno

TODO EMPEZÓ CON UN BESO, recordó Katherine mientras volaban. *Fue entonces cuando Luz Nocturna acabó y Jack Escarcha empezó.*

Volvió a pensar en la Guerra de los Sueños, ocurrida hacia muchísimos años, cuando Sombra la había encarcelado en un sueño de pesadillas sin fin. Luz Nocturna había adivinado que un beso rompería aquel espantoso hechizo. Pero nadie sabía que aquel beso los cambiaría a los dos para siempre.

Luz Nocturna era un ser especial de la Edad de Oro. Los Luces Nocturnas eran una hermandad secreta de la que casi no se sabía nada. Ni Ombric, ni Bunny,

siquiera el propio Luz Nocturna sabían demasiado sobre ella, y la entendían todavía menos. Katherine solo estaba segura de una cosa: Luz Nocturna había existido con un único propósito: proteger a un niño. Ese niño era el príncipe Lunanoff, que se había convertido en HoLu, el Hombre de la Luna. Luz Nocturna también era el último de su especie, y nunca tendría que haberse hecho mayor. Era un ser infantil, una criatura celestial con enormes poderes. Pero un beso es magia humana, y cuando Luz Nocturna besó a Katherine, la magia de la Edad de Oro y la de los humanos se mezcló y se fundió para dar lugar a una magia nueva, diferente a todo lo que había en el universo.

El beso apenas había durado uno o dos segundos. Ombric había calculado exactamente 2,86001 segundos, y Bunny lo llamaba «el beso eterno», lo cual a Katherine le pareció una forma digna de un Pooka de describirlo

ocurrido. Ombric había intentado explicar algo de lo que había desencadenado aquel beso al decirles:

—Para los humanos, el primer beso es el final de la infancia y el principio del viaje de la madurez. Cuando dos seres se empiezan a entender el uno al otro de forma completa y no se cansan de estar juntos, cuando siempre quieren estar en compañía del otro y descubren alegría incluso en sus defectos y confían en todo lo que hacen, cuando la ausencia trae consigo tanto angustia como fuerza, y cuando la esperanza se vuelve sólida, ese beso trae la magia más poderosa de todas. Crea una fe inquebrantable. La fe en el otro.

Y así había sido para Luz Nocturna y Katherine. Ese beso había traído consigo una fe inquebrantable en el asombro y la bondad entre ellos dos. Y esta fe se amplificó gracias a los poderes de Luz Nocturna. En aquellos 2,86001 segundos se destruyó el hechizo de

Sombra sobre Katherine y ella despertó de aquel sueño casi interminable, pero en su corazón la joven supo que algo había cambiado en ellos dos. Pasaría mucho tiempo antes de que entendieran por completo aquella transformación extraordinaria que estaba por venir.

Pero, en vez de acercarlos, el beso y sus efectos secundarios los separaró. Luz Nocturna desapareció durante más de cien años. Y aunque Katherine no dejó de creer que volvería a verle, su ausencia le hizo mella. Le echaba de menos. Echaba de menos su vínculo. Echaba de menos el brillo de su compañía.

Entonces, en el invierno de 1890, los demás Guardianes y ella empezaron a oír historias de un joven indomable y de pelo blanco cuya edad variaba y que impresionaba a todos los que se lo encontraban. Sus hazañas pronto se hicieron legendarias. Había adoptado la identidad de un joven caballero deslumbrante,

ingenioso y de temperamento alegre llamado Jackson Terrenal Escarcha.

Katherine fue la primera en sospechar que Jack Escarcha era Luz Nocturna transformado. Un artículo del *London Times* describía al joven señor Escarcha que había conquistado Londres de un plumazo:

Su atractivo agrada de un modo que roza la curiosidad. Su rostro invita a un segundo vistazo. Y después al deseo de mirar con atención. Sus rasgos parecen existir en una especie de crepúsculo entre la juventud y la madurez. Su piel posee cierta iridiscencia, como una capa perfecta de nieve recién caída a la luz de la luna. Su compleción es pálida, pero siempre tiene un toque de rubor en las mejillas, lo cual enciende sus ojos de color azul helado. Su cabello blanco es como una corona de travesura, una especie de proclamación



de áspera realeza. Incluso cuando está pensativo, tiene un aire de alegres posibilidades, como si se avecinaran bromas y diversiones en abundancia. Los datos sobre su edad parecen variar. Algunos creen que acaba de entrar en la adolescencia, otros creen que pasa de los veinte desde hace algunos años.

Al leer esto, Katherine supo en lo más profundo de su ser que ese tal Jack Escarcha tenía que ser Luz Nocturna. La última vez que había visto a su amigo, tenía los mismos rasgos e irradiaba las mismas cualidades, pero la falta de certeza respecto a su edad fue lo que más le llamó la atención.

Durante los años que siguieron a la desaparición de Luz Nocturna, Katherine envejeció como cualquier muchacha, hasta que cumplió dieciséis años. Entonces ocurrió algo extraordinario. Cuando su mente se con-

centraba en Luz Nocturna, al instante se volvía más joven; por lo general, volvía a los doce años, la edad en la que Luz Nocturna y ella se besaron. Entonces recordaba todo lo que había ocurrido desde el beso, y no solo era físicamente más joven, sino que además se acordaba con precisión lo que sentía cuando era más pequeña. Los sentimientos y los pensamientos que se tienen a los doce años son distintos de los de cualquier otro momento de la vida. Así que, a su extraña manera, podía retroceder en el tiempo y recordar a la niña que había sido volviendo efectivamente a ser ella.

Durante años ocultó esta nueva habilidad a los demás Guardianes. A fin de cuentas, ocurría solo cuando pensaba en Luz Nocturna. Así lo mantenía muy vivo en su memoria. Había muchas veces en las que parecía que él estaba a un suspiro de distancia, lo cual resultaba un enorme consuelo. Su ausencia era una herida que guar-

daba para sus adentros, por lo que el tierno milagro del recuerdo resultaba muy personal y privado.

Pero con el tiempo se hizo obvio para ella y para los demás Guardianes que el beso la había cambiado de otra forma. Cuando tenía unos veinte años, fue madurando de manera cada vez más lenta hasta detenerse por completo.

Tras un examen riguroso y mucha discusión, los Guardianes concluyeron que Katherine había pasado de ser una niña mortal de la Tierra a convertirse en una mujer de la Edad de Oro que podría vivir para siempre.

—Un beso casi nunca trae consigo tantas sorpresas —le dijo Norte—. La historia del cosmos bien podría cambiar.

Katherine no sabía si eso era verdad, pero sí se preguntaba cómo le habría afectado el beso a Luz Nocturna. Cuando oyó estas historias de Jack Escarcha,

estuvo segura de que por fin tendría una respuesta. Pero esta era tan esquiva como el propio Jack.

* * *

En la década de 1890, los Guardianes organizaron un ejército de aliados y observadores que ayudaban a vigilar a los niños de todo el mundo. Norte y Bunny hablaban la lengua de casi todas las criaturas de la Tierra, y eso ayudaba a que la información que recogían fuera muy exhaustiva. Los pájaros, los ratones, los perros, los gatos, las ardillas, los insectos y los peces estaban al tanto de casi todos los sucesos que ocurrían en interiores y en exteriores, así que, cuando Jack Escarcha apareció a finales de siglo, sus movimientos y secretos llegaron a oídos de los Guardianes casi de inmediato.

Los Guardianes decidieron que había que observar con mayor detenimiento al tal Jack Escarcha. Los informes sobre él eran prometedores.

—¡Casi nunca duerme!, —observó Sandy.

—¡Asiste al ballet, a la ópera, a exposiciones de arte, a fiestas, y al parecer lo hace todo a la vez! —añadió Bunny.

Norte alzó sus formidables cejas y dijo:

—Y menuda pandilla de amigos tiene... ¡Magos, malabaristas, acróbatas y payasos!

—Además de novelistas, poetas, compositores, artistas, actores, escritores de teatro e incluso algunos políticos —apostilló Toothiana—. ¡Parece haberlos encantado a todos!

Bunny agitó una oreja y bajó la voz.

—¡Se dice que el tal Escarcha ha inspirado historias y personajes tan variados como el doctor Jekyll y Mr. Hyde, Dorian Gray e incluso Peter Pan!

—¡Le llaman «Jack el Loco»!, —informó Sandy.

—La realeza anda tras él —reflexionó Toothiana—.

Ha roto muchos corazones, y a diario hace lo que parece imposible: callejea por Moscú con Rasputín un viernes por la tarde y asiste a las carreras en Ascot, Inglaterra, a la mañana siguiente, y no solo monta sobre el caballo ganador de la copa de oro, sino que se la presenta a la reina Victoria y le da un mechón de su pelo blanco y frío...

Norte, asombrado, dijo:

—Las mujeres le adoran y los hombres quieren ser como él.

Y, por encima de todo, los Guardianes observaron que los niños le querían mucho.

No importaba en qué glamurosa juerga estuviera metido: Jack siempre dedicaba tiempo a ayudar a cualquier niño que lo necesitara. Si un niño tenía hambre, frío o si no tenía un lugar donde refugiarse, Jack se aseguraba de que estuviera a salvo y cómodo. El té en el palacio de Buckingham podía esperar, y la reina también. Si Jack

presentía el dolor de un niño de la calle, dejaba a la reina preguntándose adónde habría ido su luminoso invitado. Pues, más allá de la sed por el torbellino de experiencias de la vida, había un sentido de deber profundo e inquebrantable, o más bien una necesidad de eliminar la soledad, las incertidumbres y los miedos de los niños para sustituirlos por consuelo y cariño.

Jack hacía esto con total sencillez.

Era amable y escuchaba.

Pero nunca dejaba que una amistad durara demasiado tiempo. Su compañía era como una estrella fugaz, un resplandor intenso y móvil que después desaparecía. No dejaba atrás por completo a sus amigos, pero mantenía las distancias. Casi no se dejaba ver. Como un fantasma simpático.

De igual interés les pareció que pudiera hacerse invisible a voluntad. Recorría volando grandes distancias

gracias a una fuerza que no se podía ver. Era capaz de andar sobre las nubes, y, aunque rara vez dormía, lo hacía siempre en noches de luna llena sobre una nube pasajera. Tenía un bastón que al parecer poseía una gran variedad de poderes extraordinarios. Y, por encima de todo, podía cambiar su edad a voluntad, pero nunca podía parecer menor de once años ni mayor de dieciocho.

Sí, pensaba por entonces Katherine. Tiene que ser Luz Nocturna. El beso le ha dado la misma habilidad que a mí. Pero ¿por qué no ha venido junto a nosotros?

Esta pregunta había hecho que la vieja herida que había dejado la ausencia de Luz Nocturna le doliera de manera renovada. Cuando soñaba despierta, él estaba muy cerca y al mismo tiempo muy lejos. En realidad, su situación era la misma.

Pero después, durante una noche extraordinaria en Londres, su pasado se cruzó con su presente.

CAPÍTULO NUEVE

Donde Hay Voluntad,
Hay Susurros

GUANDO SE ACERCABAN A LA ISLA de Ansárida, donde vivía Katherine, ella se dio cuenta de que Jack se había quedado dormido sobre las plumas de Kailash. Parecía desesperado por descansar un poco. Tenía el ceño fruncido, lo cual le hacía parecer mayor. Katherine notaba el peso de las muchas cargas de su larga vida.

Las poderosas alas de Kailash se quedaron quietas para planear, y Katherine deseó que Jack estuviera tranquilo. Sabía que no había tenido paz desde hacía mucho, mucho tiempo. Se quedó mirándole, y recordó el informe de la última noche de Jack en Londres. Llevaba años sin leerlo, pero cuando lo recibió, lo releyó

muchísimas veces, ansiosa por obtener noticias de su querido amigo. Recordaba hasta el más mínimo detalle.

Varios ratones, seis palomas, un pinzón y una ardilla roja habían observado los acontecimientos de aquella tarde. Informaron del siguiente modo:

Era una noche heladora de invierno.

Jack es miembro del Athenaeum Club. Es miembro de muchos clubes. Los clubes privados tienen una función de enorme importancia en la vida social de jóvenes y mayores de esta época tumultuosa. Estos clubes son elegantes y rebosan amistad, rivalidad y fricción inquieta entre hombres ambiciosos y llenos de ideas. En el Athenaeum, Jack ha cultivado algunas de sus amistades más interesantes.

La noche de este informe, se vio salir a Escarcha del calor festivo del club con tres compañeros. Iban muy juntos para evitar el frío, charlaban y reían mientras descendían los escalones helados que conducían a la calle. Como es costumbre en él, Jack iba varios pasos atrás. Le gusta observar la alegría sencilla de sus amigos al final de una tarde de diversión. El más afable de los tres es el joven Winston Leonard Spencer Churchill, cuya potente risa y su actitud le recuerdan a Jack a su viejo amigo Nicolás San Norte. Churchill había sido un chico travieso, de lo más gamberro, y le habían echado de la mayoría de los colegios de Europa. Durante la tarde en cuestión, iba

fumándose un puro enorme y acababa de empezar a cantar la canción de uno de los colegios en los que había estudiado.

-¡Sandhurst era un colegio estupendo con un himno penoso! -vociferó, interrumpiéndose en mitad del estribillo. Los otros dos amigos, Joseph Rudyard Kipling y James Matthew Barrie, eran escritores de cierto renombre, pero esa noche iban cantando el himno de un colegio al que nunca habían asistido con una fuerza y un entusiasmo considerables.

-Nos saldría bastante mejor si nos supiéramos la letra -dijo Kipling entre risas, pero su ignorancia no limitó la jovialidad con la que intentó cantar junto a Barrie.

Jack sonrió. Cuando más le gustaban

sus amigos era cuando se comportaban
menos como adultos y más como niños.

Pero cuando los amigos llegaron a la
acera, pasaron junto a un grupito de
niños de la calle que tiritaban debido
viento de la tarde.

-Por favor, señores, ¿nos darían
un penique para comer? -dijo uno de
los niños con un tono de necesidad
y esperanza muy bien ensayado.

Los amigos de Jack ni siquiera
se dignaron a mirar hacia los niños,
que estaban helados y al borde de la
inanición. Jack miró la harapienta
ropa que llevaban. Les miró las piernas
delgadas y larguiruchas y los codos
pelados. El chico siguió detrás de sus
amigos, que avanzaban calle abajo.

Los niños se quedaron en silencio, tiritando. Observaron al alegre trío, que se tambaleaba y vociferaba por la calle.

Jack parecía enfadado con sus amigos. Sabía que habían tenido una infancia acomodada, pero todos habían experimentado grandes disgustos y tristezas en la infancia. No podían, ni debían, hacer como si aquellos niños desgraciados no existieran. Tendrían que haberlos escuchado.

Jack se hizo invisible. Utiliza ese poder con sutileza. Si una fiesta resulta aburrida, desaparece y punto. O si quiere influir en secreto en el resultado de un acontecimiento, hacerlo sin ser visto se lo pone más fácil.

Llegado este punto, Jack fabricó tres

bolas de nieve con mano experta y se las tiró discretamente a sus amigos.

Todas alcanzaron su objetivo.

A los tres hombres se les cayeron los sombreros al suelo lleno de nieve. Se dieron la vuelta y se quedaron mirando a los niños. Ellos les devolvieron la mirada.

Al parecer, se había declarado una guerra en silencio.

-Esta agresión no quedará sin respuesta -balbuceó Churchill, mientras Kipling, Barrie y él mismo se ponían de rodillas y empezaban a preparar bolas de nieve.

Aunque fuera invisible, creemos que Jack estaba encantado. Les susurró a varios niños:

-Deberíais poneros manos a la obra.

Son más grandes que vosotros.

De inmediato se arrodillaron y empezaron a preparar bolas de nieve.

Tanto Churchill como Kipling tienen pasado militar y han estado en el campo de batalla, así que sabían que lo más importante era tener una fuente constante de munición. Barrie, según demuestran los datos, es el que menos puntería tiene de los tres, así que se dedicó a hacer bolas de nieve mientras sus cómplices ocupaban posiciones detrás de una farola y un buzón.

-Esperad a que os dé la señal -dijo Churchill echando una bocanada de humo del puro.

Los niños tenían muy buena mano para

hacer bolas de nieve, y habían amasado un arsenal impresionante. Estaban preparados para atacar, pero parecían inseguros. De nuevo, Jack intervino con un susurro:

-Apuntad al del puro.

Los niños estaban tan concentrados en el enemigo que no se habían dado cuenta de que no podían ver a Jack. Habían oído sus consejos y, sin cuestionarlos, actuaron. ¡A la carga! Su grito de guerra era agudo, estridente e impresionante. Ocho vocecitas retumbaron como un ejército.

-¡Caramba! -dijo Kipling, asombrado.

-¡Esperad a que dé la orden! -soltó Churchill con autoridad.

Barrie dejó su labor y se dispuso a atacar, con una bola de nieve en cada mano y varias en cada bolsillo.

Al instante, los niños se lanzaron sobre ellos. El aire era denso, con bolas, gritos y exclamaciones.

- ¡Fuego! -bramó Churchill, pero cinco o seis golpes directos a su cabeza y hombros silenciaron su orden. Cayó de espaldas y se quedó tendido en la calle, indefenso cual tortuga panza arriba. Cuatro niños se pusieron sobre él y de nuevo le machacaron con bolas de nieve.

- ¡Mi puro! -ullaba. Y, en efecto, un bolazo le habían quitado el puro de la boca y se le había metido por dentro del abrigo.

Kipling y Barrie intentaron ayudar, pero los dos recibieron golpes tan certeros que sus gafas quedaron

cubiertas de un montón de nieve y no pudieron ver nada.

Los tres hombres estaban superados, por no decir derrotados. Pero, de repente, la marea de bolas de nieve cambió. Una veintena de miembros del Athenaeum Club había visto la escaramuza desde la ventana y había acudido a echar una mano.

Jack había reaparecido. Alzó su bastón y, de repente, provocó una cegadora ventisca de nieve que entorpeció a los hombres del Athenaeum.

Un niño muy pequeño, que tenía un aspecto particularmente andrajoso, se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido alto y agudo que retumbó a varias manzanas de distancia. No

había acabado su primera nota cuando
empezaron a aparecer de todas partes
niños que acudían a la contienda.

Y la batalla de bolas de nieve
adquirió proporciones épicas. Adultos
contra niños. Jack observaba asombrado.
Pero ¿qué había provocado?

Unos ancianos -mayores de ochenta
y dos-, que apenas unos minutos antes
iban renqueando con sus bastones por
el comedor enmoquetado, ahora saltaban
sobre adoquines nevados con el vigor
y la destreza de gladiadores romanos.

Los desgarbados y hambrientos niños,
algunos de menos de cinco años, mantenían
su posición o atacaban con la astucia
implacable de generales experimentados.

Aquel caos de miles de bolas de nieve

centelleando a la luz de las farolas, junto con los vítores y las risas de pura y exultante alegría, llenó el aire. El regocijo extraño y desatado de una guerra imaginaria con bolas de nieve bien apretadas había convertido a hombres en niños y a niños en héroes.

Jack volvió a hacerse invisible, pero se quedó en mitad de la batalla campal, volando de aquí para allá más deprisa que cualquier proyectil de nieve. Se le oía gritando órdenes para guiar a cualquiera que pareciera necesitarlo. Al principio, solo ayudaba a los niños, pero al ampliarse la contienda, empezó a animar también a los del Athenseum.

Los combatientes estaban tan concentrados que ni una vez se les pasó

por la cabeza preguntarse quién los
estaba ayudando.

La lucha llegó a un punto tan
febril que uno de los participantes
se desplomó de agotamiento y alegría.
Resonaron voces que decían:

- ¡Alto! ¡Ya basta!

- ¡Me rindo!

- ¡No puedo más!

Los gritos se convirtieron en risas.

El escándalo de la batalla dio paso a
un concierto de carcajadas, resoplidos
y risotadas.

Churchill se levantó con dificultad.

Era el que reía con más placer. Se
sacó el puro, todavía encendido, de un
pliegue profundo del abrigo y le dio
una larga y satisfactoria calada.

-Propongo que demos fin a las hostilidades -dijo a las agotadas tropas-. Yo diría que hemos empataido.

-Dio otra calada.

Aquel montón de jóvenes y ancianos se quedaron sentados; sus cálidos alientos formaban una jadeante niebla a su alrededor.

-También opino que, puesto que todos somos vencedores, el botín ha de ser para todos -prosiguió Churchill-. Retirémonos al calor del club. ¡Dejemos que la nieve siga cayendo en paz mientras cenamos como reyes!

Resonaron vítores de alegría. Unos a otros se ayudaron a levantarse, y Churchill empezó a cantar la canción

de su colegio, la canción de su amado

Sandhurst:

De quienes ya se han marchado

a aquellos que están

por venir,

pasamos nuestro lema, alto

y claro, para vencer cualquier mal.

Con la sinceridad del amor fraterno,

con la certeza con que crece la

biedra,

nos mantendremos firmes

durante toda la vida, haciendo

frente

al viento que sea.

Ese fue el momento táctico que Escarcha eligió para volver a aparecer, con el mismo sigilo con el que había desaparecido al principio. Sonriendo, observó el desarrollo de la escena. Churchill le dio una palmada en la espalda, sin dejar de cantar a pleno pulmón, acompañado por todos aquellos que se sabían la letra.

-No me han visto -susurró Escarcha a Twiner-. Creo que piensan que he estado desde el principio...

Entonces, Jack se quedó helado. Su mano izquierda (la que tiene una profunda cicatriz) se le había cerrado de golpe, como si le doliera. Mientras los demás volvían al interior y dejaban atrás las



Los hombres de las pesadillas acaban encontrando a Jack

enormes puertas de roble del Athenseum Club, Jack se alejó un poco y miró hacia las sombras de una callejuela cercana.

Tras un momento, los hombres de las pesadillas se hicieron visibles.

En menos que un instante, Jack se volvió a hacer invisible.

Informe 66g37* Londres

Según recordaba Katherine, al amanecer, Jack se había ido de Londres y había llegado al Polo Norte. Había vuelto a su lado, pero sin darles ninguna explicación sobre su larga ausencia o sobre el cambio de nombre a Jack Escarcha.

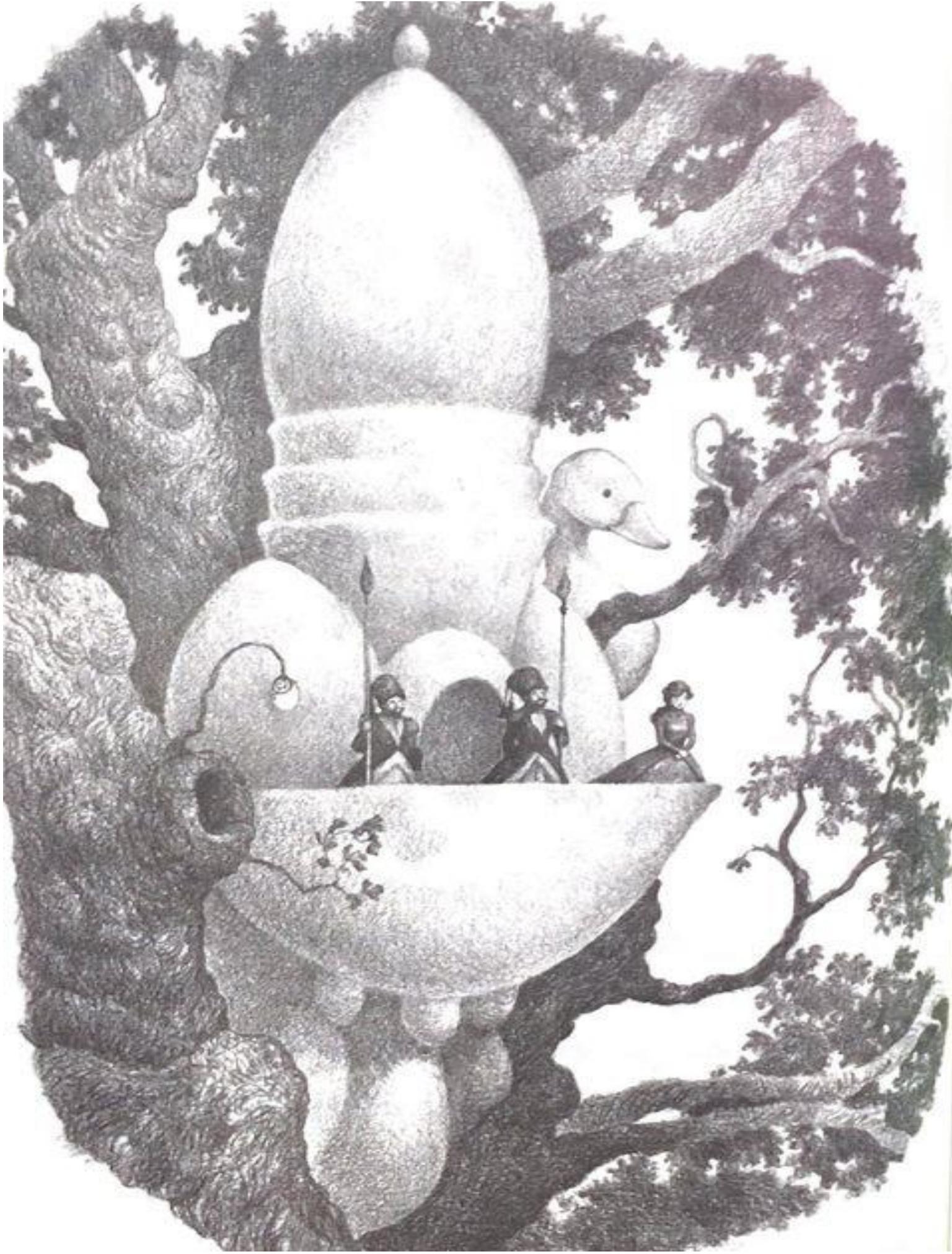
Katherine sabía que Jack ocultaba una oscura verdad. Y la ocultaba por algo. Esperaba que ahora, quizás, descubriría los secretos de aquel chico de pelo blanco.

↳

Lo Bueno Para el Ganso Es Mejor Para Ansárida

RAILASH ALZÓ UN ALA ligeramente y se inclinó hacia la izquierda, planeando hacia la isla de Katherine, hasta la torre más elevada de la vivienda principal. Resulta difícil dar un nombre a una estructura única como la de Ansárida. Era más grande que una casa, pero no llegaba a ser una mansión. Tenía varias torres, pero no era un castillo. Era hermosa, grandiosa, pero sin llegar en absoluto a ser un palacio.

Era errática pero íntima. Era elegante pero dura, además de vaporosa y grácil. Sin duda estaba decorada, pero de un modo sencillo y poco recargado.



Tenía porches, balcones, plataformas, senderos ajardinados y tejados; algunas estructuras eran alargadas y apuntadas. Otras eran redondas o planas.

Pero el rasgo más llamativo de Ansárida era la media docena o más de árboles inmensos que se entrelazaban y curvaban por dentro y por fuera de la propia casa. Eran retoños de la Gran Raíz, y tenían la misma corteza nudosa de sicómoro que el árbol del que provenían, así como grupos fluidos y densos de ramas elegantes que se retorcían por fuera de las ventanas y los balcones. Estos miembros servían de esbeltos caminos y escalinatas por las que se podía subir a otras ventanas y pisos o sencillamente se podía uno sentar en lo alto de los árboles que se arqueaban sobre la casa como frondosos paraguas gigantes.

Esta característica le otorgaba a Ansárida la apariencia de casa-árbol que Katherine había planeado

desde el principio. De niña, su lugar secreto preferido había sido una casa improvisada en un árbol a modo de nido que había construido para Kailash en las ramas más elevadas de la Gran Raíz. Había sido en esa cabaña donde había empezado a escribir sus muchas historias, donde descubrió que tenían el poder de ayudarla a dar sentido a las maravillas y las penas del mundo real.

Ansárida era una versión adulta de aquel escondite, un lugar donde vivía como Mamá Ganso, donde pensaba, soñaba y escribía. Pero aquella noche no iba a escribir. Aquella noche Jack necesitaba una historia. Una historia que le ayudara a entender lo que fuera que Ombric le había dicho. Y, con suerte, los salvaría a todos.

Pero primero tenía que despertarle.



Cómo pillar a un Ganso



KAILASH SE POSÓ EN SU gigantesco nido, que colgaba de un balcón del cuarto de Katherine. Jack se despertó.

—¿Has soñado? —le preguntó Katherine.

—Sí —respondió él, tratando de librarse del cansancio con un meneo—. He soñado contigo. —Lo dijo de un modo que la llenó de recuerdos. Lo había dicho como si estuviera intentando no estar triste.

Katherine se dio la vuelta y le peinó las plumas a Kailash, como acostumbraba a hacer después de un viaje. Jack rascó a Kailash detrás de la oreja con la punta de su bastón. Uno de los muchos poderes de Twiner era el efecto relajante que dejaba en todas las grandes

criaturas después de rascarlas: sabía reportar un placer indescriptible a quien tocaba la oreja. El rascado de oreja era un método muy efectivo de persuasión con la tribu de yetis del Polo Norte, sobre todo entre los más grandes, a los que llamaban titanes. Esos yetis titánicos habitaban el perímetro exterior del Polo Norte y siempre vigilaban por si llegaban intrusos o exploradores. Si alguien malintencionado se acercaba a la ciudad secreta de Norte, los titanes hacían lo necesario para protegerla. Los titanes solían ser despiadados con los malhechores, pero con los exploradores eran más considerados. Con ayuda del Viento del Norte, lanzaban una tormenta de nieve cegadora que les impedía ver el Polo Norte. Algunas veces, los titanes rompían enormes trozos de icebergs para que los exploradores se fueran flotando por el océano Ártico. Cuando ese «juego» empezó a aburrirlos, los titanes comenzaron a engañar a los

El poder del rascado esencial



siguióndes grupos de exploradores creando una especie de Polo Norte fantasma lejos de la verdadera ciudad de las maravillas. Había sido idea de Jack. Sabía que los exploradores estaban buscando algo científico, tangible, magnético. Algo en la cúspide geográfica del mundo.

—Los juguetes, la magia y Santa Claus son lo último en la mente de estos señores tan leídos —informó Jack a los demás Guardianes preocupados—. Así que vamos a darles justo lo que quieren, y un poco más de propina.

Después envió a los yetis a enterrar enormes meteoritos (que resultan extremadamente magnéticos) para establecer un «falso» polo magnético (todas las brújulas apuntan a este lugar) y luego les pidió que levantaran la ciudad de Norte desde el hielo de sus cimientos para que se la llevaran muy, muy lejos del supuesto polo geográfico o magnético.

No obstante, Jack no podía resistirse a las travesu-

ras. Dejó que varios exploradores, entre los que estaba el famoso almirante Robert Peary, vieran de lejos la gran ciudad. Estaba seguro de que el mundo adulto nunca creería un descubrimiento tan fantástico. Y tenía razón. Peary y su equipo fueron objeto de burla de los científicos cuando afirmaron haber visto un lugar brillante e inmenso que siempre estaba fuera de su alcance. Su avistamiento fue considerado un simple espejismo.

Jack entendía los límites de la imaginación de los adultos, igual que entendía la apertura mental de los niños y las debilidades secretas de los yetis. Aunque los titanes yetis eran indudablemente heroicos y fuertes, a veces era difícil reunirlos para pasar a la acción. Levantar meteoritos y trasladar ciudades requería algún incentivo. Así que Jack les rascaba detrás de las orejas —grandes como una cama— con la parte curva de Twiner y los titanes yetis hacían lo que Jack les pedía.

Lo mismo ocurría con Kailash. La enorme gansa se inclinó hacia el suave ir y venir del extremo del bastón, que actuaba en ese punto perfecto entre la cabeza y el cogote. Por lo general, los gansos blancos del Himalaya se muestran distantes con quienes no forman parte de su vida cotidiana, pero Kailash siempre había mostrado entusiasmo cuando le rascaban la oreja. Emitió un lento, borboteante y gorgoteante suspiro.

Mirando hacia la ventana, Jack se aseguró de que Katherine estuviese dentro de la casa antes de acercarse a la gansa y preguntar:

—¿Katherine es feliz?

Kailash cortó su gracioso suspiro y parpadeó. Jack no necesitaba más. Hablaba perfectamente la lengua de los gansos. El ave siguió gorgoteando.

Katherine no está triste. Pero tampoco es feliz, le dijo el animal. Pero está muy «brillante» de ver a Jack.

«Brillante» era una palabra escogida digna de Kai-lash. Los gansos piensan en términos sencillos, y brillante siempre era algo bueno. Brillante era como la luz del sol o algo resplandeciente. Para los gansos, significaba «complacido», o «afortunado», o «contento», palabras que a Jack le gustaba oír. Durante sus largas ausencias, extrañaba a Katherine y se preocupaba por ella, aunque odiara admitirlo.

A veces añoraba la vida sencilla de cuando era Luz Nocturna. Entonces, sus sentimientos eran puros, ordenados, como los de un niño. Pero de eso hacía ya más de un siglo, y no podía dar marcha atrás. Ahora era Jack Escarcha y lo sería para siempre.

Y lo que necesitaba aquella noche era una respuesta a lo que Ombric le había encomendado. No había entendido lo que le había pedido, y por eso esperaba que Katherine pudiera ayudarle.

La Mayor Biblioteca Sobre la Paz de la Tierra

EL NÚMERO DE LIBROS que había en Ansárida era más que impresionante. En sus muchas salas, miles de estanterías, unas junto a otras, contenían una cantidad siempre creciente de volúmenes. Las *Rimas y leyendas* de Katherine, esas obras que nosotros llamamos los cuentos de Mamá Ganso, no eran más que una minúscula fracción de su biblioteca. Katherine era como una solitaria emperatriz de las historias; su biblioteca contenía casi todas las obras dedicadas a los niños que existían. Se extendían por toda Ansárida en orden alfabético, y también mucho más allá de

ese lugar: Katherine actuaba con muchas máscaras y muchos disfraces para establecer bibliotecas y secciones dedicadas a la literatura infantil en todo el mundo.

En su interminable tarea la ayudaban ciudadanos de un minúsculo Estado nación no lejos de Estambul (antiguo Constantinopla), situado en el estrecho del Bósforo. El nombre de aquel minúsculo lugar era Cuentacuentistán, y sus gentes eran los cuenturcos. Desde hacía milenios, los gobernantes de Cuentacuentistán no eran elegidos por su linaje o por la astucia o la pericia bélica, sino por la belleza, el ingenio y el poder de las historias que contaban. El suyo era un país de imaginación, con historias en las que se mezclaban la verdad y la ficción con alegre desenfado. Épocas enteras y acontecimientos históricos que podrían, o no, haber ocurrido. Si el mito sonaba bien y entretenía, lo daban por cierto. La única regla



Un cuenturco

de los cuenturcos hacía hincapié en que ninguna ficción debía utilizarse para dañar a una persona real; por encima de todo, consideraban que cualquier relato que fuera abiertamente cruel o malvado debía ser desterrado. La historia de los cuenturcos estaba llena de villanos, pero ninguno era real, y tenía una lista interminable de héroes que podrían haber existido, o no. Así que, cuando los cuenturcos supieron de Katherine, o más bien de Mamá Ganso, sintieron que la historia más maravillosa de todas se hacía realidad. La llamaban Dama Ganso.

Los cuenturcos se prestaron voluntarios como ejército secreto de Katherine y demostraron ser valiosísimos diplomáticos no oficiales al servicio de la difusión de las historias y de su importancia. En cualquier ciudad, pueblo o asentamiento adonde llegaban, se ofrecían como maestros, profesores y académicos,

pero sobre todo como bibliotecarios. Dedicaban sus vidas a inspirar a la gente, sobre todo a los niños, no solo para animarlos a leer, sino también a escribir. Con el tiempo, la idea de crecer y ser escritor empezó a cuajar como una verdadera posibilidad para miles de personas imaginativas. Este fue el principio de una de las mayores fortalezas de los Guardianes: un campo de protección real que rodeaba la Tierra entera.

El Hombre de la Luna lo llamaba la Mitosfera, y de ella emanaba una capa invisible de encantamientos capaz de inspirar a cualquier hombre, mujer o niño que necesitara o deseara contar una historia. Había sido la inspiración de Katherine. Durante su infancia, había descubierto con Ombric que las historias podían salvar a la gente. La habían ayudado a salvar a Norte cuando cayó herido por proteger a los niños de Santoff Claussen. Y la habían salvado a ella, que había

pasado de ser una huérfana tímida, solitaria y aparentemente indefensa a convertirse en un ser que, a pesar de ser una niña, se enfrentaba al villano más poderoso del cosmos, al mismísimo Sombra.

El Rey de las Pesadillas era del todo consciente del poder de Katherine. Siempre había sabido que ella se transformaría en algo formidable. Esa era la razón principal por la que había intentado convertirla en su princesa oscura, sumergiéndola en el sueño tenebroso al que ella se había resistido, el sueño del que Luz Nocturna la despertó con un beso. Desde entonces, aunque estuviera aislado en las profundidades de la Tierra, Sombra sentía los cambios en el creciente poder de Katherine.

Este nuevo componente en las defensas de los Guardianes, este creciente conjunto de historias, produjo una alarma profunda y temerosa en el lúgubre

corazón de Sombra. Los conjuros, la magia, la alegría, los huevos de chocolate, los regalos, los elfos, los dien-tes... todas las artimañas utilizadas por los Guardia-nes para luchar contra la oscuridad no eran más que trucos de salón. Pero ¿el poder del cuento? No sabía cómo combatir un cuento.

—Una vaca salta sobre la Luna. Un niño llamado Huck salva a su amigo... —se quejaba para sus aden-tros—. ¡Son cosas que nunca han ocurrido! Y, sin embargo, importan. Commueven a las personas. Hace que se preocupen. Les dan una vía de escape. Los lle-nan de esperanza. ¡Les hacen pasar menos miedo!

—Hervía con la rabia del ignorante—. ¿Cómo voy a combatir algo que ni siquiera es real?

Durante más de un siglo había estado dándole vueltas a esto. Como con casi todos los misterios, cuando la solución llegó, era sencilla. La crueldad lim-

pia y elegante del plan que había ingeniado se hizo fundamental para él. Le entusiasmaba. Desde su prisión estaba confeccionando su propia historia, una historia de venganza. Y sin duda su historia le había salvado a él de algún modo. Le había cambiado. Le había hecho aún más taimado. Su plan le había dado una nueva vida y un propósito. Y por primera vez había entendido el poder al que se enfrentaba. Pero su historia no serviría para ayudar o para curar.

Su historia representaba todo aquello contra lo que luchaban los cuenturcos.

Esa historia haría daño. Esta historia destruiría.



En Donde llegamos a la Raíz del Asunto

DOS MUCHOS HOGARES de Jack Escarcha estaban desperdigados de forma regular por toda la Tierra, y todos se encontraban en el interior hueco de grandes árboles. Cada uno de ellos era descendiente de la Gran Raíz, y estos «hijos» de la Gran Raíz eran con frecuencia los árboles más viejos de los bosques en los que crecían. Luz Nocturna y Twiner los habían plantado todos. El propio Twiner provenía de un sauce llamado el Sauce del Guerrero, que había estado en un antiguo cementerio vikingo. Con sus ramas, los guerreros y cazadores vikingos habían elaborado los arcos, los bastones y las

flechas más flexibles y resistentes. Los guerreros fallecidos se enterraban entre las raíces del sauce, y se decía que cada rama contenía en su madera el espíritu de un guerrero. Ese espíritu ayudaba a la persona que sostenía el arma hecha de su madera, pero solo si esta persona tenía el corazón valiente y sincero. El bastón de Jack era su amigo, su compañero y protector. Le avisaba si había peligro. Canalizaba el poder de Jack de hablar con el viento y le había enseñado el lenguaje de las hojas.

Ese día en concreto, en el bosque de la isla de Ansárida, los árboles vieron algo que los preocupó. Dos hombres se abrían paso hacia la casa de Mamá Ganso. Los árboles de distintas tierras los habían observado desde que habían empezado su viaje en la selva de Punjam Hy Loo. Pero habían decidido no avisar a los Guardianes hasta que no sintieran una auténtica amenaza.

Estos dos hombres viajaban en coche, en tren o en barco si era necesario, pero preferían viajar en árbol, columpiándose de rama en rama cuando podían. De este modo, los árboles descubrieron lo que aquellos hombres habían sido hacía tiempo, y supieron que tenían malas intenciones. Decidieron que debían enviar un mensaje urgente a Twiner: *¡Un antiguo enemigo se acerca!*



Gestión de la Ira

POR CURIOSO QUE PAREZCA, los cuenturcos eran guardias valientes y efectivos de Ansárida. Al ser muy leídos, habían estudiado todo tipo de combates en espacios reducidos y habían ideado otras formas propias, todas derivadas de las artes de los ninjas, del kung-fu, de los Shaolin y de las clásicas peleas a puñetazos; a todo ello le habían incorporado el uso de sables, espadas y bates, e incluso habían desarrollado métodos para usar libros a modo de escudos o bumeranes. Lo más impresionante de todo era que habían creado un sistema para emplear palabras inventadas

que, al ser pronunciadas con el volumen y la entonación correctos, podrían incapacitar al enemigo por completo. Llamaban a estas palabras «onomatopeyas», y eran sorprendentes, tanto por su sonido como por su efecto. ¡Fuapp! ¡Kapow! ¡Shhhing! ¡Splat! ¡Ka-ping! ¡Ka-chunk! ¡Crack-a-tuang! ¡Kerrrr-BLUUUM! ¡Ker-SPLAT! ¡KER-BLAM! ¡KER-FUANG! Los encargados de diseñarlas y de probar su poder fueron los OMPAS, la Orden Mística de las Palabras Smíticas, un grupo fraternal/materno muy respetado entre los cuenturcos. Los OMPAS constituían la mayor parte de la guardia de Ansárida.

Los OMPAS estaban muy alerta cuando llegó Jack Escarcha a Ansárida. Hacía mucho tiempo que no veían a «el Jack», como solían llamarle, y su llegada siempre despertaba un aire de emoción y expectación. El chico les parecía un gran guerrero y un alma afín.

Le admiraban y, en las raras ocasiones en las que iba de visita, se mostraban especialmente vigilantes no solo por el risueño y desafiante aspecto de Jack y porque tuviera muchos enemigos, sino porque también le gustaba gastarles bromas como fingir que los atacaba.

Pero Jack no estaba de ánimos y no tenía una actitud traviesa. Estaba concentrado y en silencio. Cuando Katherine le condujo a las profundidades de la cámara interior de Ansárida, donde atesoraba las historias de los Guardianes, apenas reparó en el par de guardias que flanqueaban las pesadas puertas cubiertas de estanterías. Los guardias presintieron que aquella visita era distinta.

Mientras mantenían la postura firme, lanzaron miradas discretas hacia el interior de la estancia para observar a Jack, que había apoyado a Twiner en una pared llena de libros. Cuando las puertas empezaron a

cerrarse, los guardias vieron un libro enorme volando desde lo alto de las pilas de volúmenes. Su señora alzó el brazo y el libro aterrizó en su muñeca como si fuera un pájaro. Conocían bien aquel tomo. Era el libro más importante de la colección de Katherine. Era el señor Qwerty, el libro viviente de todo el conocimiento.

El señor Qwerty antiguamente había sido un gusano de cierta importancia en la incomparable biblioteca de Ombric. En una ocasión, Sombra se propuso robar los libros de Ombric, y para impedírselo, este valiente gusano consumió la colección entera. De hecho, devoró cada página de cada libro. Este esfuerzo hercúleo evitó que Sombra se hiciera con el enorme conocimiento acumulado durante siglos, incluidos los grandes secretos de la civilización de la Atlántida, que el Rey de las Pesadillas quería poner al servicio del mal.

El señor Qwerty experimentó efectos secundarios muy serios. Formó de inmediato una crisálida y emergió, semanas después, convertido en una especie de libro mariposa cuyas muchas alas eran las páginas en las que podría desplegar cualquier texto de cualquier tema que hubiera consumido. Y el señor Qwerty estaba al día: Katherine le daba de comer copias de todos los libros que se habían escrito desde su sorprendente evolución y procuraba que mantuviera una dieta de todas las historias y aventuras de los Guardianes. Así pues, Qwerty, antiguo gusano, se convirtió, en efecto, en el libro más importante de la historia del conocimiento y la literatura.

El señor Qwerty los miró con interés. Katherine también tenía curiosidad. De hecho, estaba casi temblando de expectación. Jack quería una historia. ¡Estaban rodeados de todas las historias! ¿Cuál elegiría? Katherine se volvió hacia Jack, que tenía los ojos brillantes.



El señor Qwerty, caballero, gusano, académico y libro

—¿Qué historia quieres oír? —preguntó Katherine.

—Una mía —respondió de inmediato.

Katherine miró al libro que se había posado en su brazo y dijo:

—Señor Qwerty, por favor, vaya a las historias y aventuras del ser llamado Luz Nocturna, ahora conocido como Jackson Terrenal Escarcha.

Las páginas del señor Qwerty aletearon. El esperado texto apareció, y Katherine volvió su mirada hacia Jack. Entonces le hizo la pregunta que tenía en la cabeza desde que Ombric se les había aparecido en el Polo Norte:

—¿Ombric te ha preguntado por una historia tuya?

Jack no contestó de inmediato. Por lo general le gustaba ser inteligente y provocador al hablar, pero con Katherine solía ser directo y sincero. Ser sincero es más difícil que ser ingenioso, y a menudo se tarda

más. Mientras Katherine esperaba, repasó en cuestión de una docena de saciantes segundos la totalidad de su larga relación. Iba marcha atrás... volviéndose más joven, igual que Jack, hasta llegar a la edad en la que se dieron aquel único beso. Esos cambios mágicos siempre los sorprendían. Se sentían muy jóvenes, pero también muy viejos.

—No estoy seguro de lo que quiere de mí, Katherine —dijo Jack al tiempo que echaba a andar. Katherine entendió por qué no estaba seguro. Ombric, como todo buen hechicero, casi nunca contestaba a las preguntas importantes de forma directa. En vez de eso, solía decirte lo justo para que pudieras, después de pensarla mucho, contestar por ti mismo.

»Lo único que dijo —prosiguió Jack con una sonrisa satisfecha, envejeciendo de doce a dieciséis años— fue “recuerda”.

-¿Recuerda?

-Recuerda.

Katherine hizo un gesto exasperado.

-El mundo está sumido en el caos y, cuando pedimos que nos guíe, ¿el Padre Tiempo nos da una sola palabra?

-Pues sí -dijo Jack-. Al menos tiene tres sílabas.

El señor Qwerty se rio con disimulo al oír eso.

Katherine apretó los labios e intentó mantener la calma, pero estaba tan irritada que resplandecía. A veces se impacientaba con la lógica de «búscate la vida» típica de los magos.

-¿Por qué nunca puedo recibir una respuesta clara cuando pregunto cosas sencillas? -dijo enojada-. ¡Un «sí» o un «no» o un «tienes que hacer esto» ahorraría mucho tiempo!

Jack la observó con perplejidad. Siempre había

admirado el carácter de Katherine. Y su capacidad para controlarlo, por lo menos de canalizarlo hacia acciones constructivas. En ocasiones, su ira podía ser enorme, pero la utilizaba bien y con gran efecto, como un Zeus lanzando relámpagos. Jack no era capaz de recordar ninguna ocasión en la que ella hubiera perdido por completo los papeles.

De todas formas, la memoria se había convertido en un elemento de lo más curioso en su vida desde que se había transformado en Jack Escarcha. Se daba cuenta de que podía eliminar el recuerdo de porciones enteras de su vida si se lo proponía. Y lo hacía a menudo.

A Katherine, en cambio, no le gustaba esta habilidad de Jack y no lo ocultaba. Porque ella conocía la vida de él mejor que el propio Jack. Y eso a ella le parecía mal. *¿Cómo va a ser una persona de verdad, una persona completa, si elimina lo malo?*, se preguntaba a menudo.

Volvió su intrépida mirada hacia Jack.

—Y bien, ¿qué es eso que tengo que «recordar» para ti? —Lo dijo más como una acusación que como una pregunta, y su rabia la volvió a convertir en Mamá Ganso. Al verla mayor y más alta, Jack tuvo que reprimir el deseo de correr y esconderse como un niño. Mientras ella envejecía y crecía, él se volvía más joven.

—No lo sé... —dijo, rejuveneciendo un año.

—Entiendo —le cortó ella.

Él se volvió otro año más joven.

Tras un rato de incómodo silencio, Jack hizo una propuesta que sabía que le molestaría todavía más.

—Katherine... —Se encogió otro año—. Confío en ti. —Otro año desapareció—. Sabes qué es lo mejor. —Llegó a su mínimo de edad. Ya no podía rejuvenecer más por vergüenza, y ella ya no podía parecer mayor. Él tenía doce, y ella, veinticinco. Había un límite por

debajo del cual él no podía pasar. Y lo había alcanzado. Se sentó en el suelo frente a la chimenea con las piernas cruzadas, la espalda caída y la cabeza gacha.

—Estoy deseando olvidar todo esto —declaró.

Katherine suspiró. Aunque los separaban unos centímetros, la distancia entre ellos parecía inmensa. Ella deseó poder olvidar también, pero sabía que así no funcionaban las cosas, al menos para ella.

Aunque ser Jack Escarcha implicara mucha actividad y glamour, Katherine sabía que tenía que pagar un precio alto por su eterna juventud. Había derrotado a Sombra de un modo mucho más decisivo que todos los demás Guardianes juntos. Y lo había hecho con tanta entrega y tanto valor que había sorprendido incluso al Hombre de la Luna.

Ahora bien, el equilibrio de la felicidad y la tristeza de la Tierra recaía sobre sus delgados hombros.

En realidad, aquello era una carga terrible. Una con la que ningún otro Guardián había tenido que cargar. Y a veces lo olvidaban, igual que les ocurre tan a menudo a los adultos. Pero Jack no podía olvidarlo nunca, porque era eternamente joven. Esto le distinguía de los demás Guardianes. Le distinguía de todos los demás seres del mundo.

Katherine se puso de rodillas frente a Jack. El señor Qwerty aleteó y voló por la estancia mientras ella se estiraba la falda de terciopelo negro que llevaba en invierno. Miró a Jack, que tenía los ojos perdidos, como si buscara en el cielo nocturno desprovisto de estrellas.

Está poniendo la mente en blanco, comprendió ella, y se está preparando para lo que va a oír.

Entonces Katherine miró al señor Qwerty e hizo un gesto con la cabeza. El libro se posó en su regazo.

Seguía abierto en la misma página: el principio de la historia de Jack. Katherine recorrió el papel con los dedos, como si quisiera sentir las palabras que contenía. La vida entera de Jack aparecía en su pensamiento mientras el señor Qwerty pasaba las páginas, que rozaban las yemas de los dedos de Katherine como si las agitara un viento huracanado. Las páginas iban y venían como si estuvieran barajando cartas; avanzaban y retrocedían en la historia de Jack. ¡Cuántas aventuras! Cuánta alegría y diversión, y, a veces, cuánta soledad y tristeza. La vida de Jack estaba, literalmente, en sus manos.

¿Qué historia necesita oír? ¿Cuál necesita recordar? ¿Qué ocurrió en su pasado que pueda ayudarle, que pueda ayudarnos a todos, a superar estos días oscuros? Katherine concentró todos los caminos de su mente hacia esta pregunta. Las páginas rozaron sus dedos más rápido,

cada vez más rápido, hasta que una brisa turbulenta se empezó a extender por toda la estancia. Twiner se puso a traquetear y a dar golpecitos en la pared.

Y entonces el ambiente se volvió más intenso.

Una carga perceptible llenó el aire.

Eran los otros Guardianes. Habían notado la concentración de Katherine. Y, como había ocurrido tantas otras veces, sus mentes se habían unido. Norte, Too-thiana, Bunny, Sandy y hasta el Hombre de la Luna. Incluso Madre Naturaleza se unió en aquel esfuerzo.

Cada uno desde su cuartel general, desde la Luna hasta los confines de la Tierra, buscaron y rebuscaron en la historia de Jack hasta que las páginas del señor Qwerty se agitaron tan rápido que no se podían contar, y el viento en la habitación casi se convirtió en un vendaval. El fuego de la chimenea oscilaba y se oscurecía en su lucha por seguir encendido. El aire tiró de

Twiner y lo arrastró con rachas violentas, pero Jack parecía estar completamente ensimismado. Extendió un brazo y recuperó sin esfuerzo su bastón con un solo movimiento.

Entonces Katherine volvió a transformarse. Sus rasgos se diluyeron y suavizaron. Sus años se disolvieron. El viento amainó. Katherine retornó a su época con Luz Nocturna. Las páginas fueron perdiendo velocidad hasta detenerse por completo.

El misterio se revelaría de inmediato. Y cada uno de ellos estaba deseoso por saber qué sería.

Pero había alguien más oyendo todo. Alguien a quien no le correspondía hacerlo.

En las profundidades de la Tierra, ocurrió lo imposible. En su prisión, Sombra, el Rey de las Pesadillas, estaba escuchando cada sonido y cada sílaba de la única historia que le ayudaría a destruir a los Guar-

dianes para siempre. Y solo Sombra sabía que estaba oyendo a escondidas... ¿O no?

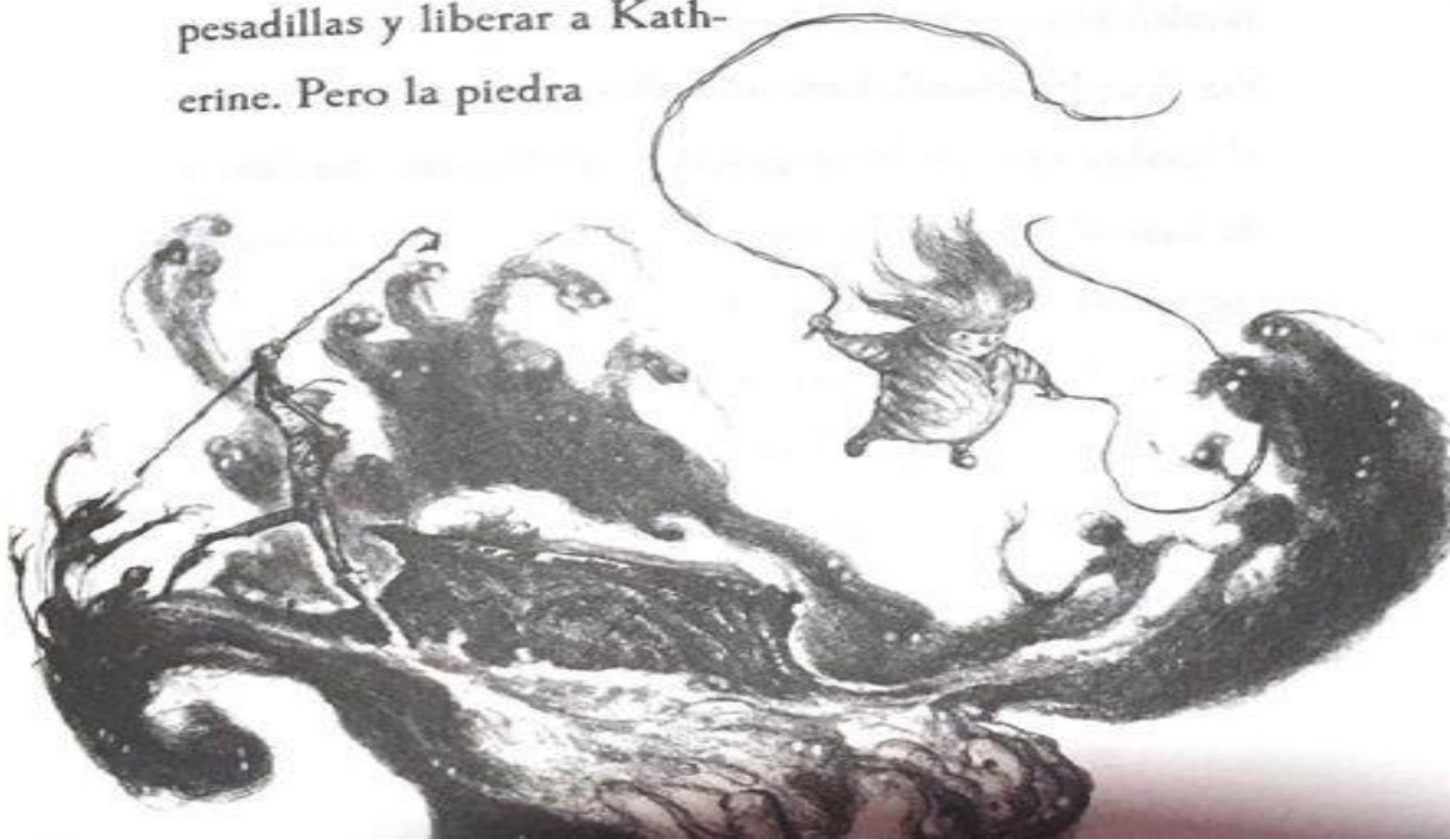
Katherine empezó a leer la historia de Jack Escarcha con voz constante y clara:

LA HISTORIA DEL BESO

Durante la Guerra de los Sueños, antes de la Batalla de la Noche Brillante, Sombra había encerrado a Katherine en la piedra de las pesadillas, el mineral antiguo en el que él había estado aprisionado y que se había impregnado por completo de toda su rabia y todo su odio. La ira había rodeado a Katherine y había creado un escudo para evitar que nadie pudiera despertarla. Sombra la condenó a un sueño ininterrumpido de pesadillas con la esperanza de oscurecer su alma y de que se volviera malvada.

Después pensaba tomarla como su Hija Oscura, la Princesa de las Pesadillas.

Pero Luz Nocturna y Sandy descubrieron la cueva en la que Sombra había sepultado a Katherine. Robaron la desdichada piedra y, con la arena de sueño de Sandy, la llevaron levitando al Polo Norte. Tenían la esperanza de que, una vez allí y en compañía de los demás Guardianes, lograran romper el hechizo de pesadillas y liberar a Katherine. Pero la piedra



estaba cargada de innumerables hombres de las pesadillas. De camino al Polo, las pesadillas empezaron a atacar a Sandy y a Luz Nocturna desde la roca. Todo parecía perdido.

Entonces Luz Nocturna recordó el poder que tiene un beso de buenas noches. Recordó que los padres del Hombre de la Luna siempre besaban a HoLu de pequeño para deseárselo buenas noches. Recordó también que ese beso se llevaba todo el dolor del día. Luz Nocturna tuvo una idea muy poco propia de él. Sabía que un beso era algo poderoso, algo lleno de esperanza, y tenía claro que él era una criatura de esperanza interminable, así que su beso tendría aún más poder. Y también supo algo que ningún otro Luz Nocturna llegó a saber: que sentía amor. Quería a Katherine más que a nada en todo el universo. Aunque no sabía dar un beso, cerró los ojos e inclinó

el rostro hacia Katherine. El escudo de pesadillas se disipó como vapor. Durante un instante eterno, sus labios tocaron la mejilla de Katherine, y todos los malvados hechizos de Sombra se marchitaron. Katherine abrió los ojos y Luz Nocturna la tomó de la mano para llevársela volando a un lugar seguro.

La piedra de pesadillas cayó justo al lado del Polo Norte sin causar daños. Toda la gran ciudad celebró el rescate de Katherine y proclamó héroe a Luz Nocturna. Sandy se convirtió en un Guardián.

De Sombra no había ni rastro.

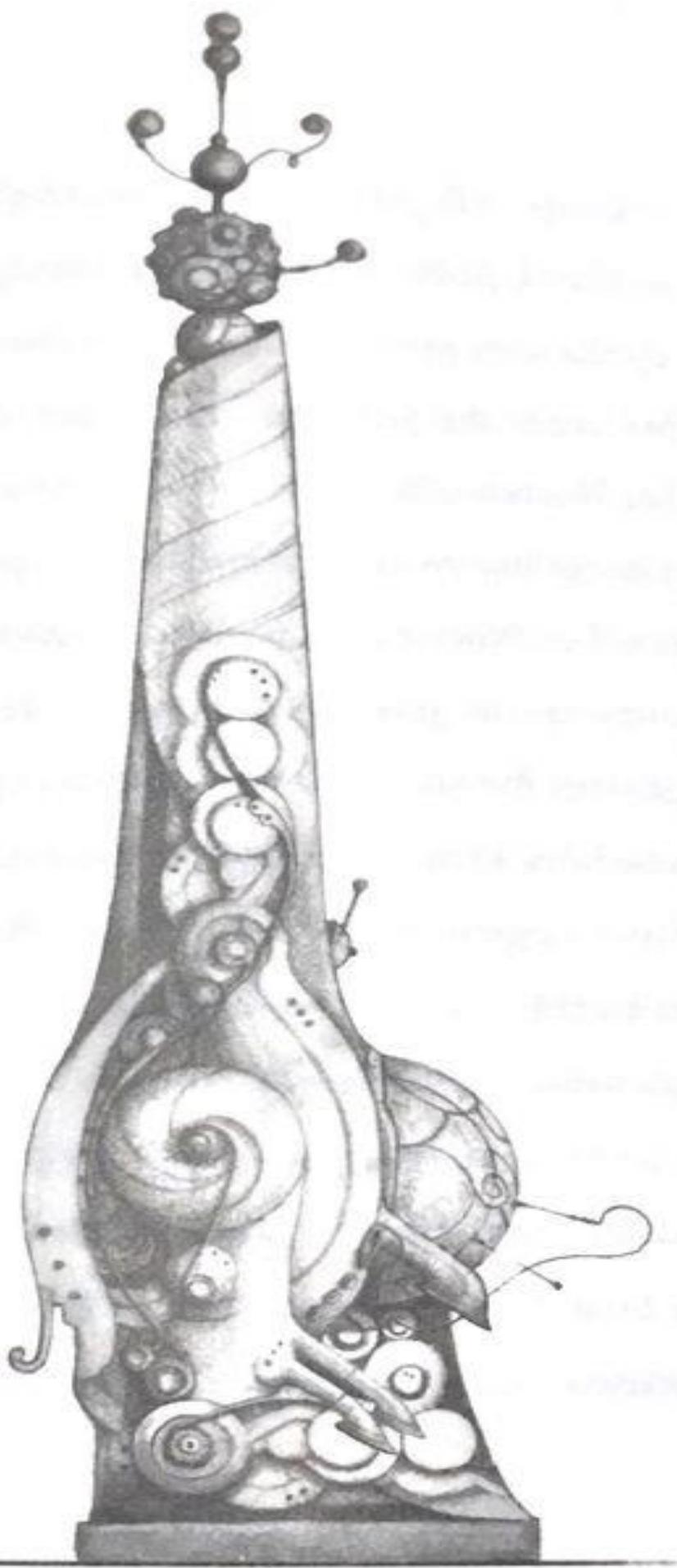
Esa noche, después de mucha fiesta y mucho alboroto, Luz Nocturna se quedó dormido en la habitación más alta del Polo. Para él fue un sueño milagroso, porque jamás había dormido. Ningún Luz Nocturna había dormido nunca. Pero él había cambiado. El beso le había transformado para siem-

pre. Y, a pesar de que llevaba protegiendo sueños toda su vida, nunca había tenido ninguno.

Esa noche, soñó.

Sombra, en cambio, no. De hecho, los había engañado a todos. Sabía que la magnífica torre de Norte era también una nave, un vehículo que podía viajar hasta la Luna.

El «Polo Norte», que así lo llamaban, era la estructura más alta de la ciudad. Su aspecto externo era el de una torre curiosa, pero en su base había varios motores que permitían al polo salir despedido de la atmósfera de la Tierra. Norte quería que su nueva nave actuara como una especie de «lanzadera espacial» para ir a la Luna y venir. Tenía la esperanza de que los viajes constantes desde la Tierra fueran una alegría, resultaran inspiradores y sirvieran para estrechar el vínculo con el Hombre de la Luna.



El verdadero Polo Norte

Desde su llegada a la Tierra, Sombra nunca había tenido el poder suficiente para abandonarla. Pero aquella nave, aquel Polo Norte, era justo lo que Sombra necesitaba para completar su plan de destruir a Luz Nocturna. Si dejaba a los Guardianes indefensos e inmovilizados en la Tierra, Sombra podría acabar con Luz Nocturna, conquistar la Luna y utilizarla como cuartel general para aterrorizar de nuevo a las galaxias. Así que se había ocultado en la piedra de las pesadillas. Había acertado al suponer que los Guardianes cargarían con la piedra hasta el Polo Norte en su empeño por salvar a Katherine. Les dejó pensar que habían derrotado a los hombres de las pesadillas y que la habían rescatado. El siguiente paso de su plan era secuestrar a Luz Nocturna y llevar el polo hasta la Luna. Para fortuna de Sombra, Luz Nocturna ya estaba durmiendo en el polo, como Katherine.

Cuando la ciudad quedó en silencio, Sombra salió de la piedra. La metió con mucho esfuerzo dentro del polo, buscó la sala de control y surcó el mar de espacio rumbo a la Luna. Mientras Sombra se acercaba al hogar de HoLu, volvió a hacer uso de la piedra de las pesadillas. Al pasar por la Cara Oscura de la Luna, lanzó la piedra como si fuera un meteorito y se subió a ella. Alunizó en el cráter más oscuro de la parte más oscura de las Tierras Sombrías de la Luna, y, con esa misma piedra, empezó a construir su nuevo ejército de pesadillas.

Luz Nocturna y Katherine ignoraban por completo aquella intriga. Estaban dormidos. Cuando el polo aterrizó, despertaron, y los recibió el mismísimo HoLu; estuvieron muy emocionados y preocupados. HoLu sabía que algo extraordinario les había ocurrido. También sabía que Sombra

estaría –o debía de estar– planeando una venganza terrible.

Katherine dejó de leer y miró a Jack. Seguía con las piernas cruzadas, mirando directamente al fuego. Tenía su bastón en una mano, haciendo que su base oscilara sobre el suelo. La daga diamantina de su cinturón resplandeció. Los ojos de Katherine se achinaron. Jack había llevado un arma parecida en los viejos tiempos, pero esa era distinta. Era más oscura y resultaba... extraña.

Esperó a ver si Jack quería que prosiguiera la lectura. La siguiente sección de la historia la había escrito ella misma. Era del cuaderno que había usado a modo de diario en aquellos lejanos tiempos. Siempre se había sentido incómoda al leer su propia prosa en voz alta, por lo que dudaba de si continuar. Sobre

todo en ese momento, pues el texto hablaba de Jack, que la estaba escuchando. Al final él le hizo un gesto para que prosiguiera.

-Tu voz siempre me calma, Katherine -le dijo como si le hubiera leído el pensamiento, lo cual era bastante probable.

Katherine pensó en lo mucho que él había cambiado desde que ella escribió lo que se disponía a leer. Hablaba con mucha elegancia y confianza, y solo quedaban restos infrecuentes de la sencilla sintaxis de sus años como Luz Nocturna.

Katherine retomó la entonación de una cuentacuentos nata y empezó a leer. Ojalá hubiera sabido el peligro que se estaba abriendo paso por el suelo de la isla de Ansárida. Jack parecía escuchar con atención cuando Katherine empezó. De lo que Mamá Ganso no se había dado cuenta era de que él había movido la mano que

tenía libre hasta el mango de su daga diamantina y que
lo estaba apretando con todas sus fuerzas.

Días en la Luna

Del diario de Katherine
durante su estancia
en la Luna

Luz Nocturna había dormido.

Yo no entendí el alcance de
aquella maravilla hasta después
de haberme despertado. Estaba

doblemente perpleja al ver que habíamos viajado a la Luna en el polo, ese maravilloso invento de Norte. Pero quién había pilotado la nave en aquel viaje sorpresa era un misterio que agravaba la sensación de extrañamiento al verme en la Luna por primera vez.

-¿Cuánto tiempo lleva Luz Nocturna dormido?

-Esta fue la pregunta que me sacó del descanso más profundo y relajante que había experimentado nunca. Reconocí la voz. La había oído varias veces cuando los Guardianes

habíamos conseguido comunicar
con el Hombre de la Luna
usando diversos mecanismos.

Pero nunca la había oído tan
clara ni tan cerca. Dicha claridad
fue lo que me hizo despertar
y ver con asombro al Gran
Hombre en persona mirándome.
Intenté no sentirme intimidada
(había cientos de robots y
ratones lunares, montones de
gusanos de luz y polillas lunares,
todos ellos observándome) y
contesté con la suma total de lo
que sabía a ciencia cierta:

-No tengo ni idea.

Mis palabras provocaron un
alboroto de exclamaciones,
preguntas, voces sorprendidas y
susurros sobre cosas de las que
extraje esta lista:

1. Los Luces Nocturnas
están hechos de luz de las
estrellas, de las risas de
diez mil niños y de dos
mechones de pelo, uno del
Rey y otro de la Reina de la
familia Lunanoff.
2. Solo ha habido otros siete
Luces Nocturnas en la
historia.

3. Los Luces Nocturnas se convierten en estrellas cuando ya no tienen que proteger de las pesadillas a los príncipes o a las princesas para quienes han sido creados.
4. Nuestro Luz Nocturna es el último Luz Nocturna.
5. Ningún Luz Nocturna ha dormido nunca. No pueden. Siempre están despiertos para combatir pesadillas.
6. Un Luz Nocturna no debe besar ni recibir un beso de un ser mortal.

7. Nadie sabe qué sucede si esto ocurre.
8. El caso es que yo sé que Luz Nocturna me ha besado.
9. Y, poco después, Luz Nocturna se ha dormido.
10. Y ahora todo el mundo está preocupado.

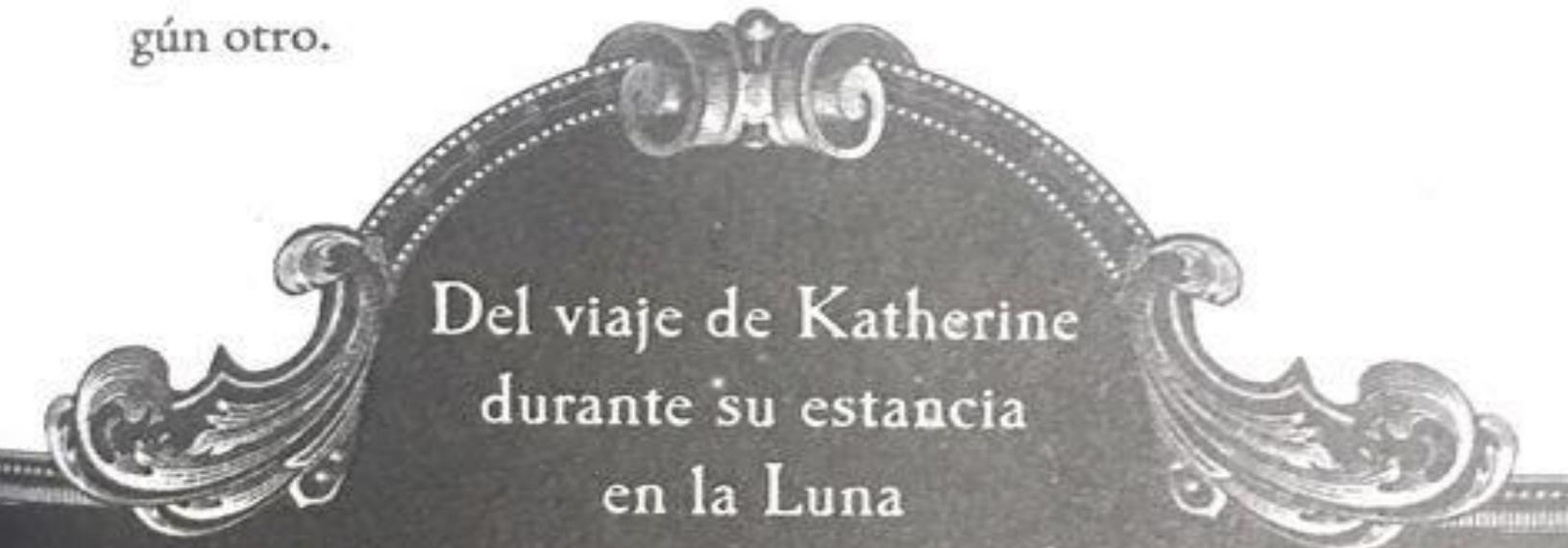


La Pausa que Engorda (El Argumento, Claro)

TODOS LOS GUARDIANES, cada uno en su correspondiente terreno, escuchaban cada palabra que pronunciaba Katherine. El Hombre de la Luna recordaba aquellos acontecimientos, pues los vivió de primera mano. Norte, Bunny, Toothiana y Sandy oían por primera vez la historia con tanto detalle.

Sombra, en cambio, tenía una versión muy diferente de aquel relato. Desde el interior de su prisión, oyó con interés hasta el más mínimo detalle de la lectura de Katherine. Él había estado presente durante la creación de aquel último Luz Nocturna. Él había

sido el amigo más cercano y el protector de la familia real Lunanoff. Había sido el padrino del príncipe bebé. Pero había cometido un error. Había ignorado el poder del beso. Y eso le había llevado a la ruina. Así que ahora prestó atención. Escuchó como no lo había hecho nunca. Estaba seguro de que esta vez oiría el giro de la historia que necesitaba saber más que ningún otro.



Del viaje de Katherine durante su estancia en la Luna

El tiempo que hemos pasado en la Luna ha sido una mezcla loca de sorpresas, belleza y cosas asombrosas. La propia Luna posee una serenidad indescriptible.

Su superficie gris y blanca es suave y
está bordeada por piedras pulidas tras
siglos que flotan en el espacio.

Desde que se pusieron en la órbita
de nuestra Tierra, las criaturas nativas
de la Luna han cuidado del terreno
exterior para esculpir montañas y valles
con formas caprichosas y elegantes.

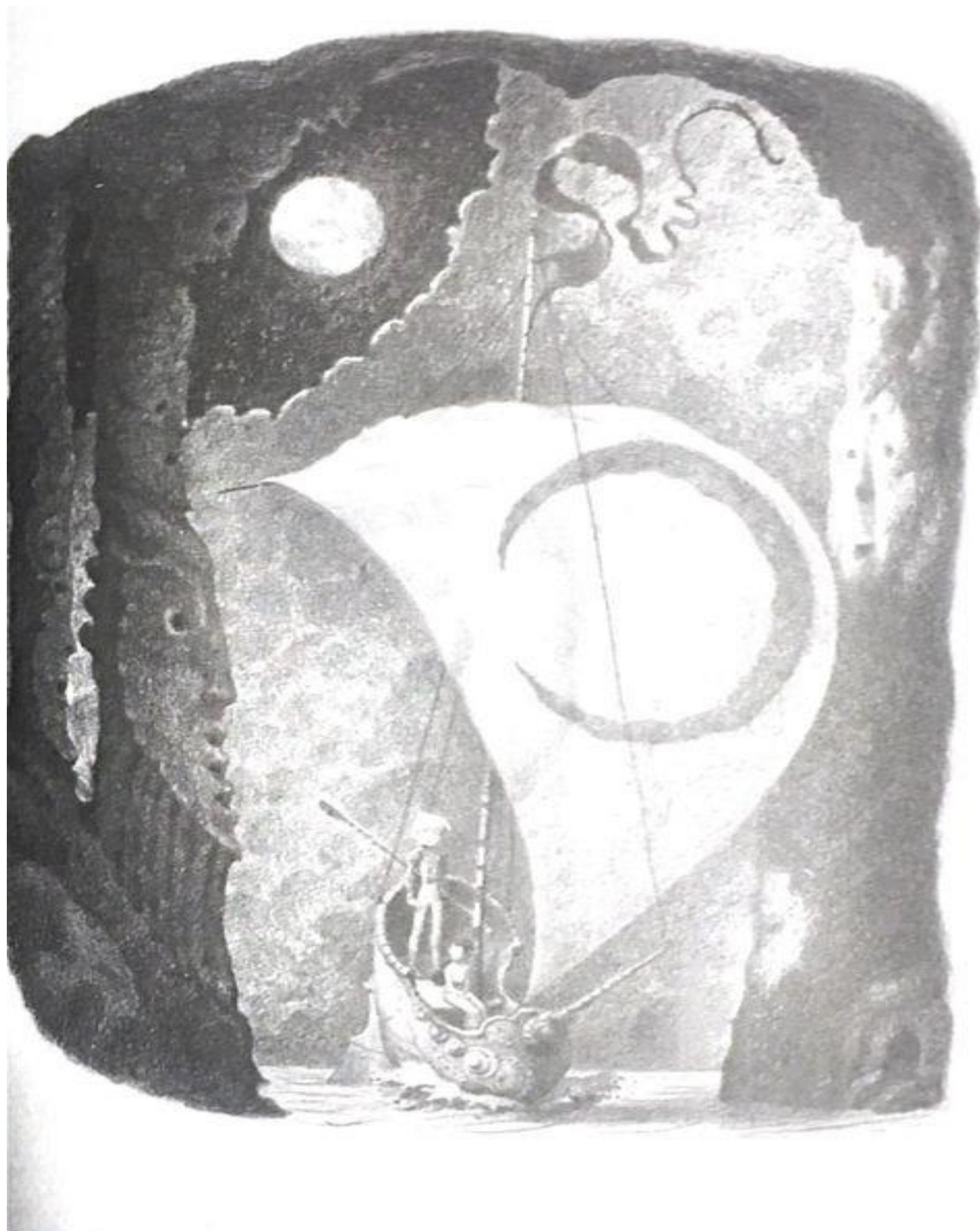
Lo mismo han hecho con los antiguos
cráteres que hay por todas partes.
Ni siquiera el mayor telescopio de la
Tierra es lo bastante potente como
para hacer visibles todos estos alegres
detalles, pero en mis viajes con Luz
Nocturna por cada puerto de este
lugar encantado he visto de cerca las
maravillas que jalonan cada vista y cada
recoveco.

La superficie es muy silenciosa, pero el interior posee el deslumbrante trajín de una feria terrenal: hay una serie de cámaras ahuecadas y de salas conectadas mediante docenas de túneles. Estas cámaras funcionan como alojamientos, dormitorios, *suites*, estudios, laboratorios, librerías, salones de fiesta, salas de baile, almacenes, cuartos de motores y áreas de reparación. Cada centímetro está en un estado constante de alboroto. Hay incluso enormes piscinas para natación sublunar, así como lagos subterráneos enormes, tan grandes como para poder navegarlos.

Luz Nocturna pidió prestada una pequeña goleta lunar y navegamos por uno de estos lagos. Puedo decir con

certeza que de todas las maravillas que hay en el universo, hay pocas tan hermosas y emocionantes como navegar entre dos estalagmitas en espiral en un lago lunar subterráneo bajo la luz de antorchas estelares. La fuente de nuestra brisa era otra maravilla. Rozaba numerosas y enormes piedras y las hacía silbar. El viento llegaba con su música y llenaba con suavidad nuestra vela.

Luz Nocturna dirigió la pequeña pero elegante embarcación con seguridad silenciosa. Yo no sabía que él podía navegar, pero su pericia no fue una sorpresa. En realidad, parecía hacer bien cualquier cosa que se le presentara. Yo me preguntaba, y no por primera vez, cuántos talentos poseía.



Pero estaba cambiando, de un modo rápido aunque sutil. Su traje, que siempre había parecido resplandecer con lo que parecía su luz interior, se estaba oscureciendo. Las muchas piedras lunares que siempre lo habían adornado se caían poco a poco. No estaba segura de si él ignoraba estas pérdidas o simplemente no les prestaba atención, pero tenía claro que eran algo importante. El Hombre de la Luna me había dado una bolsita especial donde guardar las piedras. Reuní todas las gemas que se le desprendían.

-Luz Nocturna va a cambiar -me dijo entonces HoLu-. Igual que tú. Pero tú te convertirás en quien conserve su pasado.

El Hombre de la Luna me habló
de los muchos cambios que podrían
esperarnos a Luz Nocturna y a mí. Yo
crecería, de eso estaba seguro. Pero
quién o qué sería Luz Nocturna no lo
sabía ni HoLu. Yo prefería concen-
trarme en nuestro tiempo en aquel lago
de lo más improbable, un lago que
parecía más un sueño que la realidad,
y alejé cualquier pensamiento que no
fuera la anhelante perfección de la brisa
que nos impulsaba hacia delante..

Luz Nocturna nunca había sido de
muchas palabras, pero yo siempre había
comprendido sus sentimientos. Su forma
de hablar era muy sencilla e infantil.
Al peligro lo llamaba «corre-o-lucha».



Katherine y Luz Nocturna

Los adultos eran «altos», y los niños eran «bajos», y siempre me llamaba «mi Katherine».

Eso ha cambiado. Ahora habla con más madurez, casi como un adulto. Navegamos a menudo por el lago lunar. Al hacerlo, a Luz Nocturna se le ve más contento y más tranquilo. Me cuenta el sueño que tuvo cuando viajábamos a la Luna. Parece haber tenido un impacto profundo en él. Fue su primer sueño, y está impresionado ante la idea del sueño, que pueda experimentar algo que parece real sin serlo. En su sueño lunar, ya no es Luz Nocturna, sino un niño humano, y vive con una familia. Hay un chico y una hermana menor y unos padres

dulces y cariñosos. Habla de sentir que pertenece a un lugar y que le cuidan y que puede ser tan intrépido y libre como cualquier otro chico humano. Habla de estas cosas como si fueran exóticas y sorprendentes. Nunca ha vivido ese tipo de vida. Siempre ha sido un Luz Nocturna, y los de su clase se encargan de cuidar y proteger.

Es conmovedor oírle describir su sueño lunar. No he llegado a entender cómo ha vivido fuera de los reconfortantes ritmos de la vida. Añora la vida de «un chico corriente», como suele decir.

Desde las avanzadillas en el límite de la cara oscura de la Luna, llegan informes

muy preocupantes. Los robots lunares exploradores han observado a Sombra en persona construyendo un enorme ejército de hombres de las pesadillas. Estamos intentando por todos los medios contactar con los demás Guardianes de la Tierra, pero el planeta entero está envuelto en una tormenta de oscuras nubes y no hay forma de establecer comunicación, ni siquiera usando los poderes mentales. ¿Se habrá puesto la hija de Sombra, la Madre Naturaleza, de su parte? ¿Se estará encargando ella de que los demás Guardianes no puedan ayudarnos?

Estoy muy impresionada con los excéntricos ciudadanos de la Luna. Los

preparativos de la futura batalla contra
Sombra me parecen inspiradores.

Son criaturas de alma dulce, pero
también son guerreros obstinados y
bien entrenados. Siguiendo órdenes
del Hombre de la Luna, han colocado
sus defensas en torno a una cadena
montañosa llamada Diez Peñascos.

Estas diez montañas forman un
círculo que rodea un pico más alto
que se alza desde su centro. Entre los
picos exteriores hay una serie menor
de acantilados y zonas escarpadas
que forman una barrera natural. Esta
barrera confiere a los Diez Peñascos
un aspecto de castillo sobrenatural, y
los ejércitos de la Luna conocen cada
camino, cada recoveco y cada posición

de defensa natural que ofrece la rocosa fortaleza.

Los ejércitos de robots lunares están en guardia junto a estos muros montañosos. Llevan armaduras metálicas brillantes y pulidas, y cada robot porta una lanza de luz y una espada de cristal. Los ratones lunares tienen escondites especiales al pie de los peñascos, desde donde vigilan a cualquier enemigo que se acerque. Llevan cañones y bombas de luz pequeños pero potentes.

La luz es el enemigo de Sombra y sus ejércitos oscuros. Por eso las armas que utilizan contra ellos tienen un elemento de fosforescencia concentrada: puede proceder de las

estrellas, del sol, de los cometas, de los meteoros o del resplandor de gusanos de luz.

Los gusanos de luz lunares son gigantescos. Cada uno tiene aproximadamente el tamaño de un vagón de tren. A pesar de su dimensión, son seres amables y siempre deseosos de ayudar. En sus



Gusanos de luz

lomos y vientres tienen colgantes
relucientes dispuestos en pares y con
una separación regular para ayudar a
iluminar los muchos túneles y valles de
la Luna. Las puntas de sus imponentes
antenas están equipadas con esferas
que pueden atenuarse o brillar a
voluntad. Estas puntas también pueden
disparar bombas de luz concentradas



Polillas lunares

durante la batalla, y a la hora de dormir dan una luz preciosa para leer cuentos.

Además, los gusanos de luz pueden tararear. Y lo hacen de maravilla. Cualquier melodía. Al final, los gusanos de luz se transforman en las polillas lunares, unos seres todavía más alucinantes, que actúan como la fuerza aérea de la Luna. Con una envergadura de hasta doce metros, estos mastodontes pueden transportar un cargamento completo de cohetes cometa atado al vientre y hasta ocho robots lunares iluminadores en el lomo.

Los robots lunares iluminadores son el alma de las defensas lunares. Son robots resistentes, casi imparables.



Una tropa de robots lunares iluminadores

Estos hombres mecánicos son más grandes que los demás robots lunares y fueron construidos durante la Edad de Oro. Siguen ofreciendo su servicio desinteresado y valioso al Hombre de la Luna, y ahora también son los guardianes de los buenos sueños.

Dentro de cada iluminador vive el precioso sueño de un niño humano. Estos sueños son el poder interno que mantiene en activo a los robots lunares, pero son también el valioso cargamento que los robots se proponen proteger. Puede que un robot lunar esté demasiado dañado para seguir luchando, pero en el interior de su irrompible armadura central el sueño del niño permanece a salvo, para

siempre. Estos sueños le dan sentido a la existencia del Hombre de la Luna.

Durante estos tensos días he llegado a entender esta sencilla verdad sobre la Luna y su rey. Todos sus ejércitos y sus obras persiguen un único objetivo: mantener a salvo los sueños de los niños. Sus esperanzas, sus alegres invenciones, por tontas o imposibles que parezcan, se protegen y conservan para siempre. Para el Hombre de la Luna y sus ayudantes, estos sueños son la luz más brillante de todo el universo y, por tanto, la fuerza más poderosa.

La Tierra sigue cubierta de nubes, pero hemos recibido informes perturbadores. El Hombre de la Luna envía miles de

rayos de luna a la Tierra cada noche. Su tarea es buscar cualquier señal de que hay problemas en la Tierra y combatir pequeños grupos de pesadillas. Desde que empezó la tormenta, ninguna luz de luna ha logrado regresar, pero esta noche varias docenas han conseguido atravesar las nubes.

Nos traen la alarmante noticia de que han robado cuatro de las cinco reliquias de la Edad de Oro de los distintos baluartes de los Guardianes durante la celebración tras la victoria en la Guerra de los Sueños. Los hombres de las pesadillas se las han llevado. ¿Con qué fin? Estas reliquias son la fuente de poder suprema de los Guardianes: la espada mágica de

Norte, el huevo todopoderoso de Bunny, la caja de rubí de Toothiana y la arena de sueño de Sandy.

El Hombre de la Luna está de lo más inquieto. Está seguro de que el propio Sombra ha planeado el robo de las reliquias, y ahora tiene previsto atrapar la quinta y última. HoLu teme que, si da con la última de ellas, Sombra podrá ser capaz de vencer a los Guardianes, y en ese caso él mismo estaría perdido. El semblante de HoLu se ha vuelto muy serio y preocupado. Nos lleva a lo que queda de la residencia de sus padres para mostrarnos la pasada belleza de las estructuras doradas de la Luna. Están quemadas y fundidas, pero

todavía se puede observar su quebrado esplendor. Entonces nos cuenta que Luz Nocturna es la quinta reliquia, la última y más poderosa de toda la Edad de Oro.

-Dentro de cada Luz Nocturna se encuentra la energía de una estrella -explica HoLu-. Ninguna criatura del universo tiene tanto poder.

»Sombra atacará desde la cara oscura de la Luna -prosigue-. Y vendrá en busca de Luz Nocturna.

Lo dice con tanta certeza que no se lo podemos discutir.

Estoy aterrada por mi Luz Nocturna, pero él está tranquilo, casi estoico. Entonces Luz Nocturna parece envejecer, ya no parece un niño.

-Creo que en el fondo de mi ser siempre lo he sabido -dice en voz baja-. Me asustaba pensar que tengo tanto poder.

»Sé lo que tengo que hacer -nos dice-. Tengo que soñar.

El Hombre de la Luna hace un gesto afirmativo. Parece entender que esta puede ser la llave de nuestra supervivencia.

HoLu nos conduce a su dormitorio de la infancia. Luz Nocturna se acuesta sobre la hermosa y ornada cama.

HoLu toma un puñado de su propia arena de sueño, la misma que atesora desde hace mucho tiempo, desde la época en la que Luz Nocturna había

cuidado de él, y la pone sobre las cejas de Luz Nocturna. La arena actúa muy deprisa. El chico sonríe al quedarse dormido. Se queda allí tendido, quieto, como la muerte, pero noto que algo extraordinario está ocurriendo en su interior. Irradia olas de luz que llenan la estancia y se reflejan en el techo alto y abovedado. Los robots lunares vigilan la puerta para rechazar cualquier intento de Sombra de atacarle o secuestrarle. Yo permanezco junto a su cama.

Cada destello de luz me da esperanza. Le toco la frente. Mi mano parece brillar. Le acaricio el desordenado pelo blanco. No hay forma de peinárselo.

Mientras tanto, se desarrolla una misión secreta que tendrá lugar en la Cara Oscura de la Luna. Con ella esperan encontrar el cuartel general de Sombra y descubrir su plan de ataque.

La luz de luna de Luz Nocturna, que vivió en su bastón durante tantas batallas, dirigirá la misión junto con seis ratones lunares dentro de un aparato volador llamado el Infiltrador de la Cara Oscura.

Yo estoy desesperada por ayudar, pero el Hombre de la Luna me lo ha prohibido. Dice que es demasiado peligroso.

-Además -dice-, tu valor es enorme, pero la nave es pequeña.

Odio que tenga razón.

Los ratones lunares y una luz de luna se presentaron ante mí después de la cena

(una tortilla de queso verde deliciosa. Al parecer, un rebaño de varias vacas de la Vía Láctea saltó sobre la Luna y algunas aterrizaron aquí. Ahora estos animales lunares proporcionan gran parte del fabuloso queso verde de la Luna).

El cabecilla de los ratones lunares, el copiloto Muffet, me ha contado un plan interesante que, de llevarse a cabo, requeriría de mi presencia para llegar a buen término (a pesar de las preocupaciones del Hombre de la Luna). Evidentemente, tienen a su disposición un rayo reductor que puede servir para hacerme de la medida de un ratón. De golpe, me lleno de esperanza: ¡cabré en el Infiltrador de la Cara Oscura! Insisten en que participe en la misión porque:

1. Les caigo bien.
2. Me consideran Inteligente.
3. Me consideran valiente.
4. Les caigo bien.
5. Si el Hombre de la Luna no se entera, no pasa nada.

¿Cómo voy a negarme?

*Me van a reducir a la hora de ir a la
cama y partiremos a medianoche.
Cruzamos los dedos, tanto grandes
como pequeños.*

¡El rayo reductor ha funcionado de maravilla! Mido exactamente 6,95 centímetros. Por suerte, la máquina también empequeñeció mi ropa.

El rayo de luz y los ratones me escondieron en el asiento trasero del Infiltrador de la Cara Oscura para que el Hombre de la Luna no pudiera verme cuando se despidiera y deseara suerte a la tripulación.

El Infiltrador es una nave pequeña e ingeniosa: compacta, veloz, sigilosa y del tamaño de un zapato humano. Yo ocupé el asiento tras la luz de luna que llevaba el volante, y los ratones lunares estaban sentados de dos en dos detrás de nosotros. Iban leyendo mapas, calculando cosas y haciendo otras tareas

de espías. Viajábamos a varios metros sobre la superficie lunar hasta que llegamos al borde de la Cara Oscura, y entonces descendimos rápidamente para seguir a menos de un metro del sombrío suelo. Avanzamos sobre la superficie, subiendo y bajando sobre irregulares cráteres y rocas. Este lado de la Luna siempre está en un ocaso perpetuo, y su inconfundible paisaje resulta fantasmagórico.

Todos los túneles de la Cara Oscura llevaban sellados desde hacía mucho tiempo por la única razón de que la región resultaba muy triste y desoladora. La inquietud sustituyó a estas sensaciones cuando vimos muchas pruebas que confirmaban que

Sombra planeaba una enorme batalla lunar. En el polvoriento suelo había curiosos rastros que se cruzaban. La luz de luna se atenuó hasta ser tan solo un resollo, y apagamos todas las luces dentro del Infiltrador. La luz de luna y yo miramos por las ventanas delanteras mientras los ratones lunares observaban por las claraboyas guardando un silencio digno de roedores. Estaba todo tan oscuro que lo único que se veía con claridad era la multitud de estrellas sobre nosotros, que nos daban cierto consuelo. Sí, incluso en este inquietante lugar, la visión de las estrellas tenía mucho poder.

Mientras nos preguntábamos adónde conducirían aquellos rastros, un grupo

de estrellas se apagó de golpe. ¡Algo estaba tapando el cielo! Una negrura gigante se movía hacia nosotros. No lográbamos ver qué era aquella cosa. Era tan oscura como el cielo, y solo se atisbaba su forma y tamaño por la ausencia de las estrellas que eclipsaba.

La luz de luna detuvo el infiltrador. Flotamos hasta detrás de una columna de piedras y empezamos a entender lo que era aquella oscuridad errante. Era una forma oval irregular gigantesca, y de la forma de huevo sobresalían muchísimas patas, como las de una araña, que debían de medir unos noventa metros. La cosa se movía con elegancia y casi en completo silencio. Avanzaba ligeramente hacia nuestra

derecha. Supusimos que no nos había visto, porque pasó de largo. La seguimos con cautela. Estábamos cerca cuando oímos un ruido grave detrás de nosotros. Antes de que pudiéramos darnos la vuelta, una enorme ola de formas pasó galopando a nuestro lado; era una marea de negrura mucho más oscura que el paisaje lunar.

-¡Una manada de caballos! -susurre asombrada.

-La señorita Katherine tiene razón -dijo el copiloto Muffet.

-Una manada de pesadillas cuadrúpedas -explicó el insignia Tuffet, otro de los ratones con cierto rango que participaba en nuestra misión.



El Escalador de la Cara Oscura, también conocido como la Araña Ciclópea

¡Pesadillas cuadrúpedas, sin duda!
Y a lomos de cada una montaba
un hombre de las pesadillas. Miré
alarmada a la luz de luna. Desde la
Cara Oscura no se puede comunicar
con nadie, ni siquiera con el Hombre
de la Luna, así que tuvimos que
alejarnos en cuanto nos fue posible
para activar la alarma.

-¿Cómo podemos averiguar más?
-pregunté a la luz de luna.

Ella hizo un gesto para atraer la
atención de los ratones lunares,
después apuntó el Infiltrador hacia el
cuerpo principal de aquel aparato con
forma de araña gigante. Se dirigía a
paso firme hacia la frontera con el lado
iluminado de la Luna.

Cuando estábamos a cuatro metros de la araña, vimos que la nave estaba completamente recubierta con miles de hombres de las pesadillas y otras criaturas de la noche que se batían y arremolinaban mientras la araña avanzaba. Nos acercamos todavía más, protegidos por la oscuridad y nuestro pequeño tamaño. Parecía haber una ventana redonda en el cuerpo de la nave araña, en la zona frontal. La tenue luz interior nos permitió ver una silueta. Parecía que la nave tenía un solo ojo enorme. Entonces comprendimos que la figura en el centro de aquel ojo maligno era Sombra en persona.

-Solo Sombra habría concebido

algo tan espantoso —murmuró el insignia Tuffet.

—Una pesadilla arácnida ciclópea —añadió el copiloto Muffet con un escalofrío.

Yo misma también tenía miedo. Pero insistí para que la luz de luna nos acercara aún más.

—Tenemos que ver si tiene las cuatro reliquias —expliqué.

La luz de luna, siempre valiente, nos acercó al borde exterior de la ventana. Flotando allí, giró el Infiltrador para que pudiéramos ver mejor el interior. En el centro de la estancia oscura y oval había un contenedor de forma extraña anclado al suelo con una serie de imponentes pernos.

Reconocí el material del que estaba hecho –al menos por fuera–. Me pegué a la ventana del Infiltrador para verlo mejor y estar segura. El material del contenedor era la piedra de las pesadillas en la que Sombra me había encerrado para convertirme en su hija oscura. Me aparté de la ventana con un escalofrío.

¿Para qué la estaba utilizando ahora Sombra?

Me concentré mucho. La piedra era de materia oscura, una sustancia capaz de bloquear la luz, y la luz es el punto débil de Sombra. Me concentré aún más. ¡La luz que Sombra más teme la emiten las reliquias! Las reliquias tienen

preparativos de la futura batalla contra
Sombra me parecen inspiradores.

Son criaturas de alma dulce, pero
también son guerreros obstinados y
bien entrenados. Siguiendo órdenes
del Hombre de la Luna, han colocado
sus defensas en torno a una cadena
montañosa llamada Diez Peñascos.
Estas diez montañas forman un
círculo que rodea un pico más alto
que se alza desde su centro. Entre los
picos exteriores hay una serie menor
de acantilados y zonas escarpadas
que forman una barrera natural. Esta
barrera confiere a los Diez Peñascos
un aspecto de castillo sobrenatural, y
los ejércitos de la Luna conocen cada
camino, cada recoveco y cada posición

Los adultos eran «altos», y los niños eran «bajos», y siempre me llamaba «mi Katherine».

Eso ha cambiado. Ahora habla con más madurez, casi como un adulto.

Navegamos a menudo por el lago lunar. Al hacerlo, a Luz Nocturna se le ve más contento y más tranquilo.

Me cuenta el sueño que tuvo cuando viajábamos a la Luna. Parece haber tenido un impacto profundo en él. Fue su primer sueño, y está impresionado ante la idea del sueño, que pueda experimentar algo que parece real sin serlo. En su sueño lunar, ya no es Luz Nocturna, sino un niño humano, y vive con una familia. Hay un chico y una hermana menor y unos padres

palabras se apelotonaban como un disco cuando suena demasiado rápido.

-¿Merrecibes? ¿Merrecibes?
Diezpeñascosmerrecibescambio?
¡Cambiocambio!

-¡Querrabanospasaporquénopodemos llamar!

-¡¿Porquéporquéporquéporquéporqué?!
-¡Niideanosénosénosénosé!
-¡Meestoyestresandomeestoyestresando!
-¡Yotambiényotambiényotambiényotambién!
también!

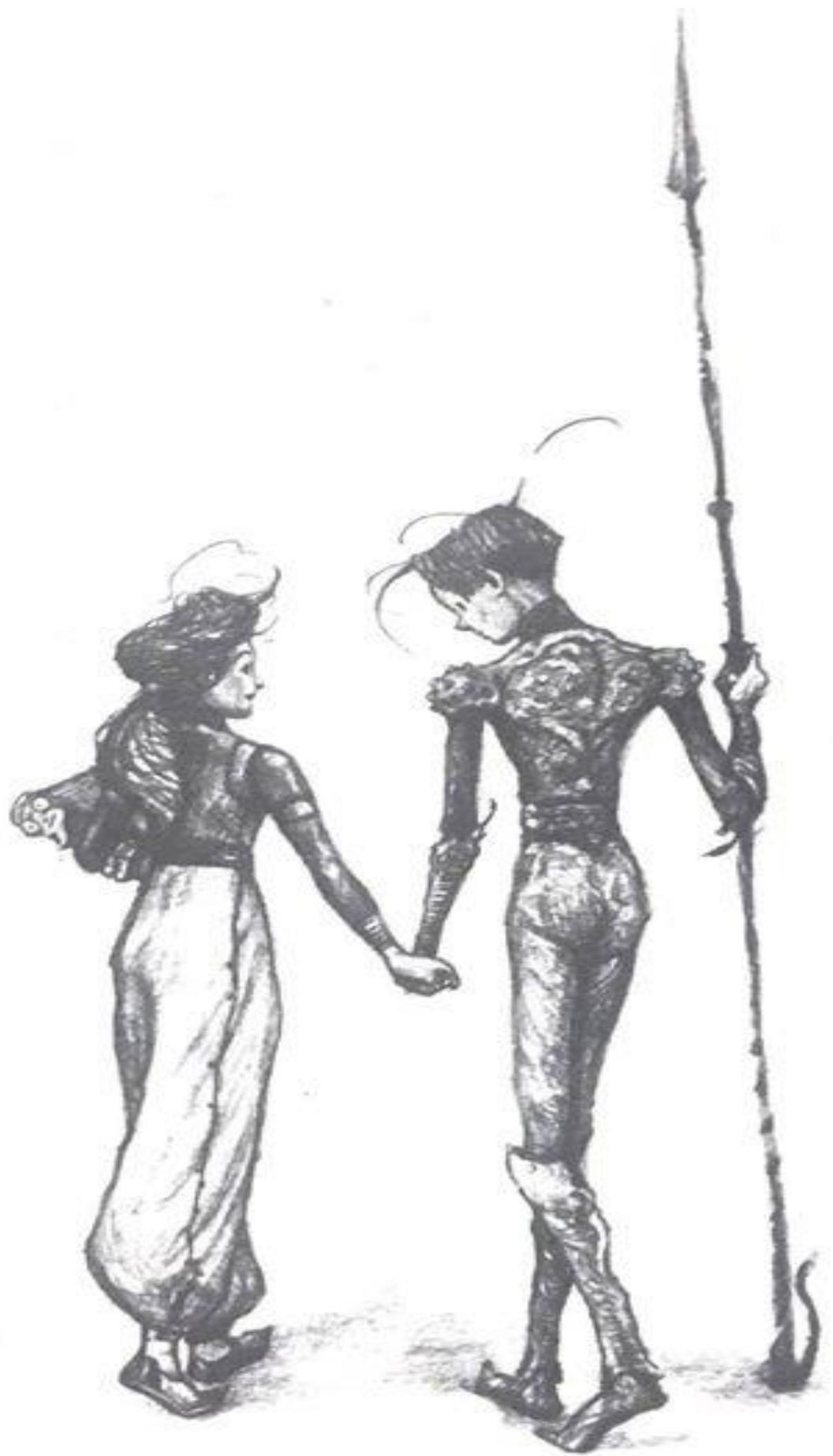
-¿Qué pasa? -intente preguntar, y los seis ratones empezaron a responder a la vez mientras toqueteaban con frenesí todos los botones, los interruptores y las palancas.

-¡¡Ni ideahayinterferencias
interferencias interferencias!!

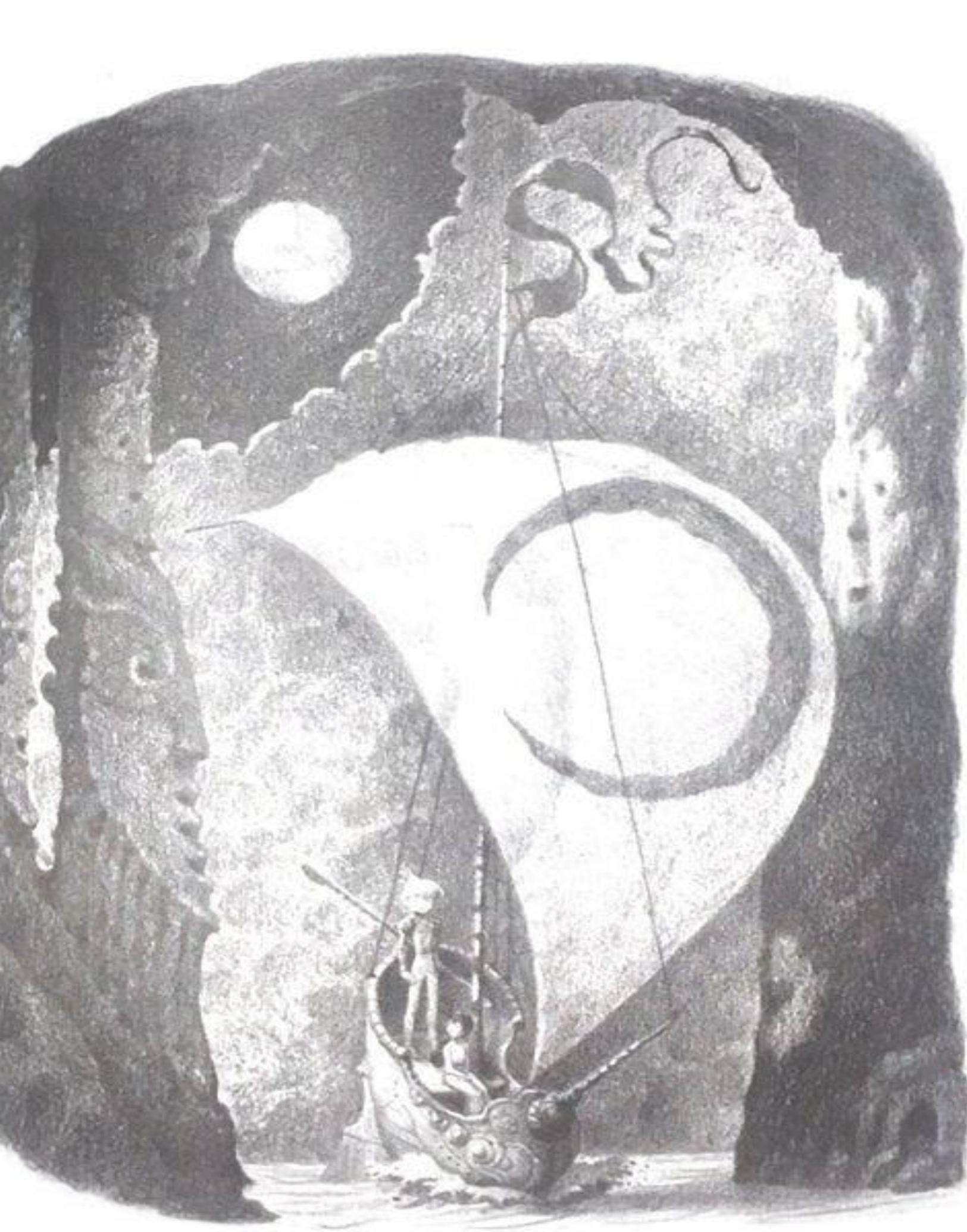
-¡¡Sombra Sombra debedeser
SombraSombraSombraSombra!!

Miré a la luz de luna. Parpadeaba a toda máquina. Todos lo sentíamos: había algo en el aire. Curiosamente, no tenía miedo. Y se notaba que la luz de luna tampoco. *¿Será que siento la presencia de Luz Nocturna?* Entonces el cielo sobre nosotros se iluminó con oleadas de luz, justo como las de la cámara donde Luz Nocturna dormía.

De repente, el motor se quedó en silencio. Nada en la nave funcionaba. ¡Nos habíamos quedado sin energía! Pero la luz de luna guardó la calma



Katherine y Luz Nocturna



y queso fresco y empezaron a picotear con furia.

-¿Quieres un poco? -preguntó el copiloto Muffet, recuperando su tono normal, no la voz de pito anterior.

-Un poco del queso duro, por favor -respondí educadamente.

Los ratones empezaron a suspirar satisfechos y después volvieron a sus radios mientras comían.

Me volví hacia la luz de luna.

-Creo que esas ondas de luz vienen de Luz Nocturna. Sospecho que algo sorprendente está ocurriendo mientras duerme.

La luz de luna parpadeó de tal forma que pareció mostrar su acuerdo conmigo. Deseé que Ombric estuviera

a mi lado. Sabía cómo traducir el
habla de las luces de luna. Deseé que
todos los Guardianes estuvieran allí.

Norte. Toothiana. Sandy.

-En la batalla que sin duda se avecina,
debemos ser más valientes que nunca
-le dije a la luz de luna.

Se atenuó un poco, como si
compartiera mi preocupación. Después
resplandeció con inquietud. Algo
no iba bien. Empezamos a sentir un
rumor grave que se acercaba. Vimos
a Sombra emergiendo de la Cara
Oscura de la Luna en su enorme nave
araña y dirigiéndose hacia nosotros.

-Creo que deberíamos irnos,
y rápido -le dije a la luz de luna.

rayos de luna a la Tierra cada noche. Su tarea es buscar cualquier señal de que hay problemas en la Tierra y combatir pequeños grupos de pesadillas. Desde que empezó la tormenta, ninguna luz de luna ha logrado regresar, pero esta noche varias docenas han conseguido atravesar las nubes.

Nos traen la alarmante noticia de que han robado cuatro de las cinco reliquias de la Edad de Oro de los distintos baluartes de los Guardianes durante la celebración tras la victoria en la Guerra de los Sueños. Los hombres de las pesadillas se las han llevado. ¿Con qué fin? Estas reliquias son la fuente de poder suprema de los Guardianes: la espada mágica de



Una tropa de robots lunares iluminadores

disparo del rayo reductor con el efecto inverso, y corrí en busca de HoLu para ver cómo estaba Luz Nocturna.

Pero él seguía durmiendo.

HoLu y yo estábamos cada uno a un lado del durmiente. La luz de luna se había apoyado en el hombro de HoLu. Estábamos preocupados por nuestro querido amigo. ¿Qué era eso tan extraño que estaba ocurriendo dentro del sueño de Luz Nocturna?

Parecía que llevábamos horas mirándole, y entonces me di cuenta de que la estancia ya no relucía como antes. ¿Se habría acabado el sueño de Luz Nocturna? Miré a HoLu, y los dos dirigimos los ojos a al chico.

¡Él también parecía haberse atenuado! Las joyas que quedaban en su magnífico uniforme habían perdido el brillo; reflejaban menos luz que una muñeca de cera. Su piel ya no resplandecía con su hermosa luz interna. La luz de luna voló y flotó justo encima de su rostro, pero Luz Nocturna ni se movió ni se despertó. La única señal de vida que veíamos en él era su aliento, que agitaba el brillo de la luz de luna.

HoLu atrajo mi mirada.

-Tenemos que dejar que prosiga en su viaje de sueño. Dejémosle tranquilo, ¿de acuerdo? -Yo estaba demasiado preocupada para irme, pero en ese mismo instante...

durante la batalla, y a la hora de dormir dan una luz preciosa para leer cuentos.

Además, los gusanos de luz pueden tararear. Y lo hacen de maravilla. Cualquier melodía. Al final, los gusanos de luz se transforman en las polillas lunares, unos seres todavía más alucinantes, que actúan como la fuerza aérea de la Luna. Con una envergadura de hasta doce metros, estos mastodontes pueden transportar un cargamento completo de cohetes cometa atado al vientre y hasta ocho robots lunares iluminadores en el lomo.

Los robots lunares iluminadores son el alma de las defensas lunares. Son robots resistentes, casi imparables.

de defensa natural que ofrece la rocosa fortaleza.

Los ejércitos de robots lunares están en guardia junto a estos muros montañosos. Llevan armaduras metálicas brillantes y pulidas, y cada robot porta una lanza de luz y una espada de cristal. Los ratones lunares tienen escondites especiales al pie de los peñascos, desde donde vigilan a cualquier enemigo que se acerque. Llevan cañones y bombas de luz pequeños pero potentes.

La luz es el enemigo de Sombra y sus ejércitos oscuros. Por eso las armas que utilizan contra ellos tienen un elemento de fosforescencia concentrada: puede proceder de las

Entonces yo también dejé de tenerlo. De pronto, creí que puede haber una bondad tan pura, luminosa y fuerte que supere a cualquier oscuridad. HoLu asintió. Sabía lo que estaba pensando. Entonces se volvió hacia el ejército de Sombra. Apuntó con su catalejo a la derecha, luego a la izquierda, y después, sin dejar de mirar por el instrumento, le dijo al robot lunar iluminador a su lado:

-Soltad a los lunares.

Por todas partes resonaron órdenes. Las tropas de robots tocaron sus trompas y el cielo se llenó de polillas lunares que se precipitaron sobre las hordas oscuras que empezaban

a rodearnos. Las polillas ametrallaron y bombardearon al enemigo; volaban bajo para asegurarse de que alcanzaban a su objetivo. Las bombas de luz detonaron con la intensidad de meteoritos. Con cada explosión, aparecía un cegador punto en el paisaje lunar que hacia desaparecer por completo a los hombres de las pesadillas, pero su lugar no tardaba en llenarse con más enemigos.

Entonces vimos la gigantesca araña ciclópea. Saltó sobre las apresuradas tropas de pesadillas y se puso al frente de ellas para escalar las laderas de los Diez Peñascos. Sus muchas patas se movían a una velocidad increíble y se clavaban en el suelo con una violencia

¡El rayo reductor ha funcionado de maravilla! Mido exactamente 6,95 centímetros. Por suerte, la máquina también empequeñeció mi ropa.

El rayo de luz y los ratones me escondieron en el asiento trasero del Infiltrador de la Cara Oscura para que el Hombre de la Luna no pudiera verme cuando se despidiera y deseara suerte a la tripulación.

El Infiltrador es una nave pequeña e ingeniosa: compacta, veloz, sigilosa y del tamaño de un zapato humano. Yo ocupé el asiento tras la luz de luna que llevaba el volante, y los ratones lunares estaban sentados de dos en dos detrás de nosotros. Iban leyendo mapas, calculando cosas y haciendo otras tareas

Mientras tanto, se desarrolla una misión secreta que tendrá lugar en la Cara Oscura de la Luna. Con ella esperan encontrar el cuartel general de Sombra y descubrir su plan de ataque. La luz de luna de Luz Nocturna, que vivió en su bastón durante tantas batallas, dirigirá la misión junto con seis ratones lunares dentro de un aparato volador llamado el Infiltrador de la Cara Oscura. Yo estoy desesperada por ayudar, pero el Hombre de la Luna me lo ha prohibido. Dice que es demasiado peligroso.

—Además —dice—, tu valor es enorme, pero la nave es pequeña.

Odio que tenga razón. Los ratones lunares y una luz de luna se presentaron ante mí después de la cena

la Luna. Después su sonrisa se volvió plácida-. No nos vencerá.

Los ratones estaban apiñados en vivacs rocosos en las laderas. HoLu ordenó:

-Que disparen los ratones.

Nada más decir esto, miles de misiles lunares surcaron el cielo y diezmaron la primera ola de la caballería de las pesadillas. Después la segunda ola. Y la tercera. Pero Sombra siguió a la carga, actuando como una pantalla protectora para las tropas que le seguían y formaban una especie de lanza gigantesca de soldados de las pesadillas cuya punta era la nave arácnida. Con una celeridad sorprendente, la araña escaló por la

empinada ladera de los picos exteriores hasta el borde exterior de la montañosa pared. Los robots lunares lanzaron una lluvia de fuego desde todos los ángulos y la araña se detuvo, pero solo para que los soldados de las pesadillas que llevaba pudieran saltar sobre los robots. Lucharon mano a mano.

La fortaleza de los Diez Peñascos parecía una isla completamente rodeada por un foso de pesadillas. Miles de balas y bombas de luz caían sobre las olas de tropas oscuras, llenando la noche de explosiones luminosas y fuegos terribles, constantes y palpitantes.

Entonces una especie de rumor espantoso cortó el caos de sonido.

cuidado de él, y la pone sobre las cejas de Luz Nocturna. La arena actúa muy deprisa. El chico sonríe al quedarse dormido. Se queda allí tendido, quieto como la muerte, pero noto que algo extraordinario está ocurriendo en su interior. Irradia olas de luz que llenan la estancia y se reflejan en el techo alto y abovedado. Los robots lunares vigilan la puerta para rechazar cualquier intento de Sombra de atacarle o secuestrarle. Yo permanezco junto a su cama.

Cada destello de luz me da esperanza. Le toco la frente. Mi mano parece brillar. Le acaricio el desordenado pelo blanco. No hay forma de peinárselo.

Norte, el huevo todopoderoso de
Bunny, la caja de rubí de Toothiana
y la arena de sueño de Sandy.

El Hombre de la Luna está de lo más inquieto. Está seguro de que el propio Sombra ha planeado el robo de las reliquias y ahora tiene previsto atrapar la quinta y última. HoLu teme que, si da con la última de ellas, Sombra podrá ser capaz de vencer a los Guardianes, y en ese caso él mismo estaría perdido. El semblante de HoLu se ha vuelto muy serio y preocupado. Nos lleva a lo que queda de la residencia de sus padres para mostrarnos la pasada belleza de las estructuras doradas de la Luna. Están quemadas y fundidas, pero

y pelado. Sombra también estaba ennegrecido y humeante, pero el blanco de sus ojos resplandecía. Estaba a salvo bajo su manto protector. Podíamos ver su sonrisa mientras la monstruosa máquina subía y se acercaba a nosotros.

La batalla retumbaba alrededor de los Diez Peñascos. El choque entre pesadillas y tropas lunares era de una intensidad incalculable. Me costaba imaginar cuántas criaturas de la oscuridad o de la luz podrían sobrevivir, pero las defensas de la Luna estaban aguantando salvo por una pequeña abertura: el lugar por donde Sombra y su nave estaban escalando la pared exterior. Era como un agujero

en una presa, un agujero que bastaba para que las pesadillas entraran en la fortaleza. Eran una fuerza incontenible.

Codo con codo, los robots disparaban al unísono sus rifles de luz. Cada ráfaga vaporizaba a la vanguardia de las pesadillas, pero solo detenía su avance de forma momentánea. Conseguían avanzar unos metros cruciales. Los robots formaron más filas a la velocidad de la luz. La primera fila se puso de rodillas y disparó. Al momento, la fila de detrás disparó. Fila tras fila, dispararon y dispararon. Las pesadillas siguieron avanzando, pero ahora solo centímetros. Sombra no podía tolerar ese ritmo. Aceleró el motor.

algo tan espantoso —murmuró el insignia Tuffet.

—Una pesadilla arácnida ciclópea —añadió el copiloto Muffet con un escalofrío.

Yo misma también tenía miedo.
Pero insistí para que la luz de luna nos acercara aún más.

—Tenemos que ver si tiene las cuatro reliquias —expliqué.

La luz de luna, siempre valiente, nos acercó al borde exterior de la ventana. Flotando allí, giró el Infiltrador para que pudiéramos ver mejor el interior. En el centro de la estancia oscura y oval había un contenedor de forma extraña anclado al suelo con una serie de imponentes pernos.



El Escalador de la Cara Oscura, también conocido como la Araña Ciclopica

alto de su aparato-. Al único Luz
Nocturna. ¡Él es la última reliquia!
Con su corazón, libraré a mi propia
alma del último destello de luz que vive
en mí. Por fin me libraré de cualquier
sentimiento que no sea el odio. El odio
hacia todas las cosas buenas.

HoLu mantuvo su posición.

-¡Un paso más y, por el poder de
mis padres y de las estrellas del cielo,
te destruiré!

-No me dan miedo las estrellas
-rugió Sombra-. ¡No me da miedo
tu poder! ¡Y no me das miedo tú!

-¡YO TE DARÉ MIEDO! -dijo
una voz risueña detrás de nosotros.
Una voz que resultaba familiar y
extraña a la vez.

¡Era Luz Nocturna!

Veloz como un halcón, Luz

Nocturna saltó y clavó una rodilla en el suelo entre la araña y nosotros. No podía verle bien; la luz que brotaba del cañón de reliquias era casi cegadora.

Después se volvió lentamente para enfrentarse a Sombra. No tenía uniforme. Iba vestido con sencillez: una camiseta azul con capucha y pantalones marrones, sin zapatos. Su pelo blanco seguía revuelto, pero era más corto. Con los puños apoyados en las caderas, su actitud era tan tranquila y provocadora que resultaba insultante.

Luz Nocturna volvió el rostro para mirarnos a HoLu y a mí y sonrió. Era

derecha. Supusimos que no nos había visto, porque pasó de largo. La seguimos con cautela. Estábamos cerca cuando oímos un ruido grave detrás de nosotros. Antes de que pudiéramos darnos la vuelta, una enorme ola de formas pasó galopando a nuestro lado; era una marea de negrura mucho más oscura que el paisaje lunar.

-¡Una manada de caballos! -susurrió asombrada.

-La señorita Katherine tiene razón -dijo el copiloto Muffet.

-Una manada de pesadillas cuadrúpedas -explicó el insignia Tuffet, otro de los ratones con cierto rango que participaba en nuestra misión.

de espías. Viajábamos a varios metros sobre la superficie lunar hasta que llegamos al borde de la Cara Oscura, y entonces descendimos rápidamente para seguir a menos de un metro del sombrío suelo. Avanzamos sobre la superficie, subiendo y bajando sobre irregulares cráteres y rocas. Este lado de la Luna siempre está en un ocaso perpetuo, y su inconfundible paisaje resulta fantasmagórico.

Todos los túneles de la Cara Oscura llevaban sellados desde hacía mucho tiempo por la única razón de que la región resultaba muy triste y desoladora. La inquietud sustituyó a estas sensaciones cuando vimos muchas pruebas que confirmaban que

estaban cayendo todos los ejércitos que tenían a sus órdenes. Legiones de hadas de los dientes, elfos, yetis y huevos guerreros de todos los tamaños. Mi corazón dio un vuelco. ¡Habían venido incluso viejos amigos como Petrov, el valeroso caballo de Norte, y el gran oso de Santoff Claussen! Habían conseguido salir de la tormentosa Tierra para luchar a nuestro lado. Se unieron a las tropas de robots lunares y, en cuestión de instantes, estaban superando a las hordas de pesadillas.

No obstante, todos los momentos parecían tener una lentitud antinatural. Vi a Ombric abriendo el camino y me di cuenta: el gran hechicero estaba deteniendo el tiempo.

Sombra disparó su arma. Su luz cegadora salió a cámara lenta, como una columna de arcilla brillante. Ombric utilizó todo su poder sobre el tiempo para evitar que el rayo consumiera a Luz Nocturna. Alzó los brazos sobre su cabeza y desplegó su capa para trazar con ella un círculo casi perfecto que nos protegió a todos de la mortífera luz que se nos acercaba. Durante un instante, quienes estábamos tras Ombric recuperamos nuestra percepción normal del tiempo, pero todo lo que estaba frente a él iba aún más despacio. Norte y los demás Guardianes permanecieron junto a nosotros.

Luz Nocturna miró al cielo abierto sosteniendo en la mano la resplandeciente

daga diamantina. En una fracción de segundo se lanzó hacia el cielo y desapareció. Yo le seguí con la mirada. ¿Adónde iba? ¿Por qué?

Sombra también se quedó mirando, y su furia se desató. Al viejo hechicero le estaba haciendo mella la intensidad del rayo que Sombra disparaba una y otra vez con su arma. Norte nos indicó que le echáramos una mano para preparar uno de los reflectores con el que ayudar a Ombric. Pero a mí me atormentaba la partida de Luz Nocturna.

El reflector estaba atascado y no se movía. Norte y Sandy empujaban con todas sus fuerzas, y Ombric parecía estar desintegrándose bajo el brutal

resplandor del rayo. Entonces, una luz aún más brillante llenó el cielo entero. Era cegadora, poco natural, más fuerte que una docena de soles. La batalla cesó. Ningún ser, bueno o malo, podía evitar el efecto hipnótico de aquella luz tan desconcertante.

- Oí la agitada respiración de Sombra
- gracias al silencio repentino. Parecía... asustado. Tenía miedo de lo que estaba por venir.

Cuando alzamos la vista al cielo, la luz se dividió en siete puntas diferentes, como estrellas, pero mucho más radiantes que cualquier astro que yo haya visto.

-Son las Siete Estrellas de los Luces Nocturnas -dijo HoLu con asombro.

Al decirlo, las siete estrellas se ordenaron para formar una constelación gigante de una sola cara. De ella vino una voz tan profunda y tan llena que la oímos y la sentíamos a la vez.

-Nuestro hermano Luz Nocturna no será tuyo, Sombra -bramó la voz-. ¡Se acabaron tus planes! ¡Terminaremos contigo!

De la constelación salió una gran luz envolvente. Se extendió alrededor de los ejércitos de pesadillas, los derritió y formó con ellos coágulos gigantes que rodearon a Sombra. Estos coágulos se condensaron y solidificaron hasta convertirse en una oscuridad superconcentrada. Se transformaron en

materia oscura. Una única hebra de luz en forma de látigo se ató al arma de reliquias, se la quitó de las manos a Sombra y separó las cuatro partes que la configuraban. El huevo en su bastón, la espada, la arena de los sueños y la caja de rubí. Las reliquias volaron en espiral hasta llegar a las manos ansiosas de sus verdaderos dueños: Bunny, Norte, Sandy y Toothiana.

El intranquilo viento agitaba sus capas. Todos estábamos pensando lo mismo: *Somos los Guardianes de la infancia, lucharemos hasta el final si hace falta.*

Pero no hizo falta. Las ondas de luz siguieron convirtiendo el ejército de pesadillas en una masa de oscuridad

derretida que cubría a Sombra hasta que solo su cara y su pecho quedaron descubiertos. Parecía luchar por liberarse con una mano.

Con un tremendo golpe, su brazo atravesó la gruesa masa que lo aprisionaba. Entonces vimos su mano. Seguía aferrándose al pequeño camafeo de su hija, que había derretido y fundido sobre la palma de su mano y de sus dedos.

Enloquecido por el pánico, Sombra miró a Norte. Se golpeó en el pecho.

-¡Por favor! ¡Les he fallado a todos los seres a los que he querido! ¡Usa tu espada! No puedo soportar esta bondad que sigue viviendo en mi corazón.

Resulta difícil sentir simpatía por una criatura que ha intentado destruirte,

pero en ese momento se dio cuenta que daba pena el triste ser en que se había convertido Sombra.

Todos sentimos lástima por él en ese horrible momento. Pero las Siete Estrellas de los Luces Nocturnas no. Habían visto las artes del mal. Conocían sus muchos trucos. Los corazones buenos siempre albergan simpatía, pero la sabiduría de las estrellas es clara, poderosa y más verdadera. Sabían que la muerte no era la respuesta para Sombra.

La esencia fundida del ejército oscuro siguió envolviendo al Rey de las Pesadillas. La mano que tenía el estropeado retrato de Emily Jane se quedó fijada sobre su pecho, justo en el lugar donde estaba su corazón.

—Por favooooor —suplicó a Norte,
nos suplicó a todos—. Por favor,
dejadme morir.

Norte no pudo más. Si en su
corazón había odio, era hacia Sombra.
Pero el encierro al que se enfrentaba,
lleno de remordimiento, dolor y
tristeza, parecía una pena peor de lo
que podía soportar cualquier ser.

Así pues, Norte sostuvo su espada
y reunió toda la fuerza de la que fue
capaz. Echó a correr, y la punta de su
arma resplandeció con el poder antiguo
de la Edad de Oro. Ninguna fuerza
conocida podría pararlo.

Sin embargo...

Cuando la punta de la espada
atravesó el avejentado papel del retrato

de Emily Jane y después se clavó en la mano de Sombra, cuando llegó incluso más allá, hasta la carne que recubría el corazón del Rey de las Pesadillas, se produjo un estallido de luz. Una mano agarró la espada y la paró en el acto.

¡Era Luz Nocturna!

Miró a Norte y sostuvo su arma con tanta fuerza que su propia mano empezó a sangrar.

—No manches tu alma ni destruyas la única oportunidad que tiene Sombra de salvar la suya de la oscuridad.

Dicho esto, sacó la espada del pecho de Sombra. Al hacerlo, vimos que del



papel del retrato de Emily Jane brotó un chorrito de sangre. Era del Rey de las Pesadillas, y se estaba mezclando con la de Luz Nocturna. Las dos empezaron a extenderse sobre el papel, de un modo milagroso. La sangre devolvió el brillo a la imagen de la hija de Sombra.

Incapaz de mover su propia cabeza, Sombra se esforzó y se esforzó hasta que pudo ver el camefleo pegado a su corazón, hasta que pudo ver que volvía el rostro de su querida hija.

Luz Nocturna se apartó y todos observamos cómo la materia oscura empezaba a entroscarse alrededor del pecho y la cara de Sombra. Observamos a nuestro enemigo llorar en silencio, derramando lágrimas

limpias como el cristal. Nadie imaginó que el Rey de las Pesadillas fuera capaz de llorar, salvo Luz Nocturna. Con mucho respeto, puso las lágrimas en su mano herida y las apretó con fuerza. En cuestión de un instante, se había materializado otra daga diamantina. Luz Nocturna se la metió en la camiseta antes de que los demás pudiéramos verla.

Luz Nocturna vino a darnos la mano a HoLu y a mí y después nos dijo con premura:

—Ahora debo irme. Tengo que comprobar si el resto de mi sueño lunar se cumple. —Me apretó la mano con más fuerza—. Tengo que hacer un viaje, y no sé cuándo volveremos a

vernos —dijo con rapidez y seguridad,
pero su voz se quebró al añadir—:

Recordad que nos volveremos a ver.

Tenéis que confiar en ello y tener fe.

Sus ojos nos lo estaban implorando.

—Así lo haré.—dije yo. Los demás
asintieron con la cabeza.

Las olas de materia fundida acabaron
de envolver a Sombra. Estaba
inmovilizado por completo, como
un rey egipcio en un sarcófago del
que no podía escapar. Lo único que
quedaba era una esfera grumosa que ya
se estaba enfriando y que parecía una
lunita negra. De un elegante salto, Luz.
Nocturna se puso encima de la esfera.
Nos miró. A cada uno de nosotros.
Estaba muy cambiado. Ya parecía

casi un chico humano. Luego alzó los ojos hacia la constelación de Luces Nocturnas e hizo un gesto afirmativo, como para decir que estaba listo.

Las muchas ondas de luz formaron una espiral, luego un círculo sobre nosotros y se trenzaron como una cuerda gigante que se precipitó sobre la esfera negra. La golpeó con tanta fuerza que la despidió hacia el espacio.

Iba directa a la Tierra, como un cometa, y Luz Nocturna estaba en pie sobre ella, como si la estuviera dirigiendo.

Katherine hizo una pausa en la lectura. Lo que la hizo detenerse era el recuerdo del último momento que tuvo con Luz Nocturna. Luego pasó más de cien años sin verle.

—¿Quieres que siga? —le preguntó a Jack.

Jack se había acuclillado junto al fuego. Katherine había visto un patrón de escarcha que emanaba del lugar en el que se encontraba. La estancia se había enfriado tanto que ella veía su propio aliento, y observó otro cambio en su amigo: cada vez que se concentraba mucho o se sentía amenazado, enfriaba el aire.

En una mano sostenía a Twiner e inclinaba el bastón cerca de su oreja derecha. La otra mano la tenía en la rodilla, con los dedos pulgar e índice extendidos, como si estuviera señalando algo. Un torrente fino de humo de la chimenea se asomaba y formaba una

espiral que le llegaba al pulgar, y otra cuerda de humo le salía del pulgar y se le arremolinaba hasta la oreja izquierda. Este, después, salía por su oreja derecha y se metía en Twiner.

Katherine había olvidado que Jack podía hablar con la leña. Que a través del humo oía la historia y las anécdotas de la madera. A veces de esta forma recibía mensajes de los bosques. Todos los árboles están conectados, incluso después de que los talen o los quemen. Sus hermanos vivientes absorben su ceniza y su humo.

Entonces Katherine sintió un fogonazo de enfado. ¿Le había prestado atención Jack mientras ella leía?

—Te estoy escuchando, Katherine —dijo él tras leer su mente.

—Seguro —replicó ella con aspereza—. Espero que la leña tenga historias igual de interesantes.

-No tanto -dijo él-, pero sí que son bastante apremiantes.

-¿Ya recuerdas lo que necesitas? -preguntó Katherine.

-Me ha ayudado mucho -respondió el-. Pero... ahora me toca a mí contar. Hay cosas que no sabes y que no están en las páginas del señor Qwerty. Pero tenemos que darnos prisa. No hay mucho tiempo.

Su tono revelaba que la leña le había dicho algo importante.

-¿Corremos peligro? -preguntó ella-. Los cuenturcos están en guardia. Son muy...

-Estamos bien -la interrumpió Jack-. Por ahora. Jack casi nunca mentía a Katherine. Pero ella presentía que el peligro debía de estar cerca. Él había elegido correr el riesgo de contar la historia a Katherine. Así que debía de ser algo importante.

Y así era. Jack tenía que hablar de aquellos años que había estado desaparecido. Necesitaba llenar las páginas que faltaban de su viaje. Necesitaba contarle cómo había tomado el nombre de Jack Escarcha... y por qué.

Así que empezó a contar la historia de Jack Escarcha.

EL TESTIMONIO DE JACKSON
TERRENAL ESCARCHA SEGÚN
LA TRANSCRIPCIÓN DEL LIBRO
CONOCIDO COMO SEÑOR QWERTY
PARA KATHERINE DE ANSÁRIDA.

27 DE DICIEMBRE DE 1933

El poder de un Luz Nocturna es formidable, sobre todo justo después de liberarse de su promesa, la

promesa de proteger al príncipe bebé de la Edad de Oro. Una vez que cumplí con mi promesa hecha a HoLu, tendría que haberme convertido en estrella y haberme unido a mis compañeros los Luces Nocturnas para formar parte de una constelación esperanzadora aunque distante. En ese momento de transformación, el poder dentro de mí se habría fortalecido lo suficiente como para quemar hasta el último pedacito de bondad que habitaba dentro del corazón de Sombra.

Sombra lo sabía.

Tenía previsto capturarme y concentrar ese poder a través del rayo del arma de reliquias. Quería apuntar el rayo a su propio corazón para librarse de su última debilidad. Y la habría destruido, igual que habría destruido a todos los seres sobre la faz de la Luna, y quizás también de la Tierra.

Pero yo ya te había encontrado a ti, Katherine. Y con nuestro beso había hecho una nueva promesa. No con palabras, sino con el corazón.

Algo así no le ha ocurrido a ningún Luz Nocturna. Un Luz Nocturna no puede hacer dos promesas. Por eso empecé a cambiar, no para ser una estrella, sino algo nuevo.

Sin querer, había frustrado el plan de Sombra. Ningún otro Luz Nocturna ha tenido la vida que yo he tenido. Los otros se quedaron con su niño hasta que se hacía mayor. Hay un momento en el que este da el paso y llega a un lugar distinto, el lugar de los adultos. Desde que los bebés son muy pequeños, quieren hacer lo que los adultos, quieren hacer ese millón de maravillas minúsculas que los mayores parecen dominar: conocer el funcionamiento las cosas; saber ir a los sitios y encontrar el camino de vuelta; leer

y escribir; abotonar botones y atar cordones de los zapatos; saber cuándo está lista la comida; llegar a la estantería más alta. Quieren hacer todas estas cosas.

Al final, los hechos y el conocimiento sobrepasan los sueños y las fantasías, y la tarea del Luz Nocturna es proteger el asombro mientras el niño se adentra en el mundo de los adultos.

Pero yo no me quedé al lado de mi príncipe. Al salvarle de Sombra en la última batalla de la Edad de Oro, me vi forzado a dejarle atrás. Tenía la esperanza de que consiguiera encontrar su camino con el sentido de asombro intacto. Por eso fue un alivio enorme cuando estuvimos cara a cara tras nuestro viaje a la Luna. Tuve la certeza de que mi príncipe se había hecho grande. Grande de espíritu y sabiduría. Y yo tendría que haberme unido a mis hermanos Luces Nocturnas.

Supo que nuestro beso había cambiado mi destino.

Ya no era un verdadero Luz Nocturna. ¿En qué me había convertido?

No tener ni idea del destino que a uno le espera es una sensación que da miedo. No tenía cabida en ninguna historia imaginable: no podía ser de la Edad de Oro, pero tampoco podía ser humano. Por dentro sabía que era las dos cosas y ninguna. Pero entonces mi sueño lunar me enseñó otro camino.

Mi sueño fue largo y épico. En la primera parte volaba hasta las estrellas de mis hermanos Luces Nocturnas y les contaba nuestro beso. Me decían que debía seguir mi sueño lunar y brillar, pero no como una estrella, sino como un chico de la Tierra. Juraron ayudarme. Y eso hicieron. La batalla se desarrolló tal y como la había soñado. Igual que

cuando me llevé el meteoro oscuro de Sombra hasta Santoff Claussen. Allí, mis viejos amigos –Petter, Sascha, William el Alto, William el Casi Menor, William el Menor, los búhos, las ardillas, el Ánima del Bosque, incluso el genio mecánico— estaban dispuestos a ayudar en caso de que hiciera falta.

También deseaba ayudar a alguien más, un ser que no era de Santoff Claussen. Era Emily Jane, la hija de Sombra. La Madre Naturaleza misma reunió toda la energía y furia atmosférica de la que disponía para ayudar a construir la prisión de su padre bajo la Gran Raíz. Ya lo había engañado haciéndole creer que había generado la tormenta sobre la Tierra para cortar las comunicaciones entre la Luna y los Guardianes en los apremiantes días anteriores a la Batalla de la Noche Brillante, pero en realidad estaba ayudándolos a organizar una misión de rescate.

Emily Jane presentía que la sangre de su padre ahora corría por mis venas, sintió que ella y yo estábamos unidos, casi como hermano y hermana. De este extraño modo he llegado a tener una familia. Ahora pertenezco, por sangre, a otros.

Los Guardianes habían dejado instrucciones a los aldeanos antes de la Batalla de la Noche Brillante: si no regresaban de la Luna, Emily Jane se encargaría de proteger Santoff Claussen.

El suelo junto a la Gran Raíz todavía brillaba como consecuencia del impacto del meteorito en el que Sombra estaba encerrado cuando Emily Jane reunió a todos los ciudadanos y a las criaturas. Les explicó sus necesidades y sus planes al detalle, y su decisión transmitió a todos tranquilidad y determinación.

—Durante muchos años, Santoff Claussen se ha diseñado para mantener a Sombra fuera —les dijo—. Ahora tenemos que trabajar para mantenerle dentro. Debemos recordar que el hombre al que llamáis Sombra fue hace mucho un gran héroe. Intentó evitar que la oscuridad se propagara, pero la oscuridad era demasiado fuerte y, a pesar de su desesperada lucha, le conquistó. Ahora nuestra tarea va a ser contener esa oscuridad. Santoff Claussen será la prisión de Sombra y de la negrura que habita en su interior. Solo un lugar con un valor y una luz tan singulares puede combatir estas tinieblas. Ese lugar está aquí, y sus guerreros sois vosotros.

La respuesta fue unánime. Todos en Santoff Claussen, incluidos hombres, mujeres, niños, ardillas y hojas, harían lo que fuera para contener a Sombra.

Pero yo sabía que en realidad Emily Jane esperaba algo más. Esperaba que, de algún modo, su padre encontrara la redención. Esperaba que Sombra pudiera ganar la batalla contra la oscuridad que había congelado su noble corazón.

Quería recuperar a su padre. Quería que el único recuerdo de amor que tenía de su infancia regresara. Eso solo podía ocurrir mediante un milagro. Pero incluso antes de que yo fuera medio humano, supe que creer en los prodigios era lo que hacía palpitarse el corazón de todos los mortales. Es lo que los hace seguir adelante a pesar de todos los horrores que se encuentran.

Al disponerme a comenzar la última parte de mi sueño lunar, los cielos a nuestro alrededor rugieron. El clima está a menudo a la merced del humor de Emily Jane. Aunque su voz sonara tranquila, el cielo

mostraba sus verdaderas emociones mientras ella me decía:

—Mi corazón teme por ti. Has salvado la vida de mi padre, y por ello siempre estaré en deuda contigo. —Después, añadió—: Ahora mi padre y tú estáis unidos. No sé cómo evolucionará eso. ¿Le afectará a él tu bondad? ¿O su oscuridad te cubrirá a ti?

El cielo se quebró con un rayo abrupto al que siguió el rugir del trueno.

—Te ayudaré como pueda. Pero ahora debes irte —dijo con más apremio—. Acaba tu sueño. Desaparece si puedes. Que no te encuentren.

Entonces puso la mano en el bolsillo interior en el que guardaba la daga que había forjado con las lágrimas de su padre.

—Esto es lo que más teme. Úsalo. Ya sabrás cómo... y cuándo.

Su rostro tenía una expresión apremiante. La extraña tormenta, que no venía de ninguna nube visible, se volvió ensordecadora. Abrí mi capa y dejé que el viento la llenara como una vela. Me alcé por los aires y me despedí con un gesto de la mano, alejándome de Santoff Claussen empujado por la ventisca. La lluvia empezó a caer del cielo despejado. Entendí que las gotas eran de Emily Jane. Eran las lágrimas que no había querido derramar.

Sabía adónde tenía que ir. Me lo había mostrado la última parte de mi sueño lunar. Era un lugar real. Una granja. Donde vivía un chico llamado Jack.

De algún modo, conocía el camino, y durante un tiempo sencillamente anduve en la dirección que me pareció correcta. A veces viajaba por carretera, pero a menudo iba por el campo abierto y dormía

en prados o en bosques. Por primera vez en mi vida, solo hacía lo que me venía en gana. Pero no me sentía en absoluto solo. Me tenía a mí mismo, mi nuevo yo, para llenar mis pensamientos y mis emociones. Cada instante parecía milagroso. La luz del sol sobre todas las cosas y a cualquier hora me parecía maravillosa. Me encantaba la pátina dorada de luz que aclara las cimas de los árboles al final del día, cuando el mundo se convierte en un crepúsculo de sombras de terciopelo y de resplandor menguante... Ese momento se convirtió en mi momento preferido.

Y al llegar la noche, estaba todavía más contento, porque sentía la luz de las estrellas. Veía a mis compañeros Luces Nocturnas y sabía que me mandaban buenos deseos. A fin de cuentas, me habían dado mi sueño lunar y, con él, mi nueva vida. También

podía sentir a HoLu cuidando de mí. Hasta entonces, no había podido hablar directamente con él ni con ningún otro Guardián; mi capacidad de enviar pensamientos o de leer los de ellos parecía haber desaparecido. Mis antiguos poderes estaban más debilitados que nunca. No sabía cuándo volverían.

También notaba a los otros Guardianes, pero de una forma muy vaga. Eran como el calor de una historia contada alrededor de una hoguera de hace mucho tiempo. Deseé que mis mermados poderes hicieran imposible a Sombra o a sus soldados localizarme.

Aquellos días y noches fueron mi escuela, mi parque de juegos, un mapa creciente que me mostraba en quién me estaba convirtiendo. A veces corría con los lobos hasta que nos hacíamos amigos. Viajé con osos y con ardillas listadas, con ciervos y arces,

con águilas, búhos, murciélagos y topos. Si se arrastraban, volaban, cavaban o corrían, yo aprendía sus hábitos y su lengua. Me asilvestré, pero con nobleza. Nunca mataba si no era para comer. Nunca hacía daño si no era para ayudar. Solo luché por conseguir la paz. Y cada noche soñaba sueños nuevos. La tierra de los sueños es un mundo maravilloso, aterrador y alegre. Oh, me encantaba soñar.

Y todo el tiempo me acercaba cada vez más al chico llamado Jack.

Una noche, un ligero dolor en la mano me sacó de un sueño. Era la mano que me había herido al salvar a Sombra. Un viento frío se levantó a través del bosque en el que había acampado, y por primera vez desde que empecé mi viaje, me sentí inquieto. El viento era sin duda un aviso de Emily Jane. El dolor de la mano solo podía ser una señal de que Sombra

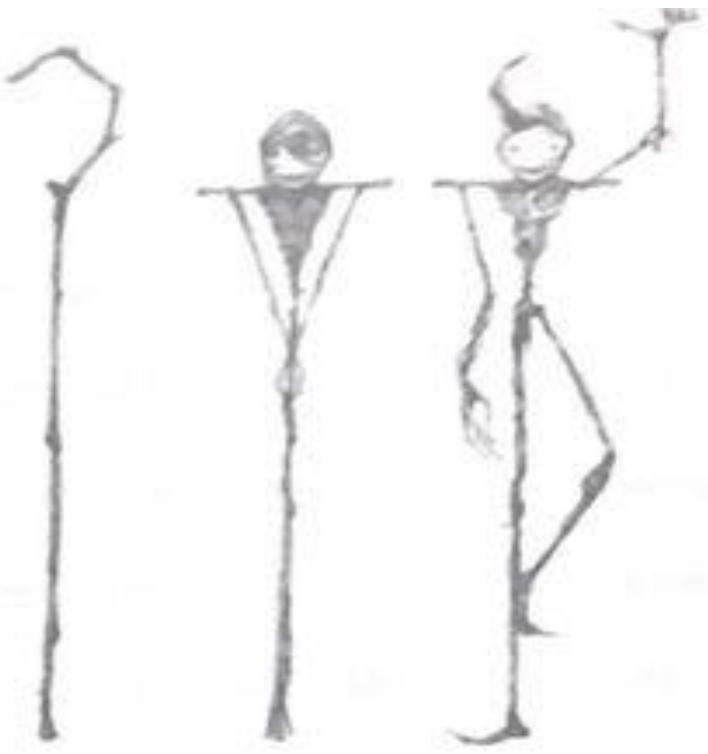
se acercaba. Me quedé quieto y en silencio. La luna estaba creciente, lo cual proporcionaba la luz justa para derramar algo de claridad a través del follaje que me rodeaba. Oí un sonido curioso que se acercaba más y más. Era el ruido pesado de cuando se aplastan constantemente las hojas y se parten ramas, como si algo grande avanzara por el suelo del bosque.

El dolor de la mano se agudizó. Supe que estaba en peligro, pero no sabía de qué. ¡Entonces oí una voz!

-Es la serpiente Lermontoff.

Me di la vuelta. Un hombre que parecía hecho de palos estaba apenas a un metro de mí.

-Me envía Norte -explicó el hombre de palo-. Me ha hecho para ti. No estaba seguro de que siguieras vivo, pero por si lo estabas, pensó que podría serte útil. Me llamo Twiner.



-¿Twiner? Muy propio de Norte -observé-. ¿Él está bien?

El sonido de la serpiente parecía acercarse.

-Norte... es Norte -dijo Twiner como si nada-.

Si me lo permites, creo que lo mejor que puedes hacer es utilizarme antes de que te devoren. -Nada más terminar la frase, Twiner se transformó en un bastón con la parte superior en forma de gancho, lo cual me recordó mucho al bastón que había tenido durante mi época como Luz Nocturna, aunque tenía menos adornos.

Oí que el tronco de un árbol crujía y caía, y me volví hacia el borde del pequeño claro donde había acampado. La criatura más imponente estaba allí enroscada. Solo su cabeza triangular era más grande que yo. Sus ojos brillaban venenosos y su lengua viperina se agitaba amenazadoramente.

Aquella era una serpiente con la que no se jugaba.

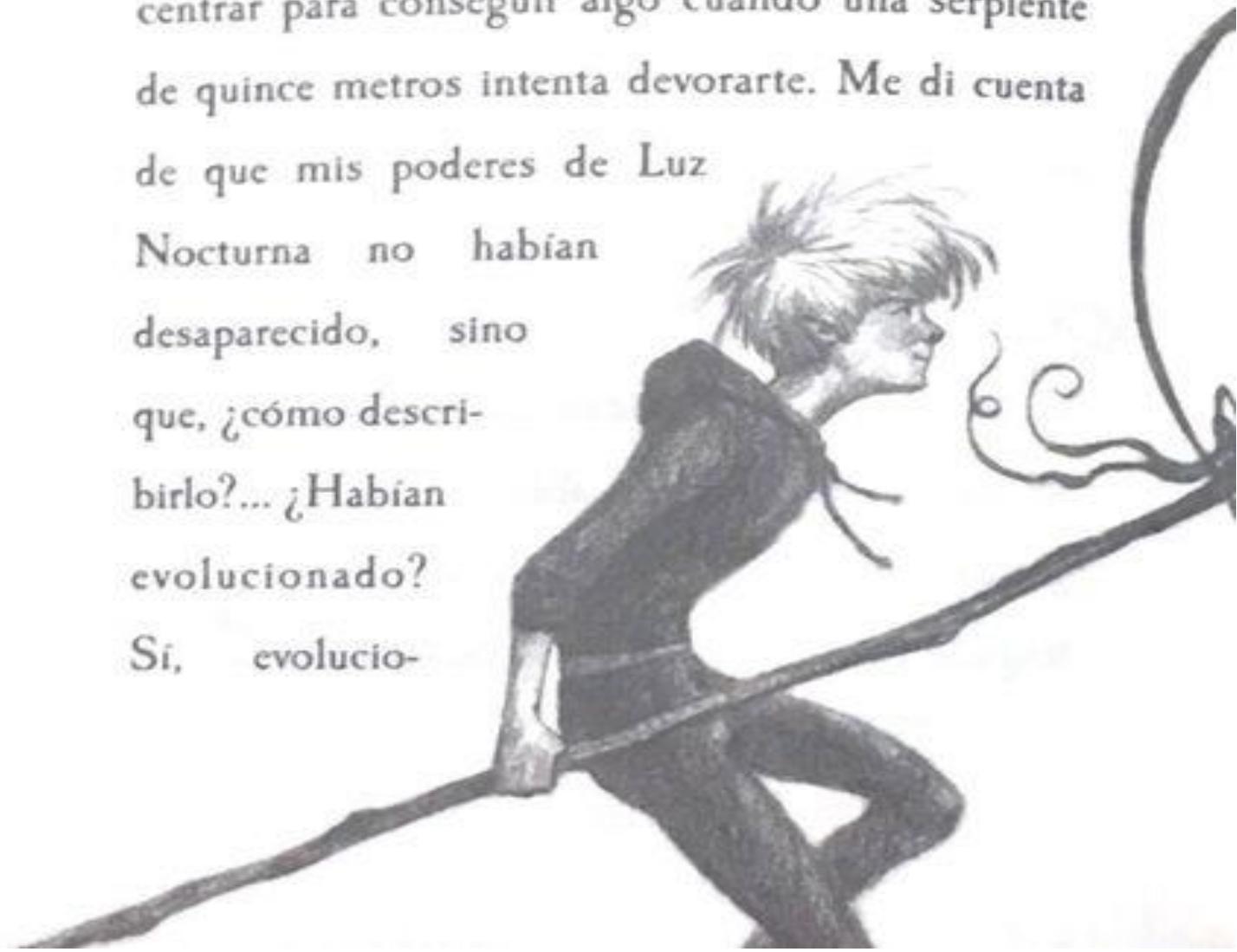
Se lanzó hacia mí.

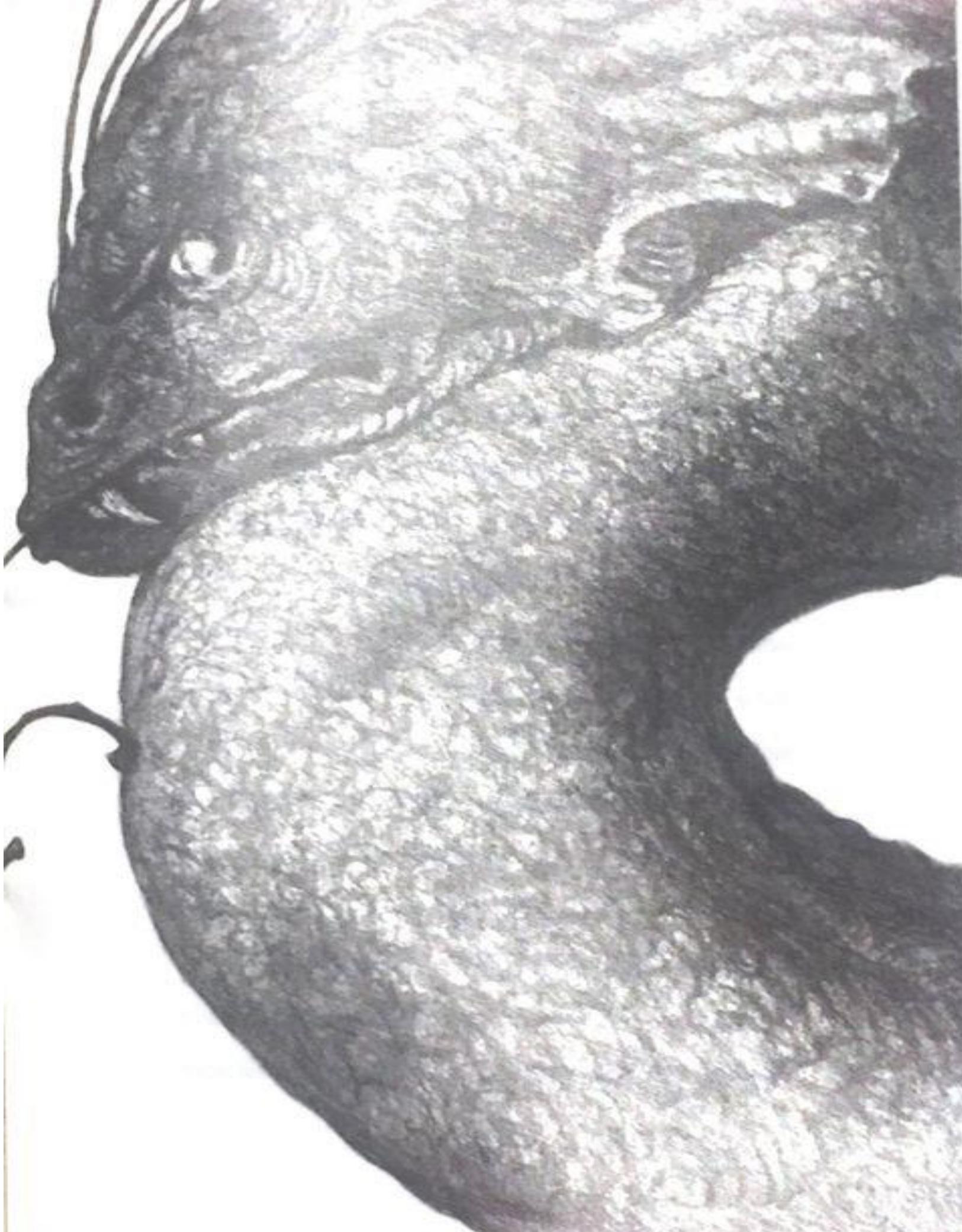
Agarré a Twiner.

La lucha que siguió estuvo llena de sorpresas y de interés. Twiner no era un bastón al uso. Y descubrí que yo no era un humano al uso. Juntos formábamos un equipo formidable.

Resulta curioso lo mucho que te puedes concentrar para conseguir algo cuando una serpiente de quince metros intenta devorarte. Me di cuenta de que mis poderes de Luz Nocturna no habían desaparecido, sino que, ¿cómo describirlo?... ¿Habían evolucionado?

Sí, evolucio-





nado. ¿Momentos de invisibilidad repentina? Eso era nuevo, y resulta muy conveniente. ¿Velocidad extraordinaria? Viene muy bien cuando una boca del tamaño de una bañera con afilados dientes se cierne sobre ti. ¿Un bastón que podía cambiar de forma de un momento a otro (espada, bastón, lanza, arco)? Muy útil y bastante divertido.

La serpiente atacó. Yo me agaché. Su larga cola restalló como un látigo. Desaparecí. Mordió. La detuve con Twiner de la mejor manera que me daba el instinto.

Tras varios minutos frenéticos de lucha, la serpiente estaba cansada, molida y frustrada, mientras que Twiner y yo comenzábamos a conocernos. La serpiente decidió retirarse y se alejó reptando ruidosamente. Clavé el extremo fino de Twiner en el suelo para que pudiera mantenerse en pie.

-¿Por qué esa criatura se llama la serpiente Lermontoff? -pregunté.

Twiner volvió a adoptar la forma de un hombre de ramas y empezó a explicármelo:

-Hace mucho fue un humano impresionante. De hecho, era un aliado de Ombric Shalazar. Era el protector del Valle de los Sueños Perdidos. Pero Sombra le convirtió en una serpiente, y ahora da caza a las fuentes más esperanzadoras de sueños que hay en la Tierra.

Reflexioné sobre eso.

-¿Quieres decir que se come a la gente?

-Sí -respondió Twiner-. Se come a gente que suele tener buenos sueños.

-¿Sombra le ha enviado a comerme?

-Es probable, la verdad. -Twiner se sentó. Yo hice lo mismo-. El caso es que has estado soñando

de forma muy ruidosa. Has sido fácil de encontrar -añadió.

La adrenalina de la batalla se estaba disipando. Me sentí agotado. Ya no me dolía la mano.

-Deberías descansar -dijo Twiner-. Yo me quedo vigilando.

Me quedé dormido. Y soñé. Todo fue bien. Twiner estuvo en guardia.

Con Twiner de compañero, mis viajes se hicieron aún más interesantes.

Norte había hecho gala de sus habilidades al diseñar aquel ser de palitos. Puesto que Twiner surgió de las ramas del Sauce del Guerrero, tenía el corazón valeroso y el alma protectora de aquel árbol tan sorprendente. Gracias a él, aprendí la lengua de los árboles y las hojas, del viento y la lluvia,

de todo el mundo natural. Esos elementos se convirtieron en camaradas y juraron ayudarme a luchar contra cualquier asesino que me enviara Sombra.

En aquella época estaba tan fascinado con el hecho de existir que la preocupación por Sombra apenas tenía espacio en mis pensamientos. Ya sabía que tendría abundantes avisos de la cercanía del peligro: la mano izquierda sería mi alarma. Según Twiner, era «una herida que unía», porque, aunque era una lesión que me avisaba del peligro, también le servía a Sombra para encontrarme. Así que, efectivamente, mi herida era una unión con Sombra, para bien y para mal.

Cuando pasábamos por un majestuoso castaño, Twiner me tomó de la mano derecha con firmeza.

—Me hicieron para ayudarte —dijo mientras de los dedos de su mano derecha brotaban finas ramas

que se enredaban en mi puño y mi antebrazo. Me sorprendió... y me preocupó un poco.

»Tu propio valor y tu compasión han unido tu mano izquierda a la oscuridad –explicó–. Ahora la amistad y el deber unirán tu mano derecha a la luz. –Entonces me clavó la punta del dedo índice en la palma de la mano derecha y, con una sacudida rápida, la partió. Sí, me dolía mucho tener un palo de dos centímetros clavado en la mano, pero antes de que pudiera protestar o gritar, Twiner me cubrió la mano con un pegote de hojas verdes y frescas que acababan de brotar de la punta rota de su dedo.

»Esto te quitará el dolor y curará la herida –explicó.

Los castaños a nuestro alrededor empezaron a mecerse. El murmullo de cientos de miles de hojas generó una ventisca de sonido que retumbaba y se convertía en un eco que venía cada vez de más lejos.

Las ramas de los dedos de Twiner se aflojaron y retrocedieron. El hombre de madera me soltó y me hizo una reverencia.

-¡Ahora estás conectado con todos los árboles del mundo! -Se inclinó a mis pies-. Eres su soberano y su amigo.

El aire a nuestro alrededor, o más bien hasta las nubes del cielo, se llenó de miles de millones de hojas volantes que caían como nieve hasta donde se perdía la vista.

Esto no lo había visto en mi sueño lunar, pero parecía un sueño. Uno glorioso.

Durante los días que siguieron, nos vimos rodeados de un paisaje cada vez más agreste. Los bosques eran más antiguos y frondosos, encantadores y al mismo tiempo inquietantes. El suelo era irregular y

rocoso, lo cual nos obligaba a avanzar más despacio. Nos abrimos camino por valles tan profundos que a mediodía estaban oscuros como la noche, y subimos colinas tan empinadas que a menudo teníamos que utilizar las raíces de los árboles como escalerillas.

Esa región me pareció enigmática, y parte del misterio provenía de una sensación permanente de que a Twiner y a mí nos seguían. Los árboles no nos decían nada a pesar de nuestras preguntas, y nos respondían con el equivalente de una risa contenida. (Cuando las hojas de un árbol se agitan ligeramente y cuando oyes un crujido o un gemido constante en el tronco pero no hace viento, lo más seguro es que un árbol se esté riendo de ti. Quizá tu ropa le parezca ridícula. O crea que no sabes andar por el bosque. O que tus canciones están desafinadas.

No es una risa cruel o malévolas. Solo le debe de parecer divertido.)

Pero en ese caso, y en aquellos bosques, no estábamos del todo seguros. Ni siquiera Twiner obtenía respuestas. Esos árboles sin duda tenían una alianza con algún ser que los dejaba fuera de la hermandad general de la gran flora.

Lo mismo ocurría con las criaturas del bosque. Nadie hablaba conmigo. Intenté entablar conversación con un ciervo, un alce, tres osos y al final con un grupito de ardillas listadas que, obviamente, se entretenían mucho al vernos. La única palabra que conseguí extraer de la ardilla que más se reía sonaba algo así como «lóbrego». Esa palabra, fuera de contexto, no significaba nada para mí.

Pero Twiner sabía justo lo que significaba. En cuanto oyó esa palabra, se transformó en un arco y

en un carcaj de flechas y me pidió que lo sostuviera en posición de ataque.

La ardilla se rio a carcajadas.

-¿Twiner? -pregunté, en la más profunda confusión.

-Dime.

-¿He de suponer que acabarás contándome qué es tan «lóbrego»?

-En realidad no va a hacer falta -dijo con su habitual tono seco como un palo-. Está ahí delante.

Miré al frente y no vi nada, solo castaños inmensos, suelo y sombras. Pero entonces algo llamó mi atención. Una sombra diferente pareció moverse con lentitud y elegancia hacia nosotros. Al principio pensé que era un lobo gigante, pero la sombra se acercó y se irguió, doblando su altura.

-Apunta a la sombra, por favor -musitó Twiner, como si estuviera hablando con un niño no demasiado listo.

Obedecí, aunque no presentía que estuviéramos en peligro. No había ninguna señal. No me dolía la mano. No había viento. Y las tontas de las ardillas seguían riéndose.

Al tensar el arco, la sombra se acercó más. Se detuvo y, al fin, pareció centrarse en mis ojos. Semejaba un hombre. Se quitó la negra capucha para revelar un rostro muy distinguido y una cabeza con una mata de pelo extraordinaria e indomable que recordaba al pelo de un animal.

-No hacen falta las armas -dijo el hombre de las sombras con un acento transilvano muy marcado-. Soy Lóbrego, y vengo en son de paz.

Detrás de los troncos de los árboles emergió

una gran manada de lobos descomunales. Había más de los que podía contar o imaginar. Alzaron las cabezas al unísono y emitieron un aullido colectivo que me puso los pelos de punta. Entonces todos los árboles empezaron a agitarse y las ardillas se pusieron a chillar. Se diría que todos los seres vivos de aquel bosque agreste querían señalarnos que Lóbrego era sin duda el dirigente de aquellas tierras.

Lóbrego era un anfitrión generoso. Nos llevó a un antiguo castillo medio derruido que le servía de hogar y se aseguró de que nos dieran de comer. Twiner adoptó la forma de un bastón, escuchó nuestra conversación con interés y no me permitió dejarlo demasiado lejos. A pesar de su estado de abandono, el castillo de Lóbrego era un lugar regio y fascinante. Se situaba

Skreevlich Lóbrego, rey de los licántropos



en el pico más alto de los montes Cárpatos, y las vistas desde sus alcobas y almenas eran asombrosas. La luna llena iluminaba los valles inferiores cubiertos de niebla y le confería un brillo encantador al agreste paisaje lleno de montañas y bosques.

Después de cenar, Lóbrego me llevó a su observatorio, donde un telescopio largo y ornado se alzaba entre las piedras caídas y las vigas de la torre principal del castillo. Había lobos en todas las estancias y en todos los pasillos: avanzaban en silencio, sin quitarme los ojos de encima.

—Mis hombres y yo estamos unidos para siempre a la Luna —dijo Lóbrego, señalando a los lobos.

—¿Son licántropos? —pregunté.

Lóbrego sonrió.

—Sí, pero no son los hombres lobo de las historias. —Se sentó en una silla grande que parecía

un trono y que le servía de asiento de observación para el telescopio. En torno a una docena de lobos se acercó y se reclinó en el suelo a su alrededor.

»Somos hombres que nos convertimos en bestias para proteger a los débiles. Hay males antiguos en estas montañas. Familias poderosas que han generado tristeza durante generaciones. Nosotros somos salvajes que salvamos a otros. La Luna nos da el poder de invocar a la justicia.

Después hizo un gesto y señaló el telescopio.

-Hemos visto vuestras batallas en la Luna. La batalla contra el que recibe el nombre de Sombra.

-Se inclinó hacia delante-. Sombra no es como nosotros. Él es un hombre que se ha convertido en bestia y prefiere quedarse así. Quiere ser una bestia para siempre.

De pronto, todos los lobos de la estancia se revolvieron. Miraron hacia la misma abertura en la pared de la torre y gruñeron. Mi mano herida se había cerrado de dolor.

Twiner se puso en mi otra mano más rápido que un pensamiento justo cuando una cortina de flechas negras cayó sobre mí. Pero Lóbrego fue todavía más rápido. Con un chasquido, alzó su pesada capa peluda como un escudo protector. Todas las flechas se clavaron en la capa y se detuvieron.

De nuevo me salva una capa, pensé, recordando la de Ombric durante la Noche Brillante.

Las flechas no eran más que la primera ola del ataque. Por cada hueco de la torre entraron criaturas negras armadas con espadas.

-¡Hombres de las pesadillas! -grité.

Los lobos saltaron sobre ellos. Sus colmillos de

licántropo atravesaron a los espectros oscuros como cuchillas contra muñecos de trapo. Las espadas no hirieron a los lobos, y la batalla acabó antes de que la capa de Lóbrego cayera inerte por el peso de las flechas negras.

Salvo por los gruñidos sordos de los animales, que tocaban con sus patas y olisqueaban los restos que todavía no habían desaparecido de los hombres de las pesadillas, la estancia estaba en silencio. Lóbrego se volvió hacia mí.

-Sombra no va a parar nunca. Puede que esté encerrado, pero seguirá mandando contra ti lo que pueda. Te hará daño de cualquier modo que le sea posible para que no puedas hacerle daño a él.

Lóbrego arrancó una flecha negra de su capa y la usó para señalar el bolsillo secreto donde yo guardaba la daga de lágrimas de Sombra. Tocó el bol-

sillo con la punta de la flecha. Hubo un destello de luz y la flecha se esfumó.

-Aquí tienes su ruina -dijo con razón-. Estas lágrimas son los últimos pedazos de su alma. Lo único que queda en él de humanidad. Son el arma que más teme.

Los lobos empezaron a aullar. Me sorprendió que Lóbrego me sonriera.

-¿Una noche interesante? -preguntó.

No pude evitar devolverle la sonrisa.

El castillo de Lóbrego me gustó más de lo que me esperaba. La torre en la que me alojaba solo tenía intacta la mitad del tejado en forma de pico, pero, al igual que un tragaluz, me daba la oportunidad de mirar a la luna. Mi estancia tenía una alfombra de décadas de hojas caídas. Por todas partes había

fragmentos de arcos de piedra que sobresalían de las dunas de hojas blandas y frágiles.

El aire de la tarde era fresco, pero no frío, y la brisa suave provocaba una constante fricción de hojas secas. Twiner se apoyó con ligereza sobre mi mano con la parte curvada hacia arriba e hizo guardia. Estábamos escuchando a las hojas, que nos contaban la historia de aquel bosque, la de Lóbrego y la de sus licántropos.

-Son hombres desgraciados -dijo Twiner-. Han perdido a sus familias por la guerra, la hambruna y la esclavitud. Ahora viven para luchar contra la injusticia.

-Sí -asentí-. Pero ¿por qué lucharon para protegerme?

Twiner permaneció un rato en silencio. Después, por fin, respondió:

-Entienden el poder de tu sueño.

Aquello me dejó pensativo. Licántropos, personas, familias, yo mismo. Twiner sabía que mis pensamientos eran un revoltijo.

—Sueñas con una familia que todavía no conoces.—Y añadió—: Ellos sueñan con las familias que han perdido. Han dicho: «Tu lucha es la misma que la nuestra».

Reflexioné un rato sobre esa respuesta. Me tenía en vilo. Pero al alzar la vista a la luna, donde estaba mi viejo amigo, le noté, si no hablando conmigo, al menos enviándome un sentimiento. Quería decir que las hojas tenían razón, que sí, en los muchos capítulos pasados de mi vida como Luz Nocturna, había combatido la injusticia. Pero ya no estaba seguro. Mi sueño lunar no me había mostrado por qué luchaba. Pero cuando lo tuve aún no había conocido a Lóbrego ni a su ejército de licántropos. Esta parte de mi viaje era un misterio.

Cuando por fin me quedé dormido, las hojas se pusieron a decir una y otra vez «Tu lucha es la nuestra», hasta que esa frase se convirtió en una canción.

Y mis sueños fueron agradables y dormí con placidez.

Lóbrego y sus hombres nos iban a escoltar hasta que llegáramos a la granja que había visto en mi sueño lunar. Se la describí y él emitió un sonido parecido a un gruñido profundo con el que transmitió su agrado.

-Conozco esa granja -había dicho-. Está fuera de nuestro territorio, pero no lejos. Tenemos que cuidaros. Sois muy valientes. Y muy amables. Has elegido muy bien la familia.

-En realidad no la elegí -tuve que admitir-. Solo la vi en mi sueño lunar.

Lóbrego repitió el mismo gruñido de agrado. Es raro oír la risa de un Rey Licántropo. No se olvida nunca. Empieza como un rumor, pero profundo y lento. La constante vibración asciende de golpe y se corta con un ladrido agudo, para volver a iniciarse con su lenta cadencia.

Me pareció que daba casi miedo. En resumen, me gustaba una barbaridad.

—Insisto, has elegido muy bien al querer acabar tu viaje con esta familia —repitió Lóbrego cuando su risa se apagó.

—Ya te he dicho que no la he elegido...

—La bondad puede ser una brújula que no sabes que tienes —me dijo—. Ser humano para ti es algo nuevo. Has sido humano y bestia. Confía en mí, joven amigo, has elegido bien.

Viajamos aprisa por el Valle Licántropo y el bos-

que transilvano. Los hombres lobo caminaban a cuatro patas, igual que Lóbrego, y sus pasos apenas hacían ruido sobre la nieve blanda recién caída. Yo corría a su lado, maravillado por la elegancia sigilosa con la que avanzaban por el bosque como un torrente silencioso.

De vez en cuando, utilizaba a Twiner para subirme a alguna rama de árbol baja y poder seguir a los lobos desde arriba. Corría y me lanzaba de un árbol al siguiente. Era muy emocionante. Nunca me había sentido tan libre como en compañía de aquellos hombres lobo. Mi mente estaba en paz. Me convertí en un ser puro de acción y de instinto. Me olvidé de mi pasado y de mi futuro, me olvidé de las penas y del deber. Me olvidé de Sombra. No pensé más que en agarrarme a la siguiente rama y en seguir el ritmo de mis amigos, que corrían por el suelo.

Estuvimos así durante horas, pero yo perdi la noción del tiempo. No me había dado cuenta de que el sol se había puesto, de que la noche había llegado y de que con ella había empezado a caer una nieve densa. Entonces llegamos al límite de aquel bosque que parecía infinito. Los lobos aminoraron el paso y luego se detuvieron. Lóbrego se irguió sobre las patas traseras y señaló hacia un claro que había más adelante. A través de la nieve vi las luces de una casa. Las ventanas brillaban de calor. La casa parecía una minúscula nave de bienvenida en un mar blanco y mullido.

Mi corazón se iluminó.

¡Reconocí esos campos y la casa de mi sueño lunar!

Me bajé de las ramas de los árboles y aterricé junto a Lóbrego. Me sentí realmente triste de alejarme de su lado.

-Necesitarás un nuevo nombre para seguir con tu nueva vida -me dijo, y me di cuenta de que él nunca me había llamado de ninguna manera. Era como si Luz Nocturna jamás hubiera existido.

Me estrechó la mano. Era la primera vez que alguien me hacía eso. Me la estrechó del mismo modo que hacían los adultos que había visto, pero yo no era más que un chico. Me sonrió y volvió a hacer aquel gruñido tan divertido.

-Dentro de todo chico hay un hombre, y dentro de todo hombre está el recuerdo de un chico -dijo-. Ya va siendo hora de que crees los recuerdos que te sirvan de brújula.

Me soltó la mano y me dio un suave empujón hacia la casa. Bueno, suave para un rey licántropo. Fui hacia la casa con la que había soñado y donde vivía una familia y un chico llamado Jack cuya vida

yo había envidiado.

Los hombres lobo aullaron mientras me alejaba.
Me estaban diciendo adiós. Di los últimos pasos
de mi vieja vida por un campo cubierto de nieve
hasta que llegué al umbral de mi futuro.

Al acercarme a la casa, el único sonido que percibí
fue un golpeteo suave de millones de copos de nieve
del tamaño de plumas que caían al suelo. La nevada
era tan densa que mis huellas desaparecían casi en
cuanto las dejaba.

-Mi pasado está desapareciendo detrás de mí
-dijo a Twiner con aire distraído, aunque no me
contestó.

Al acercarme a la casa, oí a duras penas voces y
risas en el interior. Había visto a aquellas personas,
a aquella familia en mi sueño lunar, pero no tenía ni



idea de cómo sonaban sus voces. Pero me fue fácil distinguir a cada miembro de la familia: la madre, el padre, la hermana y el chico que había visto en mi sueño.

-Ya es hora de no ser más que un chico -le dije a Twiner-. De ser lo más humano que pueda. De no hacerme invisible. Nada de trucos...

-¿Y de que Twiner no sea más que un bastón?
-preguntó.

Asentí con solemnidad.

-A no ser que yo lo diga.

Hizo una pausa, como si estuviera pensando.

-Lo entiendo -dijo al fin.

Miré a través de una ventana que estaba prácticamente cubierta de escarcha. La nieve se acumulaba en los bordes del cristal y solo me dejaba ver a través de un espacio oval. Era como observar la

escena a través de un sueño, pero yo ya estaba allí de verdad. Lo único que me separaba de esa familia era la ventana, esa fina capa de cristal frío.

Estaban sentados a la mesa para cenar. En los platos casi no quedaba comida; así supe que habían acabado. Observé cómo hablaban. Parecían estar contentos en compañía unos de otros. Entonces el chico miró hacia la ventana. Sus ojos se detuvieron y se le abrieron mucho. Durante un breve instante, casi me hice invisible... De hecho, creo que casi lo fui, ya no estoy seguro. Quizá por eso había tanta sorpresa en la expresión de su rostro. Pero luego supe que no era invisible, porque me señaló y gritó:

-¡Mirad! ¡Hay un chico!

El resto de la familia se volvió y me vio.

Algunos momentos de la vida parecen prolongarse, hacerse más largos de lo que realmente son.

Ese momento en el que nos mirábamos unos a otros a través del cristal fue uno de ellos.

Ya podía intuir muchísimas cosas sobre esa familia. No estaban asustados por ver a un desconocido fuera de su casa. Estaban más bien preocupados, no por ellos mismos, sino por mí. Se pusieron de pie de un brinco y fueron hacia la puerta. El padre la abrió, pero fue la madre quien habló primero.

-Pobre chico, debes de estar helado -dijo.

-¡Pasa! -exclamó el padre-. Rápido, antes de que nos congelemos todos.

Creo que dudé, porque me agarraron y me metieron dentro.

-Está congelado -comentó la hija.

-¡Está tan helado que no puede hablar! -vociferó el chico.

Y entonces se pusieron a hacer muchas cosas a mi alrededor. Me quitaban la nieve de la ropa y del pelo. Dejé que el chico agarrara a Twiner. Y que la hija me quitara la capa.

-¡Rápido, madre, ponle un poco de sopa! -dijo el padre. Me sentaron y me pusieron un cuenco de sopa delante y una cuchara en la mano. Se quedaron a mi alrededor, expectantes. Yo los miraba y parpadeaba. Todavía estaba sorprendido de estar en su casa. Mi sueño lunar me había mostrado este momento y por fin se estaba haciendo realidad.

-¡Come! -dijeron todos, pero no podía dejar de mirarlos.

La madre se sentó a mi lado y me puso la mano en el hombro con suavidad. Se inclinó hacia mí, sin sacar sus amables ojos de los míos, y entonces me

habló con dulzura, como si estuviera tratando con un pájaro herido.

-Come -insistió.

Y empecé a comer.

Debía de estar muy hambriento. El cuenco se quedó vacío rápidamente, y entonces se quedaron mirándome.

-¿Cómo te llamas? -preguntó la madre con su voz cálida y tierna.

¿Cómo me llamaba? No sabía la respuesta.

-Somos la familia Ardelean. Yo soy Victor -dijo el padre con las palmas de las manos en el pecho. Luego señaló a los demás-. Esta es mi mujer, Irina. Mi hija Ana y mi hijo Jacklovich.

Como todavía no tenía un nombre con el que presentarme, Jacklovich dijo:

-Está tan helado que no se acuerda de su nombre.

En una cosa tenía razón: mi mente estaba helada. Habían pasado muchas cosas, muchísimas, y todas ellas me habían llevado hasta ese lugar y hasta esa gente. Guerras, batallas y victorias. Lunas a punto de ser destruidas. La Edad de Oro había muerto, pero yo estaba sentado en una sencilla cabaña de madera con una familia amable y generosa que quería que yo me calentara y comiera y que quería saber mi nombre. Y yo no sabía ni cómo me llamaba.

Recordé que Norte le había dicho a Bunny en una ocasión: «Amigo orejudo, piensas demasiado. Con las respuestas difíciles, o piensas mucho o no piensas nada».

Así que hablé.

-Me llamo Jack... Jack Escarcha.

Lo dije sin pensar. Sencillamente lo solté. Pero entendí, entonces, que tenía sentido.

-Jack -contestó el chico, maravillado-. Como Jacklovich. ¡Como yo!

De inmediato me dieron un pijama viejo que había sido de Victor, y la familia empezó el ritual de irse a la cama.

Nadie hizo preguntas sobre de dónde venía ni cuánto tiempo llevaba vagando. Quizá hubieran asumido que yo era un niño con mala suerte que había perdido a su familia. Con la emoción general de ser su invitado, se decidió que dormiría en un catre en el cuarto de los niños, lo cual me gustó mucho. Mientras me acostaba y me tapaba con las pesadas mantas que la madre me había traído, Jacklovich no dejaba de hablar.

-Nos lo vamos a pasar genial. Te vas a quedar con nosotros y vas a ser mi mejor amigo y vamos a correr grandes aventuras y...

Sus padres entraron.

-A callar, Jacklovich -dijo su padre-. Nuestro invitado estará cansado, igual que tú.

Debía de tener razón, porque el chico no dijo nada más. Entonces el padre y la madre le abrazaron, le dieron un beso y se aseguraron de que estaba bien arropado y tapado hasta la barbilla.

La escena removió mis recuerdos máspreciados de cuando era Luz Nocturna. El abrazo y el beso de buenas noches era igual que cuando la madre y el padre Lunanoff se despedían del príncipe bebé hacia muchísimo tiempo.

Entonces vinieron hacia mí. ¡Increíble! Primero, el padre me abrazó y me besó en la frente. Luego la madre hizo lo mismo.

-Ojalá te quedes mucho tiempo -dijo la madre, y luego los dos se fueron.

Durante los siglos que había durado mi vida, había visto muchísimas veces ese abrazo y ese beso de buenas noches, pero solo como espectador. Ninguna madre ni ningún padre me habían hecho eso a mí. Sabía de su poder: sabía que ese ritual era un gran protector durante su viaje a través de la noche. Pero nunca lo había experimentado.

Pero esa noche, sí.

La madre y el padre me habían invitado a su casa y, con aquel sencillo acto, habían hecho que sintiera algo que llevaba mucho tiempo deseando. Ya no era un protector, ni un guerrero, ni un Guardián.

Por primera vez, se ocupaban de mí, pero no eran amigos, ni colegas, ni magos, ni reyes de estrellas antiguas del cielo. Se ocupaban de mí unos seres más poderosos, a su modo, que todos los demás. Quienes cuidaban de mí eran una madre y un padre.

No hay cuidado más poderoso en todo el universo. Cuando por fin me quedé dormido, mi mente solo tenía un pensamiento: Soy Jack Escarcha y formo parte de algo.

No necesitaba soñar aquella noche. Mi sueño se había hecho realidad.

Los días que siguieron constituyeron un feliz régimen de tareas, juegos, comida, cuentos y sueño. Todas aquellas actividades estaban entrelazadas mediante dos elementos constantes: la amistad y la imaginación. Desde la primera mañana, Jacklovich, Ana y yo nos hicimos inseparables. Realizábamos cada actividad como una aventura que se ampliaba gracias a nuestra imaginación colectiva. Ordeñar una vaca en un establo helador se convertía en algo inolvidable porque lo transformábamos en una

experiencia épica en la que el establo era un castillo, la vaca una criatura mágica y la leche un elixir salvavidas. Ir del establo a la casa se convertía en un viaje en el que nos asediaba una serie siempre cambiante de monstruos, villanos, ejércitos y enemigos. A veces estábamos heridos, otras nos capturaban. En ocasiones a uno o a todos nos hacía falta que nos rescataran o que nos salvaran o que nos sacaran



milagrosamente del borde de la muerte. A veces uno de nosotros moría y los otros dos llorábamos con gran convicción. A veces nuestra pena era tan insopportable que nos dejábamos caer en la nieve hasta que nos aburriámos, y entonces, por alguna peculiaridad de nuestra propia lógica narrativa, volvíamos a la vida y empezábamos un nuevo drama con otros miedos y triunfos.

Durante siglos, había llevado una vida repleta de aventuras sin fin, y había soñado con la tranquilidad y la normalidad. Ahora mi vida era más tranquila, más normal de lo que podía imaginar, y cada instante que tenía lo pasaba inventando peligros y aventuras... Era maravilloso.

Jacklovich, Ana y yo experimentábamos la vida en nuestras ensoñaciones. Un tipo de unión especial se forma entre personas cuyas hazañas, azares y

escapadas son totalmente inventadas. No sabíamos cómo actuaríamos ante el peligro real, pero ¡ay de mí!, éramos valientes, abnegados y grandiosos en nuestras personalidades inventadas.

Recuerdo algo que Ombric decía a menudo: «Entender los juegos de la imaginación es conquistar todas las barreras del tiempo y del espacio». Y yo ya sabía a qué se refería. Jacklovich, Ana y yo seríamos amigos para siempre. Habíamos hecho ese juramento en un lago congelado que había en la parte más alejada de la granja. Era el lugar que más miedo nos daba de los que conocíamos, por lo que íbamos allí a menudo. Ningún adulto nos oía cuando estábamos en el centro del lago. Y allí el hielo era más fino. Mirábamos a través del agua helada y lechosa para ver la oscuridad del fondo del lago e imaginábamos nuestros terrores preferidos. Para Jacklovich, eran fantasmas, esqueletos

y vampiros. Para Ana, una serpiente marina. ¿Y para mí? Nunca, a mis amigos nunca les podría contar lo que más temía. Así que siempre me callaba y los hacia esperar hasta que no aguantaban mi silencio y acababan gritando, fingiendo miedo: «¡Un oso de peluche!» o «¡Siete gatitos sonrientes!», y se partían de risa.

Pero un día, estando allí, Jacklovich, sin otra razón que la sensación de que aquello era lo que debía hacer, dijo con gran solemnidad:

-Debemos jurar por lo que más nos asusta que seremos mejores amigos para siempre.

-Lo juro -dijimos Ana y yo.

-Y yo lo juro -afirmó Jacklovich.

-¿Qué pasa si rompemos la promesa? -preguntó Ana.

-Entonces lo que más miedo nos da vendrá a por nosotros -explicó Jacklovich-. Pero eso no ocu-

rrirá nunca —añadió.

Así de maravillosos y perfectos éramos en nuestros juegos imaginarios.

No teníamos ni idea de que fuerzas oscuras despiadadas e implacables nos oían.

Esa noche, cuando el señor y la señora Ardelean nos arroparon en la cama, me sentí más feliz que nunca. El padre Ardelean abrió las cortinas de tela gruesa de la única ventana del dormitorio.

—Esta noche hay luna llena —nos explicó—. Será vuestra luz nocturna.

La madre Ardelean nos recitó su poema de buenas noches. Lo hacía casi a diario. Su rítmica voz hacía que las palabras resultaran fuertes y auténticas.

Mientras duerme el mundo entero

cuida de estos pequeñuelos.

*Que sus miedos queden lejos,
que brillen mucho sus sueños
hasta el amanecer. Que las penas
y tristeza no se crucen nunca con ellos.*

Jacklovich y Ana siempre pronunciaban las palabras al mismo tiempo que ella, y esa noche lo hice también yo.

-Es la primera vez que Jack dice el poema de buenas noches con nosotros -observó Ana medio dormida.

-Lo sé -dijo la madre mientras besaba a Jacklovich y luego a Ana.

-Ahora es parte de la familia -dijo el padre, y luego su madre se inclinó a besarme a mí también.

Cerré los ojos. Mi viejo amigo de la Luna se había convertido en mi luz nocturna. Y yo era Jack



Escarcha de la familia Ardelean.

El invierno había sido largo, y la nieve nuestra aliada. Habíamos construido una especie de castillo en el lago, con sus murallas y hasta su torreón. La nieve fresca había aumentado la altura y el volumen de nuestra fortaleza, y el viento la había esculpido, dán-

dole curvas y puntas fantásticas. Me pregunté si no habría sido Emily Jane quien había echado una mano con el viento. No en vano, el fuerte me recordaba a la ciudad de Norte y a mis amigos los Guardianes.

Os echaba de menos a todos, pero sabía que estaba donde me correspondía: con mi familia, en mi vida infantil.

Jack hizo una pausa en su historia y miró a Katherine a través de su pelo revuelto.

Ella se dio cuenta de que para Jack era importante que ella entendiera esta parte. Asintió para tranquilizarle, y Jack pareció aliviado. Continuó con su relato.

A veces pasaba una semana sin tener ocasión de hablar con Twiner, aunque siempre me acompañaba. En las raras ocasiones en las que me quedaba

solo, hablábamos brevemente.

-Twiner, ¿sigues vivo?

-Por supuesto -respondía.

-Quería asegurarme -decía yo.

-¿Tú sigues vivo, Jack?

-Por supuesto.

-Quería asegurarme -murmuraba él.

Nunca se nos escapaba hablar ante los demás.

Nunca había revelado mis antiguos poderes, y Twiner, fiel a su palabra, había permanecido en silencio. Para mi familia, yo no era más que un chico corriente.

Pero los días habían empezado a hacerse más largos y la nieve caía con menos frecuencia. El hielo empezó a derretirse. Sabíamos que la primavera se acercaba y que los días en el fuerte pronto acabarían. Así que pasábamos allí todo el tiempo que

nos era posible.

Nuestro último día nos pareció de lo más ordinario. Lo cual tendría que haber sido una pista.

Las tareas en la granja en invierno eran ligeras, así que acabamos pronto y andamos hasta el fuerte después del almuerzo. El cielo se había oscurecido, y la esperanza de que cayera más nieve nos alegraba.

Quizá el fuerte durara más de lo que pensábamos.

Cuando llegamos, el viento empezó a arreciar. Ana corrió por delante de nosotros. Le gustaba izar nuestra bandera. Había una rama raquítica que nos servía de poste y de la cual colgábamos mi vieja camisa azul.

Había acabado por gustarme aquella bandera. Estaba rasgada y maltratada, pero habíamos puesto nuestros corazones en ella: le habíamos cosido figuras con hilo blanco por las mangas y el cuello.

Habíamos procurado que las figuras representaran copos de nieve, pero no se nos daba muy bien coser, así que al final no parecía nieve. Pero no importaba. Era nuestra bandera y sabíamos el aspecto que se suponía que debía tener.

Jacklovich y yo estábamos a unos veinte metros del castillo cuando Ana izó la bandera. Ondeó con la brisa, que se había vuelto constante. El fuerte tenía mejor aspecto que nunca, blanco y liso. Ana nos hizo señales con la mano.

-¡Daos prisa! -gritó-. ¡Ya es hora de zarpar!

Ahh. Ese día el fuerte iba a ser una embarcación. Me pregunté adónde nos llevarían nuestras mentes.

Ese sería el último pensamiento feliz que tendría durante mucho tiempo.

Al alzar el brazo para devolver el saludo de Ana, sentí el inconfundible dolor en la mano izquierda.



¡No! ¡No! ¡Aquí no! Pero era innegable: el dolor era tan repentino y agudo que hizo que me pusiera de rodillas.

-¿Estás bien? -preguntó Jacklovich, corriendo hacia mí.

No hubo tiempo de responder. El viento se convirtió en ventisca. Comprendí enseguida que Emily Jane intentaba avisarme. Entonces oímos aullidos de lobos. Jacklovich miró a su alrededor, alarmado.

-Vienen a ayudarnos -le dije cuando se inclinó para que me apoyara en él al ponerme en pie.

-¿Ayudarnos? ¿Por qué?

El viento levantó nieve suelta que había sobre la superficie dura del lago. Entonces el hielo a nuestro alrededor empezó a crujir y a gemir. Comenzaron a aparecer grietas delgadas, finas como un pelo, que emitían un sonido extraño y vibrante, como si la

cuerda de un arpa kilométrica se hubiera roto.

-¡Corre! -exclamé-. ¡Ve con Ana!

La nieve en el aire añadió una bruma peculiar al miedo que comenzaba a difundirse. El hielo emitió un quejido enorme y de pronto empezó a resquebrajarse, formando un camino que se dirigía directamente a nosotros. Pero yo sabía que esta fuerza venía solo a por mí.

-¡Ve al fuerte, ahora! -grité a Jacklovich.

Eché a correr hacia el fuerte, pero agarrándome y tirando de mí. Intenté liberarme. Para ponerle a salvo, tenía que alejarme de él, pero la cosa que había bajo el hielo venía demasiado rápido.

-Twiner, sácanos de aquí -susurré de modo apresurado. El bastón respondió de inmediato. Cuando el hielo se deshizo debajo de nosotros, Twiner se alargó hasta convertirse en un poste y se dobló para

ponernos a salvo en el fuerte de nieve.

Pero no antes de que viéramos a la horripilante criatura que había roto el hielo. Era larga y de aspecto repugnante: la encarnación de una pesadilla.

-La serpiente Lermontoff -dije en voz alta.

-Tendría que haber sabido que era anfibio -observó Twiner.

Jacklovich y Ana me estaban mirando sin soltar ni una palabra, agarrados entre sí.

-Hay mucho que explicar, pero poco tiempo -les dije, procurando que mi voz sonara tranquila para no asustarlos todavía más-. Haced lo que os diga y quizás podamos salvarnos.

Asintieron con la cabeza, pero la situación se estaba complicando más de lo que me imaginaba.

Una ráfaga de viento alzó la capa de nieve que cubría el hielo y pudimos ver a través de su superficie

cie con facilidad. Lo que vimos era horrible. Cientos de siluetas oscuras de tamaño humano corrían amenazadoramente bajo el hielo, rodeando no solo el fuerte, sino también cualquier camino que nos llevara a tierra firme. Mientras, la serpiente había dado un rodeo y nadaba de nuevo hacia nosotros.

-¿Son estas las cosas que más temes, Jack? -preguntó Ana con cuidado.

-Sí, Ana -admití.

Me di cuenta de que nunca me había parado a pensar lo que estas criaturas podrían hacer a Jacklovich y a Ana.

Entonces Ana gritó:

-¡Mirad por allí!

Del límite entre el bosque y el lago venían corriendo licántropos que se dirigían hacia noso-

etros por el hielo, aullando como locos.

-Son amigos, os lo prometo -les dije para tranquilizarlos-. Tenéis que ir con ellos. Los dos.

-¿Y tú qué? -preguntó Jacklovich con la voz vacilante.

Las figuras sombrías nos rodeaban con actividad frenética bajo el hielo a nuestros pies. Hicieron un ruido horrible, como si rasparan... ¡Intentaban romper el hielo! Lo lograrían en cuestión de segundos. Tenía que alejar la batalla que se avecinaba para salvar a Jacklovich y a Ana.

Empujé a mis amigos para que subieran a la pequeña torre de nieve e hice un gesto al hombre lobo que conducía a la manada. Era Lóbrego, de eso estaba seguro. Volví a hacerle señas, después dirigí su atención a mi hermano y hermana adoptivos. Sabía que me entendería.

No tuve ni siquiera tiempo de darles un abrazo de despedida. Con Twiner en la mano, salté de la torre hacia el camino de la serpiente. Durante los meses precedentes no había utilizado mis viejos poderes. Los había enterrado en el lugar más recóndito de mi mente, en un lugar de recuerdos antiguos, así que no tenía ni idea de si seguirían intactos. Pero volvieron como una marea. Llenos de furia.

Golpeeé con la punta de Twiner en el hielo para anunciar mi regreso, para que mis enemigos supieran que su día no iba a ser fácil. El hielo a mi alrededor se pulverizó en un millón de fragmentos con forma de flecha que se lanzaron contra la serpiente.

La criatura quebró el hielo y luego se hundió hasta donde mis flechas no podrían hacerle ningún daño. Aunque me dio la oportunidad de apuntar con Twiner. Pero, para mi sorpresa, la serpiente no volvió a

emergió. Cambió de rumbo y se dirigió al fuerte de nieve. Entonces me di cuenta, cada vez más estupefacto, de que los hombres de las pesadillas tampoco me habían seguido, sino que estaban rompiendo el hielo alrededor de la construcción de nieve. Lóbrego y sus hombres lobo galoparon a toda velocidad y formaron un círculo denso alrededor de Jacklovich y Ana, pero no eran rivales a la altura de la veloz serpiente, que podía hundir el fuerte por completo.

Concentré todo mi poder en volar con los vientos de Emily Jane. Tenía que conseguirlo DE INMEDIATO. Emily Jane no me falló.

-¿Por qué ataca a los niños en vez de a mí? -le pregunté a Twiner mientras sobrevolaba el lago tan veloz como la luz.

-Lo que pienso -dijo Twiner mientras se transformaba en un arpón largo- es demasiado terrible.

Cuando aterrizamos en la torre de nieve, me volví hacia Jacklovich y Ana, que parecían muy asustados. Solo disponíamos de unos pocos segundos.

-Soy vuestro hermano y vuestro amigo. Para siempre. -Los abracé rápidamente.

Después le hice una señal a Lóbrego. Se puso a los niños sobre el lomo y la manada entera de licántropos saltó del fuerte y corrió hacia la orilla del lago justo cuando una esquina de la construcción se hundía a través del hielo roto. Los ojos de los hombres de las pesadillas brillaban rojos de furia. Uno de ellos chilló:

-¡Sombra te dejará vivir, pero matará a todos los que te importan!

Se me heló la sangre. Esa era la verdad que Twiner no quería pronunciar. Ahora que estaba unido a

Sombra, él sabía, sentía y podía rastrear a cualquiera que creara un vínculo duradero conmigo, y mandaría a sus hombres de las pesadillas a matarlos.

Mientras las pesadillas se lanzaban a la caza de Lóbrego y los niños, la serpiente atravesó el resquebrajado hielo bajo el fuerte y se alzó sobre mí. Sus fauces estaban abiertas de par en par y cayeron en mi busca. Un vistazo rápido me confirmó que los licántropos y los niños habían alcanzado la seguridad de la orilla del lago y se estaban adentrando en el bosque. Así pues, golpee el hielo con Twiner, esta vez con tanta fuerza que todo lo que estaba helado se rompió. El número de flechas de hielo era diez veces mayor de lo que se necesitaba para diezmar a los hombres de las pesadillas y a la serpiente, pero para mí no eran suficientes. Quería que Sombra sintiera esta pérdida. Lancé

las flechas para hacer trizas a sus hombres y cubrí cada centímetro de su serpiente con heridas lo bastante profundas como para lastimarla, pero no lo suficiente para matar. Mientras la criatura se hundía en las mismas aguas que se habían tragado mi fuerte de nieve, me dejé atrapar por sus fauces. Entonces, saqué la daga diamantina que llevaba oculta en el abrigo y acabé con la serpiente. Me dejé hundir con ella en la oscuridad y la soledad del fondo del lago.

Porque sabía que tenía que hacerlo.

Allí me quedaría. Lejos de todo y de todos.

Sombra debería creerme muerto para no hacer daño a ninguno de mis seres queridos.

No podía sentir nada. No tenía que ser nada.

Me haría invisible.

Desaparecería. Sin dejar rastro.

Rescaté algo del fuerte mientras este se hundía.
Mi camiseta azul, nuestra bandera. La sostuve con
fuerza en la mano.

Permanecí allí cien años. Durante casi todo este tiempo no tuve ningún pensamiento, me obligué a no recordar ni un instante ni a experimentar ninguna emoción. No dejaría ninguna miga que Sombra pudiera seguir. Sentí tu dolor por mi ausencia, Katherine, pero no podía dejar que eso entrara en mi corazón. Porque Sombra lo habría sabido y habría ido a por ti. Con el tiempo, borré mis recuerdos. Se me olvidó mi vida entera. No recordaba a Sombra. Era un libro con las páginas vacías. Fue entonces cuando regresé al mundo. Sabía que era diferente. Sabía que tenía poderes. Twiner me ocultaba mi pasado, pero en la camiseta había tres nombres bordados: JACKLOVICH, ANA y



JACK ESCARCHA.

Me apropié del nombre, que me pareció adecuado, y empecé mi viaje. Fue años antes de recordaros a vosotros. Eso ocurrió la última noche en Londres, con otra guerra de nieve, cuando los hombres de las pesadillas volvieron a encontrarme. Entonces lo recordé todo. Supe que algún día tendría que utilizar la daga diamantina para enfrentarme a Sombra.



Cuando Pica El Gusanillo

CASI HABÍA AMANECIDO cuando Jack terminó de contarle a Katherine su historia. El fuego había pasado de ascuas a ceniza, y la estancia estaba casi a oscuras.

Ella dirigió la mirada a la mano izquierda de Jack, haciendo un mueca al ver la cicatriz negra que tenía. Era muy profunda. Alargó la mano y la puso en la palma de él. Lentamente, los dedos de Jack se soltaron y se entrelazaron con los de ella. Permanecieron allí sentados juntos un rato. Las cosas que podían haberse dicho quedaron sin pronunciar. Ahora ella

entendía mucho más. Para salvar a su familia, para salvarla a ella, para salvar a todos sus seres queridos, Jack había tenido que desaparecer. Hacerse el muerto. Pero había vuelto. Hacía años que Sombra mantenía las distancias. Aunque Katherine notaba que incluso eso había cambiado. Y que Jack estaba preparado.

—Sabes cómo acabar con esto, ¿verdad? —le preguntó.

Jack la miró y asintió con la cabeza.

—Sus lágrimas —dijo él, y sacó la extraordinaria daga diamantina de su cinturón y se la mostró.

Katherine había visto la primera daga diamantina, la que había hecho siendo Luz Nocturna. La había fabricado a partir de las lágrimas de HoLu cuando era un bebé y de las de los niños de Santoff Claussen.

Incluso contenía las de Katherine. La habilidad de Jack para tomar las tristezas de otros y forjarlas en forma de arma de protección siempre la había maravillado. Pero esta arma era diferente. Provenía de otro tipo de dolor. No de la tristeza de la inocencia. Esta daga había nacido de un dolor mucho más lúgubre. Provenía de la pérdida, de la rabia y del odio. Reflejaba la luz en su diamantino prisma, pero también la oscuridad, la negrura, las sombras, y era una visión terrible.

—Durante años he tenido que alejarme —le dijo Jack—. No podía estar cerca de nadie mucho tiempo. La guerra de Sombra contra mi corazón era un peligro para todos. Que me importarais era una sentencia de muerte.

Entonces hizo una pregunta sorprendente:

—¿Recuerdas las joyas del uniforme de Luz Nocturna?

Katherine asintió de un modo enfático.

—Sí. ¡Guardé hasta la última!

Antes de que Jack pudiera explicarse más, se alzó un gran alboroto al otro lado de las puertas de la biblioteca. Se oyeron gritos y golpes, y después el sonido de la alarma general. Se volvieron hacia las puertas. Jack parecía mantener la calma, pero de pronto la estancia se volvió fría como el hielo.

—¿Las tienes contigo? —preguntó a Katherine con la misma tranquilidad con que le estaría pidiendo un pañuelo. Ella se sacó una cadena de debajo de la blusa. Llevaba atada una bolsita de terciopelo que le había regalado HoLu.

—Siempre las llevo —respondió ella.

Jack alargó una mano sin quitar los ojos de la puerta.

—¿Me permites?

El ruido de fuera se hizo más violento. Katherine dejó caer las joyas en la expectante palma de la mano de Jack. Este las deslizó con el pulgar y las engastó una a una en el mango de la daga. Encajaban a la perfección.

—Bien. Todavía me acordaba de su medida —dijo aliviado—. La daga está terminada. Veamos qué está ocurriendo ahí fuera.

Apuntó con Twiner hacia las puertas, que se abrieron de par en par al momento. Para su sorpresa, los guardias cuenturcos de Katherine estaban luchando contra una agitada horda de monos guerreros. Katherine no había visto a esos animales desde la batalla de Punjam Hy Loo, cuando Toothiana se unió a los Guardianes.

—¡Usad las palabras de batalla! —ordenó Katherine a los guardias. Los cuenturcos parecieron jubilosos y obedecieron de inmediato, gritando en rápida sucesión:

-¡Zud!

-¡Crack!

-¡Smack!

-¡Splat!

Todos los monos de la entrada cayeron bajo la onomatopéyica fuerza de las palabras. Jack hizo un gesto con la cabeza mientras sonreía.

-Ese truco es buenísimo -le dijo a Katherine mientras corrían escaleras abajo hacia la siguiente estancia donde resonaba la batalla-. Ojalá supiera hacerlo.

-Tienes que leer más -le respondió ella con malicia.

-He estado ocupado haciendo esta daga -replicó él cuando se enfrentaron a otro enjambre de monos.

Moviendo a Twiner rápidamente, Jack los congeló, y se hicieron añicos en el suelo. Katherine y él avanzaron hasta el balcón principal que miraba desde lo

alto a toda la isla de Ansárida. Desde allí vieron que estaban atacando todo el islote.

—Nunca me han gustado esos monos —dijo Katherine.

—A Norte también le disgustaba luchar contra ellos —dijo Jack—. Decía que con los humanos podías anticiparte a sus movimientos, pero que los monos estaban completamente locos.

—Gracias por el cumplido —dijo una voz suave desde arriba.

Se dieron la vuelta. Reconocieron la voz, pero no a la criatura de la que provenía. Pabilo Iddock de las Muchas Piernas estaba justo sobre ellos, en una de las muchas ramas gigantes que se enredaban alrededor de Ansárida. Lo acompañaba Sosín, el niño gusano. Había grupos de monos acuclillados en cada rama y cada porción de tejado, preparados para saltar al ataque.

—La lógica simiesca sí tiene sus ventajas —dijo Iddock, asomando la cola por la parte trasera de su elegante abrigo. Se enroscaba y ensortijaba mientras los miraba desde arriba.

—El Rey Mono ha vuelto —dijo Jack con una carcajada—. Recuerdo tu voz. Luché contra ti y tu ejército en Punjam Hy Loo. Has cambiado, majestad.

—Sí —afirmó Iddock, retorciéndose el bigote que le salía del rostro humanoide—. Ha habido mejoras.

—Después se miró las muchas piernas—. Y complicaciones.

Sosín se rio a su manera infantil de gusano y se ganó una mirada de hastío de su compinche.

Iddock prosiguió:

—Sombra es un... empleador «imaginativo».

—Es una forma de verlo... —concedió Jack—. Al menos estás más cerca de ser humano. El chico gusano,

en cambio, tiene mucho camino por delante para volver a ser lo que quiera que haya sido.

—Me gusta ser un gusano —dijo Sosín con el ceño fruncido, mostrando cierta confusión—. Sosín buen gusano.

Antes de que Jack y Katherine pudieran reprimir la risa, Sosín blandió un palito que parecía un lápiz y empezó a trazar formas en el aire. Un hilo de seda surgió de los trazos, y unas siluetas de mariposas y unicornios empezaron a aparecer suspendidas en el aire. El efecto era encantador. Sosín sonrió a Jack y a Katherine. Asombrados, los dos le devolvieron la sonrisa. Entonces Sosín se inclinó hacia delante, hinchó sus mejillas y sopló. Los dibujos de seda flotaron suavemente hacia ellos. Katherine alargó la mano para tocar un unicornio.

Twiner se agitó en la mano de Jack. Este entendió de inmediato lo que ocurría: había presentido algo

siniestro ocultándose en tal extravagancia de figuras sedosas. Con el bastón, Jack evitó que los dedos de Katherine tocaran aquella forma.

De repente hubo una explosión y un chisporroteo de humo. Los dibujos de seda eran como hilos de ácido. Una sonrisa sosa apareció en el rostro de Sosín, que rio.

—Lo siento —dijo Iddock—, pero tenemos órdenes.

—Llegáis algo tarde —explicó Jack con ligereza.

Sacó la daga diamantina del bolsillo y la sostuvo con el mango hacia Iddock. Ahora era el turno de Iddock y de Sosín de mostrar sorpresa. Los dos vacilaron.

—Sé que Sombra lleva leyendo mis pensamientos desde que tengo esta cicatriz. —Jack mostró la antigua herida—. También sé que ha intentado evitar que terminara esta daga. Y sabéis por qué.

Le dio la vuelta al arma y la sostuvo por el mango recién enjoadado con su mano buena, después alargó

la mano con cicatriz para que todos la vieran bien. Katherine miró a Jack con inquietud. Su único movimiento fue sostener con más fuerza la daga.

Entonces, de un solo golpe muy rápido, se cortó a lo largo de la cicatriz. Apretó el filo de la daga en el corte. Un fino hilo de sangre negra goteó de la herida.

Incluso los monos se encogieron ante lo que veían. La batalla de abajo cesó. Pabilo Iddock, Sosín y todos los monos de su ejército se llevaron la mano al corazón. La teoría de Jack –la que había aprendido a guardar encerrada en la parte más secreta de su mente y de su memoria– era correcta. Todas las criaturas de Sombra estaban conectadas a su negro corazón. Esta daga, hecha de las lágrimas de Sombra, podía hacer daño a su corazón como ninguna arma jamás forjada... Y, si Sombra sentía este dolor, también lo notarían todos sus secuaces.

—Por mucho que os duela, a Sombra le hace mil

veces más daño—dijo Jack con voz tranquila y firme. El suelo empezó a temblar bajo sus pies. Era como si la Tierra entera se estuviera estremeciendo—. Ese es vuestro amo —prosiguió Jack, dirigiéndose a Iddock y a Sosín—. Está muy enfadado.

El chico secó el filo del arma en la mano. El temblor cesó. Iddock y Sosín dejaron de tocarse el pecho. El ejército de monos se relajó un poquito. De nuevo, Jack le dio la vuelta al arma y le ofreció el mango a Iddock.
—Tómala —le dijo con mucha educación—. Tu amo estará de lo más complacido. Es lo único que puede matarle. Seguro que no quiere que yo la tenga. Podría hacerle gritar de agonía cuando me diera la gana. Siempre.

Jack seguía ofreciéndole la daga a Iddock.

—Intenta ser más hombre y menos mono, aunque sea por una vez.

Iddock se puso rojo de rabia al oír aquel insulto, pero también estaba muy tentado por su ofrecimiento. Alargó la mano, luego dudó.

—Sosín, querido amigo —le dijo al chico gusano—. Haz los honores. ¡Adelante!

Sosín estaba encantado. Meneaba todos los dedos de emoción. Se descolgó mediante un hilo de seda y alargó la mano para tomar la daga. Tras un momento de feliz agitación, agarró el mango.

La explosión que siguió fue instantánea. La daga dio una vuelta en el aire y, al caer, Jack la recogió con la naturalidad de quien tira una moneda al aire. Cuando el humo se hubo disipado, lo único que quedaba del gusano era un montón de ropa chamuscada, y, casi imperceptible en el ala de su sombrero todavía humeante, había una cosa..., algo muy pequeño de color crema que se retorcía.

—Es una... larva —murmuró Katherine.

—Es un gusano —clarificó Iddock.

—Por supuesto que sí —confirmó Jack.

Iddock lanzó a Jack una mirada escrutadora.

—Supongo que tú eres el único que puede sostener la daga.

—En este mundo y en cualquier otro —dijo Jack—. Soy el único que puede sostenerla o usarla. Y eso mismo me propongo hacer.

Saltó a una rama y agarró a Iddock de la solapa de su abrigo. Tenía la cara a unos centímetros de la del hombre mono, y habló muy rápido y casi en un susurro:

—He luchado contra tu amo durante más siglos de los que podrías contar. Le he visto destruir galaxias, mundos, civilizaciones, familias y amigos. Nos ha perseguido a mis seres queridos y a mí a través de los

mares y a través del tiempo. Pero estoy harto. Voy a volver al sitio donde me dijeron que no lograría librarme de él. Él sabe dónde digo. Puede traer todos sus ejércitos, todo aquello que reptá, anda o vuela. Estaré allí esperándole.

Jack llevó la punta de la daga a milímetros de la nariz de Iddock. El hombre mono se apartó lo mejor que pudo. Jack le soltó la solapa e Iddock casi se cayó de la rama del árbol.

Jack saltó de la rama con su habitual elegancia y estilo personal.

—¿Katherine? —dijo, uniéndose a ella y a la tropa de cuenturcos que se había reunido a su alrededor.

—Dime, Jack.

—¿Crees que tus hombres podrían poner en camino a estos dos caballeros?

—¿Hasta dónde?

-¿Al otro lado del mundo?

Katherine asintió. Al igual que Jack, sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Dio a sus hombres una única y tajante orden:

-¡Palabras de batalla, a toda fuerza!

Al unísono, los cuenturcos gritaron dos sílabas muy diferenciadas con toda su fuerza vocal:

-iiiKAAAAAAAABUUUUUUUUUM!!!

Con una explosión, Pabilo Iddock, el minúsculo gusano en el que se había convertido Sosín y todo su ejército de monos desaparecieron por el cielo de la tarde. Jack se metió la daga diamantina en el cinturón y miró al espacio vacío donde su enemigo había estado.

-Ese truco es buenísimo —murmuró.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jack Echa A Volar; Sombra
Se Echa A Temblar

SOMBRA HABÍA OÍDO todo lo que habían dicho y pensado Katherine y Jack. Llevaba años concentrando su pensamiento en su unión de sangre con Jack. El chico, ese maldito chico, había mostrado compasión al detener la espada de Norte al final de la Noche Brillante. Y, desde entonces, Sombra había usado su unión, la había cultivado hasta llegar a sentir y experimentar todas las emociones de Jack. Pero el chico había sido muy listo. Sí. Sombra le había dado por muerto en las heladas aguas del lago. Tampoco notó su regreso hasta que Jack se puso a hacer amigos en Londres. Y, desde

entonces, Jack se había esforzado por mantener sus planes en secreto. Pero ahora le había contado intencionadamente todo a Sombra: que había completado la daga y que entendía su poder. Y se aseguró de que Sombra supiera que estaba dispuesto a usarla.

La furia de Sombra se notó en Santoff Claussen. Incluso Madre Naturaleza estaba preocupada por el temblor que emanaba de debajo de la población. Todas las criaturas, humanas o no humanas, se habían reunido y estaban dispuestas a luchar contra Sombra si este intentaba escapar. Pero entonces las vibraciones y los temblores pararon tan rápido como habían empezado. El repentino silencio era aún más aterrador. Emily Jane se alzó sobre la rama más alta de la Gran Raíz y prestó mucha atención al viento y a las hojas. La Mitosfera estaba activa. Y le sorprendió lo que oyó.



Un guerrero de las naciones feéricas

—Hemos de dar un paso atrás —les dijo a los vecinos, que estaban igual de atónitos que ella—. Hemos de... liberar a Sombra.

—¿Por orden de quién? —preguntó el Ánima del Bosque, tan agitada que a duras penas podía mantener los pies en la tierra.

—De Jack Escarcha en persona —respondió Madre Naturaleza. Estaba de lo más desconcertada, pero su fe en Jack era aún mayor, así que prosiguió—: Además, tú y yo debemos pedir a las naciones feéricas que nos acompañen a escoltar a mi padre y a sus ejércitos a un castillo en Transilvania.

—Suena terriblemente peligroso —contestó el Ánima del Bosque con los ojos brillantes. Le gustaban las batallas, principalmente cuando se solicitaba a las naciones feéricas que abandonaran sus bosques y que se unieran a la lucha—. Los pueblos pequeños

cumplirán gustosos con su parte –le aseguró a Emily Jane.

Ondeó los brazos hacia el cielo, que ya estaba llenándose de innumerables hojas, cada una guiada por tropas de Gentes de las Hojas, los guerreros más feroces de los pueblos feéricos.

Emily Jane deseó que el Ánima y las hadas fueran capaces de mantener a su padre a raya, y, si sabía lo que Jack tenía planeado, no lo dejó entrever. No estaba actuando como la hija de Sombra, sino como Madre Naturaleza, que haría lo que hiciera falta para proteger al mundo y a sus niños.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Uno Para Todos y Todos Contra Uno

MIENTRAS TANTO, NORTE, BUNNY, TOOTHIANA Y SANDY se habían reunido apresuradamente en lo alto del mundo para discutir sobre aquellos inquietantes acontecimientos. Todos habían oído los relatos que Katherine y Jack se habían contado.

—¿Qué se cree que está haciendo el muchacho ese? —bramó Norte—. ¿Liberar a Sombra con su ejército? ¡Y mandarnos a Transilvania, como si no hubiera un lugar peor!

—Es una elección curiosa —admitió Bunny. Estaba tan concentrado que enredaba y desenredaba sus ore-

jas-. Pero estoy seguro de que Jack ha ideado algún tipo de plan.

Toothiana frotó su collar de rubí.

—Siempre le hemos subestimado —dijo pensativa—. Y, nos guste o no, nunca le hemos entendido. Todos los años que ha mantenido las distancias... era para que estuviéramos a salvo.

Sandy asintió, y su arena de los sueños se le arremolinó perezosamente alrededor de la cabeza.

—¿Qué creéis que le dijo Ombric el día de Navidad? —preguntó Norte.

—Quizá nunca lleguemos a saberlo —respondió Bunny—. Y no creo que importe.

Pero se quedaron allí sentados, pensando. Había demasiadas incertidumbres. Todo lo que habían intentado conseguir durante siglos parecía estar en una balanza que basculaba de forma desenfrenada.

—Según mi experiencia, conocer los pormenores de un misterio es menos importante que cómo se desarrollan al final los acontecimientos —añadió Bunny con tono filosófico.

Norte se volvió y miró al Pooka.

—Bunny.

—Dime, Norte.

—¿Eres la criatura más vieja de esta sala?

—Oh, por supuesto —respondió—. Me atrevería a decir que soy la más antigua del universo conocido.

Norte alargó los brazos y desenredó las orejas del conejo.

—Nunca en la vida habías dicho nada tan impróprio de un conejo.

—¡Gracias! —respondió Bunny.

Norte volvió a enroscar las orejas de su amigo con un airado movimiento de su muñeca.

-¡Lo que dice el viejo saltarín es cierto! -exclamó Norte-. ¡Sabemos quién es nuestro enemigo y sabemos dónde luchar contra él! ¡Vamos allá!

Se alzaron de sus sillas y, sintiéndose galvanizados, casi alegres, emprendieron su viaje para enfrentarse a viejos enemigos y ayudar a los buenos amigos.

-Justo lo que prescribió el doctor proverbial -dijo Bunny.

Y el Pooka volvía a tener razón.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La Luna Está Llena

ENTRETANTO, EL HOMBRE de la Luna permaneció solo, mirando la hermosa estancia en la que antiguamente había estado su cuna. Nada había cambiado desde aquellos días lejanos, así que era como dar marcha atrás en el tiempo. HoLu recordaba todo su pasado, lo cual era un tesoro dulce y amargo a la vez. La alegría y la tristeza tenían el mismo peso en su recuerdo. Pero en su memoria, los días y noches que había pasado en esa estancia eran casi todos felices. Los abrazos y los besos de buenas noches de su madre y de su padre, después la vigilancia perpetua de Luz

Nocturna, su arena de los sueños y sus canciones de buenas noches. Luz Nocturna. Su primer amigo. Su amigo más antiguo. Su amigo había cambiado mucho, tanto en nombre como en apariencia, pero una cosa había quedado inmutable: se llamara Luz Nocturna o Jack Escarcha, era el chico más valiente que había existido.

HoLu no tenía espacio para las preocupaciones. Sabía que la luna estaría llena y brillante durante la noche en la que su amigo más le necesitaría.



Entre el Tic y el Tac

POR SU PARTE, OMBRIC todavía estaba recuperando sus fuerzas mientras se representaba la tragedia que él mismo había puesto en marcha. Como era el Padre Tiempo, estaba en todas partes y en ninguna. Estaba en el espacio entre el tic y el tac. Un lugar donde los acontecimientos habían empezado, pero estaban sin terminar. Era un lugar de paz. Nada se movía ni hacía ruido. No se oía ni siquiera el canto de un pájaro. La gota de lluvia esperaba para caer. El rayo no acababa de rasgar el cielo. Pero Ombric estaba seguro de que, cuando llegara el momento, Jack Escarcha daría lo mejor de sí mismo. Y eso era todo lo que el gran mago podía esperar.

Como Un Elefante Que Pisa Una Pulga

LA RABIA DE UN ADULTO al que le ha superado el ingenio de alguien más joven es diferente a cualquier otra rabia experimentada por los mayores. Es una rabia amarga. Está generosamente especiada con indignación y agravio. Sombra sentía todas estas variaciones de la ira. Las sentía de un modo extremo. Las sentía en las profundidades de su alma oscura y peligrosa.

Pero guardaba silencio.

Mientras su tumba de ébano se deshacía y poco a poco se transformaba en su ejército de pesadillas, se quedó erguido pero sin decir palabra. Su hija le saludó con frialdad.

—Sígueme. Dile a tu ejército que haga lo que yo digo o sufriréis las consecuencias.

Con el movimiento de cabeza más leve, Sombra asintió. Su ejército se puso en fila detrás de él y todos siguieron a Emily Jane, que los condujo a través del túnel negro y reluciente de materia oscura hacia la superficie de la Tierra. Sombra tenía una mano en el pecho, sobre la herida que Norte le había infligido y que tenía que haberle matado. El dolor que le había producido la demostración de Jack Escarcha con la daga todavía irradiaba en torno a su corazón. Sombra bullía de odio silencioso. Había sido muy paciente. Había planeado su escapatoria y su venganza a conciencia. ¿Para qué? Para ser humillado por completo a manos de un chico eterno.

Qué listo ha sido, pensaba furioso. Eliminó su memoria y todo lo que pudiera ayudarme. Solo me dejaba oír

indicaciones para confundirme. Sus verdaderos planes estaban ocultos incluso para sí mismo.

Cuando Emily Jane los acompañó fuera del túnel, Sombra observó la magnitud del creciente poder de Jack y los Guardianes. Millones de hojas dirigidas por guerreros de los árboles se agitaban por encima de Santoff Claussen. Las hojas volaban en espiral, formando un túnel hacia el cielo que parecía infinito. Aunque era casi medianoche, el cielo sin nubes brillaba con las olas de una luz parecida a la aurora boreal.

La Mitosfera de Mamá Ganso, supongo. Sombra achinó los ojos. Aunque aquel despliegue pretendía evitar que Sombra escapara, tuvo además el efecto de degradarle.

Entonces vio a los ciudadanos de Santoff Claussen. Los había aterrorizado desde hacía generaciones, pero no vio ni rastro de miedo en sus caras, ya



fueran hombres, mujeres, niños, ardillas o insectos.
Por primera vez en siglos, Sombra sintió durante un
instante un atisbo de miedo.

Aplastó aquel sentimiento como un elefante que pisa una pulga.

Con el viento a sus órdenes, Emily Jane envió a su padre y a su ejército volando a través del túnel de guerreros de las hojas hacia Transilvania. Los siguió de cerca, llena de esperanza por primera vez desde hacía mucho, mucho tiempo. Confiaba en Jack, no solo para proteger a los niños de la Tierra, sino también para devolver a su padre a una vida que no proyectara oscuridad en el mundo.

Pero su padre tenía una última carta en la baraja, algo que Jack había revelado en su larga historia a Katherine y que Sombra creía que le permitiría pillar a Escarcha totalmente desprevenido.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La Mayor Fuerza

JACK LES EXPLICÓ SUS OBJETIVOS en términos muy sencillos a los Guardianes y a Lóbrego. Había reunido a sus amigos en la torre más alta del castillo del Rey Licántropo.

Jack alzó su daga.

—Sombra viene a destruirme, a inutilizar esta daga y después a destruirnos a todos.

Norte miró a Toothiana, ella miró a Sandy, él miró a Bunny, el conejo miró a Katherine y ella devolvió la mirada a Norte. Ninguno salvo Katherine había visto la forma final de aquella arma, y estaban asombrados por su brillo siniestro.

—Durante estos años de confinamiento, su odio se ha vuelto aún más fuerte. Incluso nuestras reliquias combinadas no podrían destruirle —explicó Jack—. Pero esta daga... Esta daga acabará con él.

—¿Cómo? —preguntó Norte.

—Está hecha de su pena —aclaró Jack—. Y su tristeza es lo que alimenta su odio.

Jack puso el arma en la enorme mesa de comedor de Lóbrego. El filo empezó a temblar; después una fuerza invisible la movió y su punta giró hasta señalar directamente al sur.

—Siempre señala a Sombra. A su corazón lleno de odio —dijo Jack—. Katherine, busca la brújula que te dio Norte y dime hacia dónde apunta.

Katherine estaba sorprendida, pero sacó la hermosa brújula del bolsillo de su falda. La llevaba consigo desde que Norte se la había dado, cuando ella

no era más que una niña. Siempre señalaba hacia el propio Norte, para que ella pudiera encontrarle en cualquier momento. Norte sonrió al ver aquel antiguo obsequio. Pero la sonrisa pronto se transformó en un ceño fruncido.

La aguja de la brújula no le señalaba a él, sino hacia el sur.

—Su odio se ha vuelto tan poderoso que puede afectar incluso al objeto más puro —dijo Jack con tristeza. Hizo una pausa y dejó que su afirmación resonara en cada uno de ellos. Entendieron lo que quería decir sin necesidad de explicaciones.

»No puedo contaros mi plan, solo mi objetivo —les dijo entonces, y su voz hizo eco desde la torre hasta el valle y el bosque que había más abajo. Inspiró profundamente antes de continuar—. Hay que detener a



Sombra. —Su voz tenía una seguridad que hizo que los demás Guardianes miraran a Jack de nuevo. El chico guardó la daga.

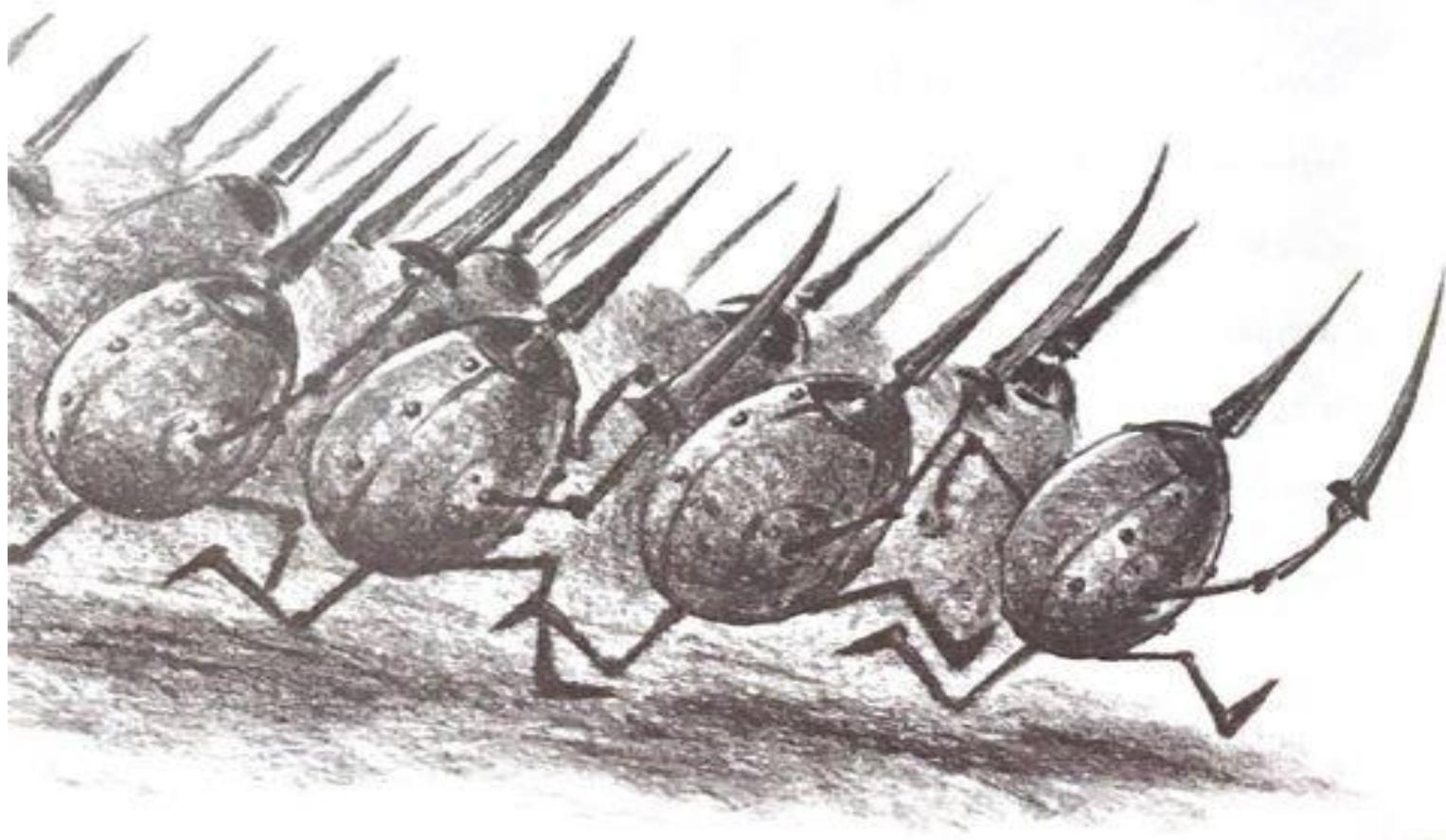
En ese momento, era el más fuerte de todos.

Ese día era su líder.

El ejército de cada Guardián estaba en posición. Los huevos guerreros de Bunny rodeaban la base del castillo. Con sus cáscaras de huevo acorazadas, serían una línea difícil de atravesar. Con ellos estaban los grandes hombres santos y guerreros del Himalaya, los lamas lunares. Eran una mezcla extraña de tropas: los sacerdotes con rostro sereno formando su habitual v para el combate, con las manos metidas en las solapas de sus túnicas y esbozando sonrisas felices. A su lado estaban las variadas tribus de yetis.

En el bosque que rodeaba el castillo, el Ánima del

Bosque permanecía a la espera junto con todos los animales e insectos con los que se sentía en familia. Millones de hormigas, escarabajos, caracoles y ciempiés estaban agrupados en masas ocultas aguardando la orden de atacar. Había legiones de ardillas preparadas para el combate, diez mil pájaros, incluso el gran búho de la biblioteca de Ombric se había posado en los árboles del Valle Licántropo.



Los ejércitos del Hada de los Dientes estaban en posición dentro del castillo. Esperaban en grupos ordenados junto a cada ventana, dispuestos a echar a volar para enfrentarse a los hombres de las pesadillas voladores si es que los atacaban.

Los cuenturcos de Katherine estaban preparados junto a cada muro y cada torre, listos para gritar sus palabras de batalla. Lóbrego tenía a sus hombres lobo dentro del castillo, apostados en las puertas y los pasadizos. Eran la última y más feroz línea de defensa, y Jack se sentía agradecido por su presencia.

—Gracias, amigo mío —le dijo al Rey Licántropo—. Si no me hubieras recibido hace tantos años, todavía seguiría vagando, o quizá habría muerto.

Lóbrego emitió su peculiar risa lobuna.

—Tonterías. Deberías venir más a menudo. Siempre que vienes es una fiesta.

—Me gusta este hombre lobo tan regio —murmuró Norte a Bunny—. Puede que sea un poco peludo, pero sabe de la vida.

Bunny torció una oreja para mostrar acuerdo y luego le preguntó a Jack:

—¿Os conocéis desde hace más de cien años, desde la única ocasión en que coincidisteis?

Los dos asintieron.

—La amistad siempre me fascinará —reflexionó el Pooka.

—¿Te das cuenta de lo humano que te estás volviendo, Bunny? —dijo Norte.

—Bueno, eso tiene arreglo —replicó Bunny. Se sacó uno de sus bombones de transformación del bolsillo de su chaleco y se lo metió en la boca. Antes de que meneara tres veces sus imponentes bigotes, a Bunny le salieron un total de diez brazos (cinco a cada lado)

que llevaban no solo nueve largos sables, sino también su reliquia, el huevo tallado y montado en el extremo del bastón ceremonial pookano.

Norte le miró con una pizca de envidia, porque Bunny superaba en más de medio metro al rotundo cosaco cuando estaba en modo conejo de guerra.

—Tengo que inventar un tipo de bastón de caramelito que haga lo mismo conmigo —se quejó Norte. Pero pronto se puso serio, porque desde el sur llegó el zumbido lejano. Se levantó una brisa que agitó los estandartes. Los Guardianes miraron a Jack.

—Son Emily Jane y los moradores de los árboles —anunció Jack.

—Ya es hora —añadió Katherine.

Colocaron las cuatro reliquias de la Edad de Oro con cuidado y deliberadamente juntas. Norte alzó su espada, que había sido del padre de HoLu, el zar

Lunar, último gobernante de la Edad de Oro, con la esfera en forma de luna creciente en la punta. Bunny sostuvo su bastón rematado con un huevo, que contenía la luz más pura del universo y que podía devolver la vida a cualquier oscuridad. La Reina Toothiana sacó su caja de rubí, fabricada con la flecha de rubí que casi mató a sus padres, y es la que guardaba los dientes de leche del Hombre de la Luna. Después Sandy dio un paso al frente. Colocó su mano en el centro para dejar caer algo de su arena de los sueños, la cuarta reliquia, con la que podía transformar cualquier pesadilla en un sueño feliz. Jack colocó su mano en la de Katherine y juntos tocaron las reliquias, porque Jack mismo era la quinta y última reliquia, o lo había sido durante su existencia como Luz Nocturna. Pero ahora era todavía más poderoso. Entonces Twiner se transformó en seis robustos filamentos que envolvieron, como una

vid, las manos de todos los Guardianes. Todos ellos –Norte, Bunny, Sandy, Toothiana, Jack y Katherine– se miraron entre sí.

Todo había cambiado desde que se habían hecho Guardianes y habían encontrado aquellas milagrosas reliquias, y sentían el cambio en sí mismos. Eran más mayores. A su manera, habían crecido. Pero no habían perdido su esencia infantil.

Y esa era su mayor fuerza. Mientras sentían que su vínculo se renovaba y reforzaba, también sintieron la radiación del odio de Sombra acercándose a ellos. También se había hecho más fuerte.

Pero Toothiana sintió algo más concreto. Sintió a su antiguo enemigo, el Rey Mono. Estaba cerca, lo sabía, y preparando alguna fechoría.

–¡Jack! –dijo apresuradamente.

–¿Qué ocurre, Toothiana?

—Hay algo que no sabemos. Estoy segura —respondió—. Algo pensado para hacerte daño.

—Sal a buscarlo —le dijo Jack—. Pero espera a que te dé la señal.

Jack pensó un rato. Notaba el dolor de la mano algo diferente. Le dolía de una forma que le llevaba de vuelta a sus primeros días como Jack Escarcha. Sombra ocultaba algo. Su odio estaba bloqueando la capacidad de Jack de leer sus pensamientos. Jack estrechó con fuerza la mano de Toothiana. Ella asintió y desplegó sus alas.

—¡Voy contigo! —gritó Katherine.

—No, Katherine —dijo Toothiana—. Tu lugar es junto a Jack. Sobre todo hoy.

Después alzó el vuelo y salió por la ventana, donde incontables hojas hacían ruido y un viento desesperado rasgaba el aire.

Los Guardianes que quedaban corrieron a mirar. Iluminados por la tenue luz de medianoche, vieron que los guerreros feéricos de los árboles y Emily Jane estaban perdiendo el control sobre Sombra y sus ejércitos al descender junto al castillo de Lóbrego. Los hombres de las pesadillas y los temores se extendían y empujaban a la armada de guerreros de las hojas.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

→ ←
Érase Una Vez...

LA MIRADA DE JACK se volvió acerada cuando las tropas de Sombra se inflaron en el cielo como una nube tóxica. Los siguientes segundos se convertirían en los más difíciles de la vida de Jack. Su mente y sus recuerdos se concentraron y aguzaron como la daga diamantina que estaba desenvainando.

Le llegaron fogonazos del pasado.

La primera vez que vio a Sombra.

Ocurrió siglos atrás, en la Luna. Sombra había acudido allí para destruir al príncipe lunar cuando no era más que un bebé.

Jack recordó el odio que ya entonces iluminaba los ojos de Sombra.

Y esa noche el odio fluía con una fuerza multiplicada por cien. Irradiaba de él como olas de calor mortal, abrasando a los guerreros de las hojas más cercanos, obligándolos a alejarse cada vez más. Incluso Emily Jane se veía forzada a retroceder. Los hombres de las pesadillas aprovecharon la ventaja y empezaron a preparar sus lanzas y sus arcos.

Sí, pensó Jack. *Sombra no solo pretende destruirme a mí, sino que además quiere destruirnos a todos.*

Le susurró a Twiner:

—Haz todo lo que puedas por proteger a quienes me importan.

—Cuenta con todo mi poder —le dijo su fiel amigo.

Entonces Jack casi dejó caer a Twiner: un dolor abrasador le recorrió la mano izquierda.

Jack fijó los ojos en el desgarrón del abrigo del Rey de las Pesadillas. Por debajo estaba la herida que Jack había cerrado con su propia mano.

El dolor era peor que nunca. Jack tuvo que empeñar toda su energía para alzar la mano, para alzarla por encima de su cabeza. Avanzó hasta el borde del antiguo balcón de piedra. La balaustrada estaba rota. Daba igual. Jack se subió a lo que quedaba de ella, se estiró mucho, con la barbilla firme, y después permaneció quieto como una estatua. Luego extendió la palma hacia delante para que Sombra pudiera ver la cicatriz.

Jack cerró los ojos y convocó hasta el último gramo de su fuerza mental para sentir y saber qué tramaba Sombra. Al mismo tiempo, estaba haciendo que bajara la temperatura. Diez, veinte, treinta grados. Después cuarenta. Un frente de aire helador empezó a combatir el calor del odio de Sombra, haciendo caer sobre

él una tormenta de nieve que llenó el espacio sobre el valle de Lóbrego.

En torno a Jack, la batalla estaba a punto de empezar. Las muchas fuerzas de los Guardianes estaban en posición, esperando la señal de Escarcha.

El ejército de hombres lobo empezó a aullar, así como los yetis y los innumerables seres del bosque. Los búhos de la Gran Raíz ulularon y chillaron al levantar vuelo desde las ramas hacia el creciente e incansable ejército de las pesadillas de Sombra. A la tormenta de sonido que retumbaba cada vez más, se añadía Norte, que gritaba órdenes en medio del escándalo. Llamaba a sus renos, los mismos que había descubierto hacía tantos años, y en poco tiempo estuvieron equipados y listos, tirando y tensando sus riendas y expulsando nubes de vapor con su aliento en la atmósfera escarchada.

Katherine miró a Jack. Los ejércitos combinados de la Edad de Oro se aprestaban a una batalla campal a su alrededor, pero él seguía en el balcón, completamente solo.

Ha estado solo demasiado tiempo, pensó ella, y tomó una decisión. Podía ver el creciente ardor del odio de Sombra. Teñía el cielo de un rojo espeluznante.

—Necesitamos toda la ayuda posible —dijo para calmar a Kailash, que, como las demás criaturas, estaba agitada. Katherine cerró los ojos. Sentía la palpitable e inmensa energía de la Mitosfera. Quizá los cuentacuentos del mundo pudieran hacer oscilar la balanza contra el odio de Sombra. Empezó a pedir su ayuda con las palabras más poderosas de los cuentos: «Érase una vez...». Repitió esta frase constantemente, y con su pensamiento envió la invitación a todos los poetas, fabuladores, cuentacuentos, fanta-

siosos y tejedores de historias para que prestaran sus ágiles imaginaciones a la causa. Y recibieron su mensaje. Estuvieran despiertos o dormidos, su llamada desesperada llegó a buen puerto: y la Mitosfera brillaba con más intensidad que nunca. Los límites de su fuerza todavía estaban por probar. Pronto se sabría el modo en que el poder de una historia podía afectar a la realidad.

La Mente Puesta En Lo Que Importa

LA MENTE DE JACK estaba tan concentrada en los pensamientos de su enemigo que no era consciente de ninguna otra cosa a su alrededor. Había tal coágulo de odio agitándose en el cerebro de Sombra que resultaba difícil discernir cualquier pensamiento único, y mucho menos el que Jack buscaba. *Hay algo que no quiere que vea, era todo lo que podía conjeturar. Algo que podría ser una trampa.*

Jack, en cambio, estaba dejando que Sombra leyera todos sus pensamientos. Era la única forma que tenía de distraer al Rey de las Pesadillas de lo que Katherine y los demás planeaban.

Entonces vio un destello de algo familiar acechando en la mente de Sombra. Algo del pasado de Jack. Algo que quería mucho. La vieja cabaña de la granja, la que había visto en su sueño lunar. *¡El lugar donde vivían Ana y Jacklovich!* Y el dolor que provenía de su vieja herida se volvió tan intenso que casi se cayó del balcón.

La parte más dura de ser Jack Escarcha era vivir más que cualquier mortal, sin considerar lo importantes que fueran para él. Nunca se había atrevido a volver a visitar a la familia Ardelean. El Rey de las Pesadillas había jurado matar a todos los seres queridos de Jack, así que, para que estuvieran a salvo, había mantenido las distancias. Pero sabía que habían tenido buenas vidas: los hombres lobo los habían vigilado y le habían contado sus historias. Jacklovich se había casado y se había quedado en la granja. Tuvo muchos hijos, y al mayor de ellos le había llamado Jack. Y ese chico

había crecido y había hecho lo mismo. Para entonces ya había habido tres generaciones de niños Ardelean llamados Jack. Ana también se había casado y había vivido cerca. También había tenido hijos. Y cada año la familia celebraba el cumpleaños de Jack Escarcha. Utilizaban la fecha en la que había pronunciado por primera vez las «palabras de buenas noches». Jack sintió una ola de calor al recordar aquello.

La imagen se transformó, y Jack volvió a tambalearse. La casa de los Ardelean estaba rodeada por el ejército de monos de Pabilo Iddock. Jack sabía que aquello no era un recuerdo, sino algo que estaba ocurriendo de verdad.

Mientras Jack pensaba frenéticamente qué hacer, la voz de Sombra resonó de pronto en su mente.

—Creías que me había olvidado de tu querida familia adoptiva. —La voz casi se podría describir como un

susurro tierno. Prosiguió: Estaba solo esperando el momento adecuado para usarlos contra ti.

La imagen volvió a cambiar. Jack pudo ver el interior de la cabaña. Vio a un padre, a una madre y dos hijas. También había un hijo de unos once años que se parecía muchísimo al Jacklovich original. Los soldados mono más grandes de Pabilo los habían apresado con violencia.



El Rey Mono y Sosín estaban allí también. Sosín ya no era un gusanito enano. Había crecido hasta tener el tamaño de una ardilla pequeña. Llevaba una capita y una especie de gorrito infantil. Estaba achaparrado y cubierto de baba, e iba reptando cual gusano hacia los niños. Con el mismo palito siniestro que Jack había visto antes, empezó a dibujar en el aire. De nuevo aparecieron formas de flores y unicornios. Jack quería gritar «¡No los toquéis!». ¡Eran de ácido! Pero los niños no podrían oírle. Así que se concentró mucho y envió una señal a Toothiana.

Era el momento de atacar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Sin Piedad

TOOTHIANA TENÍA UN SENTIDO muy entusiasta del bien y del mal. A fin de cuentas, era mitad Hermana de Vuelo, mitad humana. De todos los seres sobre la faz de la Tierra, las Hermanas de Vuelo poseían el sentido más desarrollado de la verdadera naturaleza de una criatura. Ser las sagradas protectoras volantes de Pun-jam Hy Loo requería una percepción acentuada del peligro, y durante siglos, la mayor amenaza que habían sentido era el irritante Rey Mono.

Así que a Toothiana le había bastado respirar para localizar a Pabilo Iddock y a su ejército de simios.

Los había encontrado reunidos en la granja Ardelean, y había estado sobrevolando en círculos por la zona sin ser vista hasta que Jack le mandó la llamada mental, que sonó tan nítida como si hubiera estado flotando a su lado. Lo único que le dijo fue «¡Adelante!», y ella no necesitaba más.

Plegó sus magníficas alas azules y verdes y miró a la luna.

—Deséame suerte, viejo amigo —susurró.

Entonces, se lanzó en picado, y cayó en silencio en la cabaña. Toothiana no era un ser vengativo. Reservaba el rastro de crueldad animal que había en su naturaleza para detener a los malvados. Sus hermosos ojos, mitad de pájaro, mitad humanos, brillaban a la luz de la luna. Aquella noche no habría piedad para el Rey Mono.

CAPÍTULO VEINTISEIS

Tristeza En La Nieve

UN DÍA, CUANDO TODO ESTABA PUESTO en la balanza, solo había segundos para actuar.

El odio y la rabia avanzaban a la velocidad de la luz, y antes de que pasara un solo segundo, Sombra había enviado una abrasadora ola de furia que se tragó y cegó a todas las criaturas que estaban en el suelo en el Valle Licántropo. El ejército de las pesadillas había levitado en torno a Sombra y, con los arcos tensados, ya estaban apuntando a sus objetivos.

Para cuando sonó el siguiente tic del reloj, sus mortíferas flechas cayeron como lluvia sobre los cega-

dos ejércitos de los Guardianes, que no podían ver la fatalidad que se les venía encima. Ni Norte, ni Bunny, ni Sandy, ni Katherine ni Jack sabían que a cada uno de ellos les habían apuntado con una flecha al corazón. Todos los hombres de las pesadillas oyeron al unísono la orden de Sombra de dejar volar sus flechas. En el tiempo entre el tic y el tac, los Guardianes morirían.

Pero...

Jack ya había actuado.

Ombric Shalazar, el mayor mago que ha visto el mundo, ese ser también llamado Padre Tiempo, el hombre que conocía el reino entre el tic y el tac mejor que nadie, había visto esto venir. No podía violar las normas impuestas por el propio Hombre de la Luna. No podía avanzar en el tiempo para ayudar a los Guardianes ni a ninguna otra alma viviente. No se podía cambiar ni manipular el futuro.

Pero...

Se podía planear el futuro.

Y eso mismo habían hecho Ombric y Jack. En su última y fatídica reunión de Navidad, le había dicho a Jack Escarcha una cosa. Le había pedido que «recordara».

Y Jack había hecho eso mismo. Había recordado muchas cosas. Lo había recordado todo. Había recordado la pena y la alegría, y todo lo que había entre la una y la otra. Recordó el beso y la fe que aquel acto le dio en Katherine. Recordó las lágrimas de Sombra. Recordó que eran lágrimas de amor y tristeza. Recordó la fe de Emily Jane en la bondad de su padre. Todos aquellos recuerdos le habían conducido hasta aquel momento.

Así que, nada más mandarle la señal a Toothiana, había tomado la daga diamantina en la mano buena. En el momento exacto en el que la ola de luz de Som-

bra los cegó, Jack, de un solo golpe, se atravesó por completo la mano, justo en medio de la cicatriz. Lo hizo tan rápido que no sintió dolor. Pero Sombra sí. En menos de un suspiro, se desplomó. Igual que todos los soldados de su ejército de pesadillas. La luz cegadora de su odio se extinguió. El cielo absorbió su tonalidad rojiza y después la noche volvió a la normalidad. Pero no antes de que los soldados de las pesadillas lanzaran sus flechas. Volaban hacia sus objetivos. Ningún Guardián tendría tiempo de responder.

En ese mínimo tiempo ocurrieron milagros.

Sombra, retorciéndose de dolor, cayó del cielo cargado de nieve y, al hacerlo, las flechas se volvieron quebradizas, luego parecieron convertirse en brasas. Su velocidad se redujo.

Sombra aterrizó en el camino empedrado fuera del castillo de Lóbrego. Su aterrizaje apenas hizo ruido.

Las flechas negras, antes mortíferas, se habían vuelto tan frágiles que bastaban los copos de nieve que caían para hacerlas añicos. Con el resplandor de la Mitosfera, se disolvieron, dejando atrás solo polvo y emitiendo un débil coro de sonidos, como un millón de suspiros sordos.

El ejército de las pesadillas seguía flotando sobre el Valle Licántropo, pero se había convertido en ceniza. La luna llena brillaba a través de sus filas. Con una sola bocanada de brisa de la Mitosfera de Katherine, hasta el último de los temores se deshizo, dejando atrás una especie de neblina o de humo. Se evaporaron en un silencio que recordaba a la paz.

Ahora no son más que una historia que contar, pensó Katherine. Son una parte de la Mitosfera.

Buscó a Jack, pero había desaparecido. Corrió al balcón. Katherine vio una mancha de sangre negra

que desapareció casi de inmediato sobre el pasamanos de piedra en ruinas.

No lograba percibir ninguna sensación de Jack. Aterrada, se asomó por el balcón en busca de algún rastro de él.

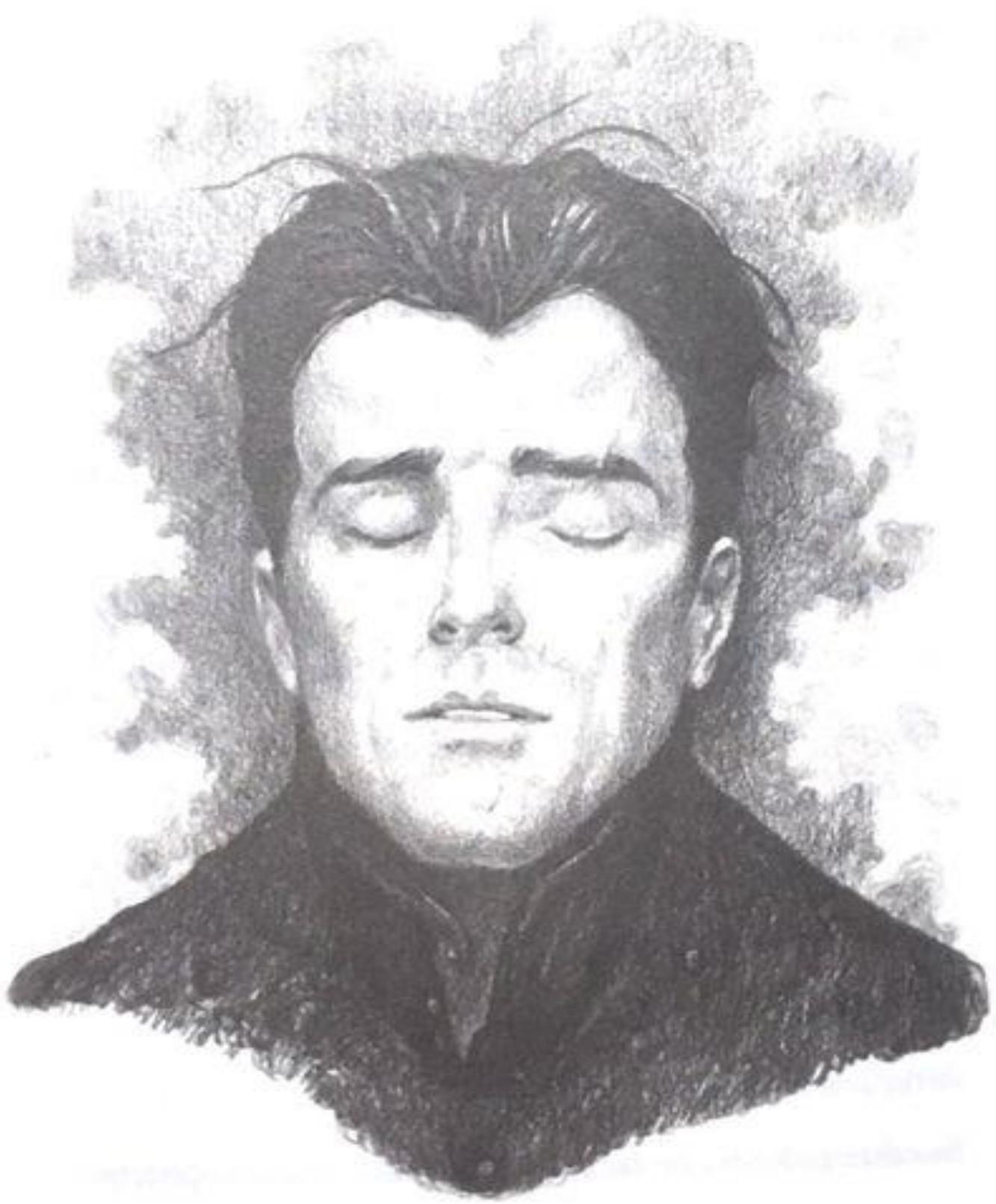
No tenía nada que temer. Jack estaba abajo, inclinado sobre la silueta caída de Sombra. Al otro lado estaba Emily Jane, también de rodillas. Sostenía la mano de su padre entre las suyas, la mano que nunca había soltado el camafeo con su retrato. Norte, Bunny y Sandy se habían unido a ella. Lóbrego también. Los ejércitos de los Guardianes empezaron a abandonar sus líneas de batalla, atraídos por el lugar en el que yacía Sombra. Observaron los últimos momentos del Rey de las Pesadillas.

De un fuerte tirón, Jack sacó la daga diamantina de su mano herida. Colocó la mano en el pecho de

Sombra, justo encima de su corazón. Después alzó la daga. Por un instante parecía que iba a apuñalar a Sombra, que lo iba a matar, pero se quedó quieto. Mientras mantenía la daga en el aire, esta empezó a derretirse... ¡Se estaba derritiendo! Se volvió a transformar en lágrimas. Las lágrimas de Sombra. Cayeron lenta pero constantemente sobre la mano cicatrizada de Jack.

La herida se curó. No quedó ni rastro de ella. La daga se disolvió por completo. Incluso las joyas del uniforme de Luz Nocturna se volvieron líquidas y cayeron a toda velocidad.

Cada lágrima que caía de la mano de Jack se filtraba también hasta el interior del pecho de Sombra. Cuando las últimas gotas desaparecieron, también desapareció Sombra. O al menos aquello en lo que Sombra se había convertido. Los Guardianes contem-



El señor Sombriner

plaron la gran transformación que se estaba produciendo en su mayor enemigo, que yacía frente a ellos. El gesto retorcido y la palidez enfermiza del rostro de Sombra se ablandaron y alisaron, y, por primera vez desde la Edad de Oro, el rostro de Kozmotis Sombriner, el Señor General Mayor de las Galaxias, principal comandante del zar Lunanoff, apareció ante los ojos de una persona que le quería. Emily Jane se acercó al rostro de su padre.

Para entonces, Katherine ya había bajado del castillo y permanecía callada detrás de Jack. Los Guardianes, juntos, miraron a su enemigo caído con silencioso respeto.

Sandy y Bunny fueron los primeros en arrodillarse e inclinar la cabeza. Los dos habían conocido a Sombra en los tiempos en los que había sido el señor Sombriner.

Sandy había servido a sus órdenes antes de la edad oscura de las pesadillas y había admirado al comandante noble de aquella época. Los hombres de arena no pueden llorar, pero Sandy parecía estar a punto de hacerlo.

—Por lo que sé de humanos y personas —dijo Bunny con solemnidad—, antes de oscurecerse, fue un hombre grandioso.

—Valiente. Honorable. Entregado —susurró Emily Jane conteniendo las lágrimas.

—Por eso se merece nuestro respeto —dijo Norte, hincando también una rodilla.

Lo mismo hicieron los ejércitos que se habían reunido allí: todos los yetis, hombres lobo, hadas, huevos guerreros, ardillas y bichos. Se postraron para homenajear a su antiguo enemigo. Ya no era un enemigo. Su guerra le había salvado. El Rey de las

Pesadillas había desaparecido. Su odio y su dolor se habían esfumado.

La nieve de Jack seguía cayendo, pero ni un copo tocaba al señor Sombriner.

—He hecho por él todo lo que he podido —dijo Jack en voz baja a Emily Jane.

Ella le sonrió con levedad.

—Has cumplido tu promesa.

Katherine los miraba a los dos y le vino a la cabeza un pensamiento. *De algún modo, los dos son sus hijos*, comprendió. *Ninguno de los dos existiría sin él*.

Alzó la vista hacia el cielo descubierto, del que caían copos. Esta nieve era la pena de Jack. *Está en duelo por su antiguo enemigo, y ahora le desea lo mejor*, pensó Katherine. *Como con todo a lo que se enfrenta, Jack, lo sepa o no, lo transforma. Transforma la oscuridad en luz, las guerras en salvación, la tristeza en nieve*.

Atravesar, Aplastar y Despiezar

TWINER HABÍA VOLADO hasta la granja Ardelean en cuanto Jack le pidió al Hada de los Dientes que fuera. Se había convertido en un arco y una flecha y se había disparado a sí mismo hasta allí. La parte del arco se había agarrado a la parte de la flecha, y la parte del hombre de palo se había agarrado al arco, y todas las partes se habían transformado después en el asta de flecha bien lanzada que recorrió casi cien kilómetros con una precisión sorprendente. Atravesó directamente el ojo de la cerradura de la puerta de la casa, le arrancó el gorro de la cabeza a Sosín, el chico gusano, y

destruyó sus malignos trazos con forma de unicornio. El menor de las tres generaciones de Jack de la familia Ardelean había estado a punto de tocarlos sin querer.

Treinta y tres centésimas de segundo más tarde, Toothiana entró atravesando el tejado y aterrizó encima de Sosín. Le aplastó con el mismo éxito que cuando uno aplasta una gran babosa.

La salpicadura que siguió fue impresionante y arrancó un «puaaaaaj» encantador de los tres niños Ardelean. Jack III sonrió también.

Toothiana evitó con facilidad pisar la baba y el moco y se volvió para enfrentarse a Pabilo Iddock.

—La mestiza voladora hace su entrada —bufó Iddock con su tono más repulsivo—. Maldita arpía alada, voy a arrancarte las... —Pero antes de que pudiera acabar su insulto, el Hada de los Dientes le había cortado, de un solo tajo de su espada, las ocho patas por las rodillas.

Los miembros cayeron como bolos.

-Eso ha sido un poco extremo -espetó Iddock al desplomarse varios centímetros.

-¿Qué se supone que eres tú? -preguntó Toothiana con un gesto de repulsión, al darse cuenta de lo mucho que había cambiado Iddock, que había pasado de ser un marajá a un Rey Mono y después... ¿a esto?

-Cada vez que decepciono a Sombra, me convierte en algo cada vez más vergonzante -murmuró Iddock-. La última vez me convirtió en mono, pero me puso ocho patas para gastarme una broma.

Toothiana tuvo que pensar un momento. Después se echó a reír.

-¡Oh! ¡Ocho patas! ¡Un mono araña!

Acababa de pronunciar aquello cuando Iddock se convirtió en polvo ante sus ojos, igual que sus tropas

de monos. Incluso la desagradable mancha que había sido Sosín se secó y desapareció.

Toothiana y Twiner se miraron asombrados. El propio Twiner había retomado su forma original, que recordaba a un espantapájaros.

—Esto debe de significar que Jack ha tenido éxito y que la Mitosfera ha demostrado su valor.

Toothiana enfundó su espada y arañó el suelo donde había estado Iddock.

—Así es —dijo distraída—. Qué pena que ganara tan rápido. Con lo que me gusta despiezar bichos...

—¿Quién era el tipo de las ocho patas? —preguntó Jack III.

—Un marajá malvado, un hombre patético y un mono penoso —contestó Toothiana con franqueza.

—Oh —dijo Jack III. Su sonrisa creció aún más.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Tiempo y Marea

LA LUNA LLENA ESTABA baja en el horizonte. Pronto se pondría detrás de los árboles que rodeaban el Valle Licántropo por el oeste.

—Me gustaría que todos conocierais a mi otra familia —les dijo Jack a los Guardianes. Norte convocó a su tri-neo. Había sitio justo para todos, incluso para Lóbrego. Era la primera vez desde hacía siglos que todos viajaban en aquel invento de lo más complejo y maravilloso.

Jack se sentó en la parte delantera con aire pensativo, entre Norte, que llevaba las riendas de los renos, y Katherine. Ella tuvo que hacer el esfuerzo de no mirar

demasiado a Jack. Sabía que le molestaría. Sin querer, los dos se habían quedado en la misma edad. Jack tenía la edad más avanzada que podía adoptar –dieciocho–, los mismos años que Katherine en ese momento.

Seguía cayendo una nevada suave. Era la nieve de Jack, sin duda, pero Katherine sentía que provenía de un lugar dentro de su corazón hasta entonces desconocido para ella. Era un espacio de tranquilidad, quizá incluso de paz.

Cuando el trineo aterrizó junto a la cabaña Ardelean, Lóbrego miró a su alrededor para valorar la situación.

—La nieve. El frío. Se parece mucho a la noche en la que te traje aquí aquella vez —le dijo a Jack. Y tenía razón.

Jack reflexionó un momento.

—Fui a la casa solo —dijo, más para sus adentros que para Lóbrego.

Toothiana y Twiner estaban ya fuera de la cabaña para reunirse con ellos.

—Nos hemos ocupado de todo —le aseguró Toothiana a Jack cuando este bajó de un salto del trineo. El resto de los Guardianes se quedaron en su sitio. Aquel momento parecía pertenecerle a Jack.

Del interior de la cabaña salían sonidos bulliciosos que llamaron su atención. La casa estaba viva con luz y calor, igual que había estado hacia tantos años. El corazón de Jack se hinchó al avanzar con indecisión hacia la puerta de entrada. Se detuvo para mirar por la ventana. De nuevo, la escarcha apenas le dejaba ver.

Entonces la puerta se abrió de par en par y el resplandor cálido del interior iluminó la noche nevada.

Se vio la silueta de un chico en la entrada. Un chico con el pelo revuelto. Delgado y esbelto. Jack pudo dis-

tinguir su rostro. La sonrisa traviesa estaba ahí. Sin duda era el descendiente de Jacklovich.

—Eres tú —dijo el muchacho lleno de admiración—. El chico que nos han dicho que recordemos.

Agarró a Jack de la mano. La misma mano que había quedado herida hacía tantos años y tantas guerras, pero que ahora estaba curada, sin ninguna cicatriz en la piel.

—¿Y qué te dicen de mí? —preguntó Jack cuando el chico le metió en casa.

—Que te llamas Jack Escarcha.

—¿Y? —insistió Jack.

—Que salvaste a nuestra familia. Y que volverías algún día.

Entonces sus hermanas llenaron la entrada. Una agarró a Twiner y la otra tiró de Jack de la otra mano.

—Nos dijeron —contestó una hermana— que siempre debíamos tener fe en ti.

—Aunque no te viéramos —añadió la otra.

Entonces Jack sonrió.

—¿Y la habéis tenido?

—¡Hemos tenido fe! ¡Hemos tenido fe! ¡Hemos tenido fe! —gritaron los tres.

Los Guardianes, sonriendo desde las sombras, reconocieron el eco de la primera lección de magia de Ombric: tener fe. Se quedaron mirando cómo conducían a Jack al interior, rodeado de niños y padres, todos hablando a la vez llenos de emoción. Pero nada más cruzar la puerta, Jack se detuvo. Sin mirar el trineo que quedaba tras él, asomó su mano curada.

—Ven, Katherine —dijo—. Tienes que ver cómo acaba mi historia.

Ella sonrió a sus compañeros Guardianes, saltó del trineo y se unió a Jack. En cuanto le dio la mano, lo comprendió. *Este es el principio de su historia, no el final.*

La nieve seguía cayendo, ahora en forma de copos grandes como plumas. Las huellas del trineo y de sus pisadas no tardarían en desaparecer, pues quedarían cubiertas antes de que se pusiera la luna y saliera el sol. Pero ellos recordarían aquel momento mientras conservaran el aliento. Quizá incluso más.

—Creo que sabemos dónde encontraremos a Katherine y a Jack si los necesitamos —observó Norte.

Bunny asintió, igual que Sandy, Toothiana y Lóbrego. Durante un instante, sintieron la presencia de Ombric. El gran hechicero todavía era capaz de hacer magia como nadie.

Tras un último vistazo, Norte dijo a sus renos:

-¡Vámonos!

Todos pensaron lo mismo mientras surcaban el cielo y veían a su poderosa amiga la luna desaparecer por fin tras el borde del mundo:

Pase lo que pase, contra viento y marea, por encima de todo, los niños seguirán teniendo fe.

Fin





Conoce a William Joyce



**En cuanto tengas la posibilidad
por favor intenta comprar el libro
que más te guste de Joyce,
piensa en toda la felicidad que
nos ha dado, síguelo en sus redes
sociales y dale publicidad.**